

BOLETÍN

DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena á todo espíritu é interés de comunión religiosa, escuela filosófica ó partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad é inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los *Estatutos*.)

Domicilio de la *Institución*: Paseo del Obelisco, 14.

El BOLETÍN, órgano oficial de la *Institución*, es una Revista pedagógica y de cultura general, que aspira á reflejar el movimiento contemporáneo en la educación, la ciencia y el arte.—Suscripción anual: para el público, 10 pesetas; para los accionistas y los maestros, 5.—Extranjero y América, 20.—Número suelto, 1.—Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira á los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.—Véase siempre la *Correspondencia*.

AÑO XXXIX.

MADRID, FEBRERO-MARZO DE 1915.

NÚMS. 659-660.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEO BARCELONES

Francisco Giner de los Ríos

El creador, padre y alma de la *Institución libre de Enseñanza* ha muerto en ella, serena y dulcemente, rodeado de sus discípulos, a los 75 años y en la plenitud de su energía espiritual, a la una de la mañana del jueves, 18 de Febrero de 1915.

Cuando la tranquilidad torne a esta casa hablará el BOLETÍN, por cuenta propia, de su fundador. Ahora puede solamente recoger y conservar con cariño la corona de juicios y de lágrimas que la conciencia y el corazón nacionales han tejido al maestro.

DATOS BIOGRAFICOS

Nació D. Francisco Giner de los Ríos en Ronda el día 10 de Octubre de 1839. La ascendencia paterna de los Giner, aunque de origen levantino, radicaba en Vélez Málaga; la materna, de los Ríos Rosas, andaluza, radicaba en Ronda. Hizo sus estudios de primera enseñanza en Cádiz y de segunda enseñanza en Alicante. Muy joven empezó sus estudios universitarios en Barcelona, donde recibió la primera iniciación filosófica en la cátedra de Lloréns, de quien fué un alumno predilecto y donde comenzó su amistad fraternal con Maranges. Terminó su carrera de Derecho en Granada, siendo algún tiempo interno en el Colegio de Santiago, donde era inspector Fernández Jiménez. En Gra-

nada, se inicia en la filosofía alemana y en los estudios de literatura y estética, gracias a D. Francisco Fernández y González; allí aprende la pintura, que abandona pronto, y la música, que no abandonó nunca, pues en las horas familiares ejecutaba de memoria al piano o al armonium fragmentos clásicos, siendo Mozart su favorito, y aún improvisaba sobre tales motivos con mucha intención y gracia; allí, en 1862, publica sus primeros trabajos literarios y políticos en la *Revista Meridional*; y a aquellos años estudiantiles se remonta la amistad con D. Nicolás Salmerón.

En 1863 viene a Madrid, al lado de su tío D. Antonio de los Ríos Rosas, sobre cuya vida política ejerce no poca influencia el contacto con la nueva ideología de su joven sobrino. Ingresa entonces en el Ministerio de Estado, como agregado di-

plomático, trabajando en el archivo, principalmente en la ordenación y copia de correspondencia y documentos relativos á Felipe II. Frecuenta el Ateneo, el Círculo Filosófico, la Universidad, centros donde se fraguaba entonces el fervor de las ideas y los entusiasmos que precedieron a la Revolución; desarrollando en ellos rápidamente su personalidad, sobre todo bajo la influencia de Sanz del Río y sus discípulos más antiguos, entrando en conocimiento y amistad con los hombres de más valer de aquella generación y conquistando prontamente el respeto y la profunda estimación de cuantos le conocían. Así se explica que a principios de 1866, habiendo ganado por oposición la cátedra de Filosofía del Derecho y Derecho Internacional de la Universidad de Madrid, su personalidad filosófica, fuertemente krausista, fuera lo suficientemente conocida para que encontrase desde luego graves obstáculos oficiales, que tendían a impedir el posesionamiento de su cátedra. Poco antes de hacer sus oposiciones, en Octubre de 1865, había muerto su madre, cuyo amor y cuyo recuerdo fueron en la vida íntima de D. Francisco Giner, hasta la hora de su muerte, un sentimiento y un culto mantenidos con la profundidad y delicadeza de que era capaz su gran espíritu.

En el momento de posesionarse de su cátedra en 1867 hubo de perderla por renuncia propia, por hacerse solidario de D. Julián Sanz del Río, que se había negado a hacer la profesión de fe religiosa, política y aun dinástica que le era exigida por el ministro Orovio, como poco después lo fué también a D. Fernando de Castro y a D. Nicolás Salmerón. Con este motivo la Universidad de Heidelberg dirigió a Sanz del Río un mensaje de simpatía suscrito por 63 profesores y doctores, entre ellos algunos de nombre mundial: recibíéndose otro mensaje análogo del Congreso de filósofos reunido en Praga por aquel entonces. La pérdida de la cátedra trajo grandes sacrificios privados a Giner, que al cargo de tres hermanos suyos vivía entonces, como ha vivido siempre, sin otro apoyo que su trabajo.

En tales circunstancias, aunque jamás se sintió movido hacia la abogacía, solicitado por un su deudo, a quien respetaba, decidióse á aceptar un negocio, el cual, legítimo, según parece, en opinión de todos, negóse a defender, cuando llegó el caso, por estimarlo injusto. Le costó la matrícula esta única vez en su vida que, sin reincidencia, intentó hacer de abogado.

Por entonces, perdió al amigo más entrañable de aquella época, Luis Hermida, de quien él mismo escribió que fué «arrebataado a los 26 años a la filosofía española», y cuyo recuerdo perseveró lozano en su corazón toda la vida. En sustitución de Hermida, precisamente, nombró Sanz del Río su testamentario a Giner. Y por entonces también frecuentaba el trato amistoso con la familia de Innerarity, en cuyo hogar hizo Azcárate el suyo propio, y donde ambos recibieron el primer influjo de la educación inglesa. Moret fué otra de sus amistades desde aquel tiempo.

El Gobierno nacido de la Revolución triunfante repuso en 1868 a todos aquellos profesores en sus cátedras. En el vivaz y entusiasta período político que va hasta la Restauración, no interviene D. Francisco Giner de un modo público y ruidoso, ni se afilia a ningún partido; pero, conviviendo con casi todas las grandes figuras que se hallaban al frente de aquellos movimientos históricos, y siendo de muchas de ellas respetado consejero, es el alma de todas las reformas que se llevan a la enseñanza universitaria y que luego han ido realizándose paulatinamente, colaborando íntimamente con los ministros D. José Fernando González y D. Eduardo Chao, con el director D. Juan Uña y D. Augusto González de Linares, y defendiéndolos denodadamente en el Claustro con D. Fernando de Castro. Y aunque, desde luego, sus ideas filosóficas y sociales le situaban del lado de los que rompieron la vieja forma de la Monarquía, radical como nadie, pero antirrevolucionario por principios, no simpatizaba con ninguna de las soluciones extremas que entonces buscaron el triunfo. A esta actitud corresponde, sin duda, el único acto político que en su vida hizo

cerca de las muchedumbres, defendiendo la candidatura de Salmerón en el mitin de San Isidro.

Su actividad profesional no se limitaba entonces a su cátedra, sino que daba todos los domingos, en la Universidad, cursos libres de Doctrina de la ciencia, Sistema de la filosofía, etc., en los cuales recogió algunos de los discípulos más fervientes, que le han acompañado después en su obra. Fué además el iniciador y mantenedor del *Boletín Revista de la Universidad de Madrid*, durante todo el tiempo que vivió esta publicación, desinteresada y noble empresa que no ha vuelto desde entonces a acometerse. En esa época, sus colaboradores más íntimos fueron Maranges, que había obtenido la cátedra de Derecho Romano, y que una muerte prematura le dejó enseñar solamente algo más de un curso, para desdicha de la cultura patria, y Azcárate, a quien había conocido por Maranges. Y fueron ya discípulos suyos de esa primera hora, y con él convivieron, Jacinto Messía, el Marqués de la Merced, García Labiano, Eduardo Soler, Alfredo Calderón y Costa, para el derecho, así como Laureano Calderón y Augusto G. de Linares para la ciencia; éste último, el de más intimidad personal entre todos, y á quien Giner consideraba como el espíritu de mayor amplitud y penetración para el cultivo de la filosofía de la Naturaleza en España.

Del influjo moral de Giner en las agitaciones sustanciales del país, puede juzgarse, sabiendo que Maranges fué el redactor confidencial, encargado de ello por la Junta revolucionaria, a que perteneció, del Título primero, sobre los derechos individuales, de la Constitución de 1869; y teniendo en cuenta, igualmente, que en 1873, colaboró sin descanso, durante el Ministerio Salmerón, en los proyectos de Gracia y Justicia, sobre todo, en la Junta para la reforma penitenciaria, con Azcárate y con Doña Concepción Arenal, a la que siempre consagró una amistad y un culto fervorosos. Todavía más tarde, de influjos de Giner en hombres de la derecha, por ejemplo, de conversaciones suyas con D. Víctor Arnau, subsecretario de Gracia y Justicia

cuando la Restauración, vino la fórmula krausista, que Cánovas, quizás sin saberlo, hizo prevalecer en la organización del Senado.

En 1875, al advenimiento de la Restauración, sufre la vida de D. Francisco Giner una crisis profunda, correspondiente a la que sufrió la nación toda. Aquel mismo año el ministro Orovio—nombre tristemente unido a la persecución de nuestros hombres más ilustres—volvió a cometer un segundo atentado contra la libertad de la cátedra. Giner, y sus discípulos y amigos, Linares, Calderón, Azcárate, Salmerón y Montalvo, protestaron del decreto ministerial y fueron procesados, encarcelados, desterrados y, en fin, separados de sus cátedras; renuncian a ellas Castelar, Montero Ríos, Figuerola, Moret, Val, Messía; protestan, y son suspensos de empleo y sueldo Muro, Varela de la Iglesia, Eduardo Soler, Hermenegildo Giner... Hay detalles interesantes en lo que a Giner respecta. Una vez enviada su protesta, fué llamado para rogarle, en nombre de Cánovas, que la retirase, pues éste aseguraba que el decreto ministerial, con el que no estaba conforme, no llegaría a cumplirse. Giner contestó, con toda altura y firmeza, que el Sr. Cánovas tenía la *Gaceta* para deshacer la iniquidad que desde ella se había hecho, y que no podía pretender de él una indignidad. Y aquella misma noche, habiéndose retirado a casa enfermo con fiebre, fué arrancado del lecho a las cuatro de la mañana, para ser trasladado preso, entre guardias civiles, al castillo de Santa Catalina de Cádiz. Fué a verle allí el cónsul de Inglaterra, ofreciéndole su apoyo y el de la opinión inglesa, apoyo que rechazó Giner, diciendo que el Gobierno español sabría lo que hacía, y que, sin duda, había obrado y resolvería justamente. Sin embargo, *The Times* dió al asunto toda la importancia que tenía. Después de algún tiempo en que tuvo por cárcel la ciudad de Cádiz, donde creó sus firmes amistades con los Macpherson, los Arcimis y Alejandro San Martín, y donde se le hicieron proposiciones para la creación en Gibraltar de una Universidad libre

española, fué, al fin, destituido de nuevo de su cátedra, así como los demás compañeros de protesta.

Reunidos en Madrid estos ilustres profesores sin cátedra, realizóse la idea, que desde el primer instante de la persecución había surgido en D. Francisco, de fundar una institución libre de enseñanza, sin más intención que la de seguir profesando libremente su misión, ya que la Universidad les arrojaba de su seno, y mantener la cohesión entre sí. Esta idea inicial vaga ha ido concretándose en una obra perfectamente definida y en la que se ha acumulado lentamente la energía espiritual más elevada y consistente que ha habido en estos últimos cuarenta años; pero esta obra sigue teniendo el nombre provisional e impreciso de los primeros momentos: *Institución Libre de Enseñanza*. El iniciador de ella y su alma siempre fué D. Francisco Giner.

Para hacer la biografía de Giner habría que hacer la historia de la Institución, y para hacer ésta esencialmente habría que hacer la historia de España desde la Revolución. Hay que renunciar, pues, por hoy, a todo ello.

Fueron los fundadores un núcleo de hombres venerables que se agruparon frente a la Restauración: Giner, Figuerola, Salmerón, Moret, Azcárate, Linares, Montero Ríos, los Calderón, Messía, Hermenegildo Giner, Soler, García Labiano, Costa... Profesaron aparte de los fundadores, D. Juan Valera, Pelayo Cuesta, Labra, D. Juan Uña, Ruiz de Quevedo, D. Bienvenido Oliver, D. Eulogio Jiménez, Gamazo, Atienza, D. Federico Rubio, Pérez de la Sala, Echegaray, Saavedra, Prieto Caules, Simarro, Quiroga, Gabriel Rodríguez, Fernández Jiménez y otros varios. Muchos de ellos fueron reabsorbidos pronto por la política de la Restauración y dejaron de colaborar activamente en la obra. Fué al principio ésta una escuela de estudios superiores, una especie de Universidad libre; pero muy pronto, ya desde 1878, fué moldeándose la Institución en el sentido que Giner la infundiera, estableciendo en ella (siempre como en su fundación, sin subvención alguna oficial, con el solo concurso de la

iniciativa particular) fundamentalmente estudios de primera y segunda enseñanza y convirtiéndose en una obra esencialmente pedagógica, «completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político; apartada de apasionamientos y discordias, de cuanto no sea, en suma, la elaboración y la práctica de sus ideales pedagógicos», como dicen sus estatutos.

Para Giner el problema de España fué convirtiéndose cada vez más en un problema de educación. Abierto su complejo y profundo espíritu a la atención de las artes pedagógicas, puso en ellas todo el fervor de su alma religiosa (pues el sentido religioso de la vida es una de las características fundamentales del carácter de Don Francisco, sin la cual es difícil comprenderlo), para la que la Institución era la obra destinada a ejecutar la fórmula de su maestro Sanz del Río: traer la ciencia al servicio de los hombres. Sus discípulos, sus compañeros, le siguen en su actividad siempre flexible y creadora. El 78, Torres Campos trae de París el sistema de excursiones escolares; Cossío estudia en Italia y en Francia las doctrinas y las instituciones pedagógicas y acude en 1880 al Congreso Internacional de Enseñanza de Bruselas, donde aprende los métodos pedagógicos de la Escuela Modelo; el 82, el inglés Capper, discípulo y maestro en la Institución, introduce en ella los vigorosos juegos corporales de su país; y Cossío hace su primer viaje a Alemania; el 84, Giner y Cossío afirman de nuevo en Londres los principios pedagógicos ingleses que ponen en la formación moral del carácter y en los juegos como fuerza ética la base de la educación, reciben inspiraciones en el ambiente de Eton y de Oxford, donde tuvieron la fortuna de vivir en Balliol College como huéspedes de su famoso rector el gran Jowett, rector asimismo entonces de la Universidad, y no sólo el primer humanista sino el espíritu más educador de su tiempo en Inglaterra; y completan con esta visión directa de la vida inglesa el influjo que, a través del matrimonio Riaño (D. Juan Facundo Riaño y Doña Emilia

Gayangos), habían recibido del refinamiento y poesía de las costumbres inglesas; un nuevo viaje del 86, en que Giner, con Cossío y otros discípulos, visitan Francia, Bélgica, Holanda e Inglaterra, enriquece al contacto de nuevas cosas y grandes personalidades (Russell Lowell, Robert Browning, John Bright, etc.) todas esas influencias, que otra última salida de Giner en el 89 a Francia, las frecuentes de sus discípulos desde entonces, la amistad y la comunicación constante con sus amigos Pécaut, Marion, Buisson, James Guillaume, Compayré, Bréal, Sluys, Capper, Harris, lord Sheffield, Adolfo Coelho, Bernardino Machado, etc., continúan constantemente robusteciendo.

Y para comprender toda la magnitud de la obra pedagógica de Giner no hay más que recordar lo que España ha ganado, por lo menos en conciencia y comprensión de los problemas pedagógicos, desde el Congreso Nacional de 1882 hasta hoy. En aquel Congreso, en que la Institución salió por primera y única vez de su labor callada científica y pedagógica, encontramos el contraste más palpable y doloroso entre hombres como Giner y Costa y sus discípulos, y el atraso que se enseñoreaba de la nación. En este Congreso, después de haber hablado Cossío y Costa, rodeados de la hostilidad y la incompreensión generales, improvisó D. Francisco Giner un discurso (su segundo y último acto público) lleno de ciencia, de nobleza, de sinceridad y de indignación, quedando en su alma desde aquel momento una melancólica desconfianza en la acción rápida sobre las muchedumbres, que le afirmó definitivamente en que la única labor honrada y posible era la formación lenta y cuidadosa de los hombres de mañana desde su primera niñez.

Vive desde entonces consagrado a su cátedra de la Universidad, en la que fué repuesto el año 1881, y a la enseñanza en la Institución, al estudio de los problemas filosóficos y pedagógicos, a la comunicación con todos los que se acercaban a él en demanda de consejo y de enseñanza, al goce de la Naturaleza y del Arte, sien-

do la Arquitectura el de sus preferencias; a la satisfacción de las necesidades de su espíritu, curioso de todo y eternamente joven; a la exaltación de toda su vida a un ideal de perfección moral ilimitada.

Y vive de continuo en familia; porque nada hay más contrario a su carácter que el aislamiento del célibe, o el cuarto de una fonda, o el retiro de una celda. Necesitó siempre de un hogar con los dulces contrastes femeninos, con ternuras filiales, con las luchas de la juventud y las perpetuas risas bulliciosas de los niños, en medio de todo lo cual hacía su diario trabajo. Y así, frustrados los anhelos, que en edad propicia alimentara, de constituir este hogar por sí mismo, guardó toda la vida en su corazón culto sagrado a aquel imposible, y tuvo el arte de hacerse en otro hogar—que fué más bien el suyo—sitio de verdadero padre y de abuelo, alcanzando la dicha de vivir y morir como él quería, rodeado de hijos y de nietos.

A su espíritu, en perpetua vibración, acompañaba un cuerpo pequeño, enjuto y también en movimiento perpetuo, coronado de una nobilísima cabeza grande, con cara algo alargada, ojos castaños, de una extraña mezcla, según los momentos, entre bondadosos y agresivos; barba en punta, espesa y dura, que fué blanca desde los cuarenta años, y hasta entonces, negra, como el pelo, que perdió muy joven. En conjunto, en color y en estructura, si se descuenta la energía de sus rasgos, recordaba a la santos de Ribera.

Su presencia y su palabra, cautivadoras; la conjunción de una elegancia natural, una exquisita pulcritud y una extrema modestia, casi pobreza, en su atavío; su dominio de las buenas maneras; su afán de sacrificio en lo máximo como en lo mínimo; su delicadeza en las atenciones sociales; su cortesía para con todo el mundo, y especialmente con las señoras; su especial don de gentes, en suma, hacían de él, junto al filósofo y al educador, un tipo acabado de hombre de mundo y de perfecto *gentleman*.

Madrid fué el centro de su acción desde que a él vino. Las excursiones de natura-

leza y arte por España, siempre con discípulos y amigos, su goce más puro. Consagraba el domingo religiosamente al campo, desde que conoció a los Riaño, a quienes decía debérselo, con quienes empezó a visitar, a pie, en 1876, los pueblos cercanos a Madrid, y especialmente El Pardo, y con quienes vivió en Toledo, a donde volvió siempre en innumerables ocasiones. Atravesó la Sierra por primera vez, andando (Villalba, Navacerrada, Los Cotos, Paular, Reventón, La Granja, Segovia, Las Siete Revueltas, Villalba) en el verano de 1883, y a la Sierra como a Toledo tornó de continuo, sobre todo en invierno, primavera y otoño, hasta su último instante.

Durante los veranos fué casi siempre al Norte. Primero, hasta 1890, a la Montaña de Santander, por la atracción que sobre él ejerció la casa y familia de su amigo Linares en Valle de Cabuérniga, recorriendo a pie muchas veces la parte occidental de la provincia; ya remontando las cuencas del Besaya, el Saja, el Nansa hasta Peña Sagra, Tudanca, Polaciones, y el Deva hasta Picos de Europa, y por el lago Enol a Covadonga y Asturias; ya cortándolas suavemente por la costa desde Torrelavega hasta Gijón. Su sitio de descanso preferido y muy amado fué San Vicente de la Barquera, romántica conjunción, en armonía con su carácter, de historia, arte, ruinas, casas solariegas venidas a menos, ausencia tanto de ricos nuevos con sus pretensiones de *parvenus* como de cursilería burguesa; castillo desmoronado en colinas, reflejándose en la oscura tranquilidad de rías como lagos; playa inmensa sin balnearios ni casetas, y espléndido panorama de mar y montañas. Allí fué popular y querido de todos; allí llevó a la Institución desde sus primeras excursiones, y allí la Corporación de antiguos alumnos ha hecho su casa para las Colonias escolares.

Desde 1891, toda esta actividad de Don Francisco derivó hacia Galicia, siendo entonces su asilo una quinta campestre—*San Victorio*—, en la parroquia de San Fiz (Bergondo) y en las cercanías de Betanzos, perteneciente a la familia del discípulo, cuyo hogar era también el suyo. Celebra-

ba sobre todas las cosas el aislamiento y retiro de San Victorio, donde en seguida intimó, como siempre le ocurría, con el más pobre aldeano y con todos los árboles de la huerta. Allí escribió sus estudios del último tiempo; allí le nació el primer nieto, y de allí partió siempre para sus largas caminatas por la Mariña. Si algún verano dejó de acudir a los castaños del soto gallego y a las playas de Gandario y la Lagoa, fué para refrescar su amor a la Montaña santanderina, o para ensayar el fortalecimiento en la Sierra castellana, de que estaba últimamente más enamorado que nunca. Murió soñando con hacer vida eremítica en la casilla de la Institución en Navacerrada.

Los resultados de toda esta energía inagotable son tan hondos, tan múltiples, tan delicados, que no es posible señalarlos en su individualidad ni en su proceso, sino que hay que saberlos ver en tantos hombres como han dado los mejores frutos de su espíritu, merced al contacto con el espíritu de Giner; en tantas instituciones, públicas y privadas, que en la conciencia de todos están y que fueron creadas por gentes encendidas por el fuego de aquel corazón; en una influencia difusa en todas las actividades pedagógicas, científicas y sociales españolas, que seguramente se ha traducido en un levantamiento del nivel moral e intelectual de una parte de nuestra Patria.

(España, 26 Febrero 1915. Con algunas correcciones y muchas adiciones.)

SUS ESCRITOS.

Sin tiempo para redactar una bibliografía completa de los escritos de D. Francisco Giner de los Ríos, porque muchos se hallan dispersos en viejos periódicos y revistas, anotamos, bajo las rúbricas siguientes, los más conocidos:

1.—LIBROS Y FOLLETOS.

Estudios literarios.—Madrid, R. Labajos, 1866.—8.º, 183 páginas.

Bases para la Teoría de la Propiedad.—Discurso leído en la Universidad

central por... al recibir la investidura de Doctor en Derecho civil y canónico.—Madrid, Imprenta del Norte á cargo de C. Muro, 1867.—8.º, 27 páginas.

Principios elementales del Derecho.—Por...—Entrega 1.ª—La Ciencia del Derecho. La Filosofía del Derecho. Concepto del Derecho.—Madrid, Est. tip. de Tomás Rey, 1871.—8.º, 65 páginas.

Elementos de Doctrina de la Ciencia. (Parte general).—Programa de las lecciones explicadas como curso libre en la Universidad de Madrid, durante el de 1871 á 1872.—Madrid, Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau y C.ª, 1873.—4.º, 24 páginas.

Programa de las cuestiones sobre que versa el examen de Filosofía del Derecho.—Madrid, Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª, 1873.—8.º, 13 páginas.—SEGUNDA EDICIÓN: Madrid, 1882.—8.º, 16 páginas.—TERCERA EDICIÓN: Universidad de Madrid.—Facultad de Derecho.—*Programa de las cuestiones sobre que versa el examen de Filosofía del Derecho.* (No se vende.)—Madrid, Imprenta de Fortanet, 1888.—8.º, 32 páginas.—CUARTA EDICIÓN: Universidad Central.—Facultad de Derecho.—*Filosofía del Derecho* (curso de 1904 a 1905).—Cuestionario para el examen.—Madrid, V. Suárez, 1904.—8.º, 11 páginas.

Lecciones sumarias de Psicología.—Explicadas en la escuela de Institutrices de Madrid por... y expuestas por Eduardo Soler y Alfredo Calderón.—Madrid, Imp. de J. Noguera, a cargo de M. Martínez, 1874.—8.º, 240 páginas.—SEGUNDA EDICIÓN: *Lecciones sumarias de Psicología.*—Por..., Eduardo Soler y Alfredo Calderón.—Segunda edición, completamente refundida conforme a los últimos progresos de la Antropología y la Sociología y adaptada a las necesidades de la segunda enseñanza.—Madrid, Imp. de J. Aurelio Alaria, 1877.—8.º, XXI-221 páginas.

Prolegómenos del Derecho.—*Principios de Derecho Natural*, sumariamente expuestos por... y Alfredo Calderón.—Madrid, Imprenta de la Biblioteca de Instrucción y Recreo, s. a. (1874).

Traducción alemana: *Zur Vorschule des Rechts.* Kurzgefasste Grundsätze des Naturrechts in 47 Vorlesungen.—Von... und A. Calderón.—Frei Übersetzt von Karl Röder.—Herausgegeben von Prof. Dr. Paul Hohlfeld und Professor Dr. Auguste Wünsche.—Leipzig, Theodor Weicher, 1907.—8.º, 171 páginas.

Estudios jurídicos y políticos.—Madrid, V. Suárez, 1875.—8.º, VIII-344 páginas.

Estudios de Literatura y Arte.—Madrid, V. Suárez, 1876.—8.º, XV-316 páginas.

Estudios filosóficos y religiosos.—Madrid, F. Góngora, 1876.—8.º, XV 349 páginas.

Institución Libre de Enseñanza.—Descripción sumaria del proyecto de edificio para la misma.—Madrid, s. a. (1882).—8.º, 31 páginas.

Campos Escolares.—Madrid, Est. tipográfico de *El Correo*, a cargo de F. Fernández, 1884.—8.º, 39 páginas.

El edificio de la Escuela.—Por...—(Biblioteca pedagógica de la Institución Libre de Enseñanza).—Madrid, Est. tip. de *El Correo*, á cargo de F. Fernández, 1884.—8.º menor, 48 páginas.

Estudios sobre Educación. (Biblioteca Económica Filosófica, vol. XXVI.)—Madrid, 1886.—16.º, 195 páginas.—SEGUNDA EDICIÓN: Madrid, 1892.

Portugal.—Impresiones para servir de guía al viajero.—Por... y H. Giner de los Ríos.—Madrid, Imprenta Popular, s. a. (1888).—8.º, 322 páginas.

Educación y Enseñanza.—(Biblioteca andaluza.—2.ª serie.—Tomo X.—Volumen 20.)—Ronda, Imp. de «El Tajo», 1889.—8.º, XX-216 páginas.

Estudios sobre Artes industriales.—Por...—(Biblioteca Andaluza.—3.ª serie.—Tomo V.—Volumen 25.)—Madrid, J. Jorro, 1892.—8.º, 244 páginas.

Resumen de Filosofía del Derecho.—Por... y A. Calderón.—Madrid, V. Suárez, 1898.—Tomo I.—8.º, 399 VI páginas.

Estudios y fragmentos sobre la teoría de la persona social.—Madrid, Imp. de Enrique Rojas, 1899.—8.º, VIII-458 páginas.

Filosofía y Sociología. Estudios de exposición y crítica.—(Biblioteca Sociológica Internacional.)—Barcelona, Henrich y Compañía, Editores, 1904.—8.º, 187 páginas.

Pedagogía Universitaria. Problemas y noticias.—(Manuales Soler.—LVIII.)—Barcelona, Sucesores de Manuel Soler, Editores, s. a. (1905).—8.º, 336 páginas.—SEGUNDA EDICIÓN: (En la misma colección): Barcelona, s. a. (1910).

A propos de la fonction de la loi.—Par...—(Extrait de la *Revue Internationale de Sociologie.*)—Paris, V. Giard & E. Brière, 1908.—8.º, 14 pages.

Sobre el concepto de la ley en el Derecho positivo (Congreso de Zaragoza de la Asociación española para el Progreso de las Ciencias).—Madrid, 1910.

Estudios jurídicos por D. José Marañes, Catedrático que fué de Derecho Natural y Romano en la Universidad de Madrid. Con un prólogo de Gumersindo de Azcárate y la *biografía del autor* por Francisco Giner de los Ríos. Madrid, Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª, 1878.—8.º XXIII-244 páginas

2.—TRADUCCIONES.

Röder (Carlos David Augusto).—*Las doctrinas fundamentales reinantes sobre el delito y la pena, en sus interiores contradicciones.*—Ensayo crítico preparatorio para la renovación del Derecho penal; por...—Publicado en la Revista general de Legislación y Jurisprudencia.—Madrid, Imp. de la *Revista de Legislación*, a cargo de J. Morales, 1870.—8.º, VVI-176 páginas.—SEGUNDA EDICIÓN: Madrid, Medina y Navarro, editores, 1872.—8.º, 324 páginas.—TERCERA EDICIÓN: revisada y corregida por el autor y aumentada con una *Memoria* del mismo sobre *La reforma del sistema penal español.*—Madrid, Victoriano Suárez, 1876.—8.º, XX-366 páginas.

Röder (Carlos David Augusto).—*Necesaria reforma del sistema penal español mediante el establecimiento del régimen celular*, por...—Traducido del alemán en colaboración con A. G. de Linares.—Madrid, 1873.—Folio.

Röder (Carlos David Augusto).—*Prin-*

cipios de Derecho Natural, por...—Traducción del alemán por F. Giner.—Madrid, 1875.—4.º, 48 páginas.

Krause (Carlos C. F.).—*Compendio de Estética.*—Sevilla, Imp. de Gironés y Orduña, 1874.—4.º, 128 páginas.—SEGUNDA EDICIÓN: *Compendio de Estética.*—Traducido del alemán y aumentado por...—SEGUNDA EDICIÓN: aumentada con la *Teoría de la música*, del mismo autor.—Madrid, Victoriano Suárez, 1883.—8.º, XX-224 páginas.

Ahrens (Enrique).—*Enciclopedia jurídica* ó Exposición orgánica de la Ciencia del Derecho y el Estado.—Versión directa del alemán, aumentada con notas críticas y un estudio sobre la vida y obras del autor por..., Gumersindo de Azcárate y Augusto G. de Linares.—3 tomos. Madrid, Victoriano Suárez, 1878-1880.—3 vol. 8.º de XXIII-336, 464 y 371 páginas.

Ahrens (E.).—*Compendio de la Historia del Derecho romano.* Traducción del alemán, con notas, en colaboración con G. de Azcárate y A. G. de Linares. Tirada aparte de la obra anterior.—Madrid, 1879.

Röder.—*La Idea del Derecho.*—Traducción del alemán.—Madrid, Fortanet, 1885.—8.º, XI-98 páginas.

Falckenberg (R.).—*La Filosofía alemana desde Kant.*—Breve resumen traducido y adicionado por...—(Biblioteca de Derecho y de Ciencias Sociales.—XXXIV). Madrid, Victoriano Suárez, 1906.—8.º, XIII-247 páginas.

3.—REVISTAS.

Ha colaborado, además, con numerosos trabajos en las publicaciones siguientes: *Revista Meridional* (Granada), *Revista de España*, *Boletín-Revista de la Universidad de Madrid*, *El Pueblo* (de Madrid), *Revista Contemporánea*, *Revista de Legislación y Jurisprudencia*, *Revista de los Tribunales*, *Ilustración Artística*, *Ilustración española y americana*, *La Lectura*, etc., y, sobre todo, en el BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA.

Á D. FRANCISCO

Como se fué el maestro,
la luz de esta mañana
me dijo: Van tres días
que mi hermano Francisco no trabaja.
¿Murió?... Sólo sabemos
que se nos fué por una senda clara,
diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
Vivid; la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan;
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!

Y hacia otra luz más pura
partió el hermano de la luz del alba,
del sol de los talleres,
el viejo alegre de la vida santa.

... Oh, sí, llevad, amigos,
su cuerpo a la montaña,
a los azules montes
del ancho Guadarrama.
Allí hay barrancos hondos
de pinos verdes donde el viento canta.
Su corazón repose
bajo una encina casta,
en tierra de tomillos, donde juegan
mariposas doradas...
Allí el maestro un día
soñaba un nuevo florecer de España.

ANTONIO MACHADO.

(España, 26 Febrero 1915.)

ELEGÍA PURA

«EL POBRE SEÑOR HA MUERTO»...

Mis ojos se encuentran, al abrirlos la
mañana de Febrero, con la ventana sin
paisaje, todo yerto el cristal de cruda bru-
ma triste. El pensamiento de la madruga-
da, interrumpido por el paréntesis vano
del breve sueño, halla de nuevo, en el
opaco amanecer, su hilo:... «El pobre se-
ñor ha muerto»... «El pobre señor ha
muerto»—dijo anoche un niño.

¡El pobre señor! ¡Qué bien aquí las pa-
labras! Pobreza señora, con esa señoría
cierta que, dándolo todo, de todo se ense-
ñorea, por la rica humildad de su tesoro
conocido; que hace señor lo que toca: la
estancia austera en que piensa, el paisaje
que le da fondo, la cátedra que purifica,
el jardín que endulza, la amistad que en-
noblece; todo esto que ahora va a ser de
nuevo lo que es...

Don Francisco... Parecía que hubiese
ido encarnando cuanto hay de tierno y de
agudo en la vida: la flor, la llama, el pája-
ro, la cima, el niño... Ahora, tendido en su
lecho, cual un río helado que corriera por
dentro, es el camino claro para el recorri-
do sin fin... Fué como la estatua viva de
sí mismo, estatua de tierra, de viento, de
agua, de fuego. De tal modo se había li-
brado de la escoria cotidiana, que, al ha-
blar con él, se creyera que habláramos con
su imagen, que tornara a nosotros fiel y
perdurable. Sí. Se diría que no iba ya a
morirse: que ya hubiese pasado, sin sa-
berlo nadie, por la muerte, y que estaba
para siempre, como un alma, con nosotros.

PAZ

En la puertecita de la alcoba se siente
ya el bienestar. Una senda de olor a ro-
mero y violetas, que, con el aire del bal-
cón abierto, va y viene, conduce, como de
una blanda mano, hasta el que descansa...
Paz. La muerte sólo le ha trocado el co-
lor, con una violada veladura de ceniza.

¡Qué suave huele y qué buena cara tie-
ne aquí la muerte! No esas agudas esen-
cias odiosas, ni el exorno de negrura y de
oropel. Albo es todo esto y pulcro, como
una casita del campo andaluz, como el en-
calado portal de un paraíso del mediodía.
Y todo igual que estaba. Sólo que el que
estaba se ha ido. ¿Se ha ido? «Es maravi-
lloso, Dios mío—dice Fraulein Tesman, en
Hedda Gabler—: ahora Rina está, al mis-
mo tiempo, conmigo y en el cielo»... Me
acuerdo de esas jaulas que nos parecen
vacías porque el pájaro calla en la tabla.
Pero ¡ay! este dulce pájaro no subirá más
al palillo sus vuelos ni sus cánticos.

¿Dolor?... No es dolor lo que transe el

alma al acercarse a este lecho pequeño y nítido que honra un leve cuerpo frío. Es una lenta pena bella, segura de sí misma y de su virtud mejoradora. ¿Verdad, Natalia? ¿Verdad, Jacinta?... Ejemplos de ternura, Natalia y Jacinta, entre las flores, miran sin descanso, con sus ojos abiertos en adusto éxtasis, el bendito rostro cerrado.

Se va el día, con un vientecillo afilado que se trae un envío de la primavera. En los cristales se copian confusamente unas nubes rosas. El mirlo, el mirlo que él oyera treinta años y que hubiese querido seguir oyendo muerto, ha venido a ver si lo oye. Paz. La alcoba y el jardín luchan mansamente con sus claridades: la albura de la alcoba vence y se derrama exaltándose, por toda la tarde. Un gorrión friolero sube a una mancha instantánea que el sol pinta en la cima de un árbol cercano, y pía casi dentro. En la penumbra de abajo silba otra vez el mirlo. De vez en cuando, parece que se oye la voz que ha callado para siempre...

¡Ay! ¡qué a gusto se está aquí! Es como cuando se sienta uno en una fuente, como cuando se lee bajo un árbol, como cuando se deja uno llevar de la onda por un poético río... Y se sienten ganas de no irse nunca: de abrir hasta lo infinito, como rosas blancas, estas horas blancas, puras, plenas; de quedarse prendido a este imán de candor, en el crepúsculo eternizado de esta última lección de austeridad y de hermosura.

«CEMENTERIO CIVIL»

«Cementerio civil» dice en la verja, para que se sepa; frente al otro letrero: «Cementerio católico», para que se sepa también.

Él no quería que lo enterrasen en este cementerio, tan contrario a la poesía risueña, jugosa y florida de su espíritu. Pero ha tenido que ser así. Ya oirá los mirlos del jardín familiar. «Después de todo—dice Cossío—, creo que no le disgustará estar un ratito con D. Julián»...

Manos solícitas han quitado humedad a la tierra con romero; sobre la caja han

echado rosas, narcisos, violetas. Viene, perdido, un aroma de ayer tarde, un poquito de la alcoba a la que le quitan tanto... Y, apretando con los corazones esta fragancia que se va, una masa cálida de cariño, de atención, de congoja, reduce, hasta dejarla del tamaño de un corazón inmenso, la fosa. Cada persona que llega aumenta con su presencia el silencio.

Silencio. Sol débil. Unos nubarrones con viento arrastran por nosotros grandes sombras heladas que atraviesan, volando bajo, las negras grajas. Al fondo, Guadarrama, excelsamente casto, se levanta en despejados montones cristalinos de cuajada luz blanca. Algún fino pajarillo trina un punto en el sembrado vecino que ya, verdea vagamente; luego viene a la corona de lata de una tumba, y se va...

Ni impaciencia, ni cuidados; lentitud y olvidos... Silencio... En el silencio, la voz de un niño que pasa por el campo, un sollozar que ha ido a esconderse entre los sepulcros, el viento, el viento largo de estos días...

He visto, a veces, apagar el fuego con tierra. Innumerables lengüecillas la talaraban por doquiera... Un discípulo albañil, alma fuerte, le ha hecho a este fuego apagado su palacio de barro, en el pedazo de tierra que guardaban dos amigos, entre ellos, para él. Tiene un evónimo, joven y sano, a la cabecera, y a los pies, ya brotada por la primavera que llega, una acacia.

GUARNALDA

Otros—yo mismo, más tarde—contarán de su vida y de su obra tanta y tanta cosa buena, útil, bella y justa. Hoy sólo sea su pasar muerto por la estancia seria del alma, en la que tanto entrara vivo, colmándola entonces de gracia, de frescura y de alegría. En el sitio a que él venía queda para siempre su imagen, quieta como el cuerpo en la tumba. Le será al alma un día su sol, otro sus rosas, otro su fuego, otro su rocío, en una eterna postrimería de primavera purificada, cuyas hojas verde oro nunca se llevará el soplo del invierno.

J. RAMÓN JIMÉNEZ.

(España, 26 Febrero.)

LA ÚLTIMA LECCIÓN

Hombres, por su ciencia y por sus canas, venerables; artistas famosos, políticos de alto renombre, publicistas ilustres ..., lo más sólido entre la intelectualidad española que mira hacia el futuro, se agrupaba anteayer, en persona o en representación, a las puertas del cementerio civil, aguardando el cadáver de D. Francisco Giner de los Ríos.

Más adentro, junto al hoyo donde iba a tener sepultura el gran moldeador de generaciones conscientes, erguíanse, como dos ramos de humanas siemprevivas, los mozos y mozas que fueron discípulos del glorioso anciano.

Sin apartamiento de sexos, confundidos varones y hembras, aguardaban el descenso del maestro muerto a su hoyo, como aguardaron otros días el descenso del maestro vivo a los jardines de la Institución Libre de Enseñanza. Una sola diferencia existía: la que entonces era sonrisa en labios inocentes de niños, era hoy llanto en párpados adoloridos de hombres.

Dentro de caja modestísima, donde el buen gusto había borrado la forma antipática del ataúd, pasó ante nosotros el que fué, el que será siempre en el relicario de la cultura humana. Detrás iban Hermenegildo Giner, su hermano de sangre; Azcárate, su hermano de ideas; Cossío, Flórez, Rubio, los hijos de su espíritu, llamados, con otros maestros y maestras de la Institución Libre, a continuar la obra de Giner.

Tras ellos seguíamos todos, bajas las frentes, silenciosos, recogidos en nuestras conciencias, como cuando escuchábamos las lecciones del bondadoso educador.

Es que el muerto, desde más allá de la vida, nos congregaba para darnos su lección última.

Modesto en su trato con los hombres, austero en sus costumbres, despreciador de oropeles y preeminencias, firme en la defensa, proclamación y realización de sus ideales, nos enseñaba, con su ejemplo, antes de morir, a ser, a un tiempo mismo, humildes e inquebrantables enfrente de la

vida. En su última hora, en el minuto postrimero de su estancia en la tierra, quería enseñarnos a ser humildes y a ser inquebrantables enfrente de la muerte.

Por ello prohibió, en la exposición y enterramiento de su cuerpo, toda pompa, todo ritualismo, todo aparato fúnebre que afeara o ridiculizara el trance augusto del no ser; por ello exigió que sólo los íntimos, entre sus íntimos, siguiesen hasta el cementerio el cadáver. Quería irse del mundo humildemente, austeramente, sin homenajes, donde muerto y vivos se confunden en una sola vanidad; sin cortejos, que más se exhiben que acompañan.

Así llegó al cementerio civil, dándonos a cuantos le aguardábamos lección de humildad, de absoluto desdén hacia los endiosamientos humanos; pero, al propio tiempo, tomando sepultura en aquel cementerio, nos daba lección de la firmeza inquebrantable con que se han de profesar los ideales, manteniéndolos enfrente de la vida sin retroceder ante obstáculos, persecuciones y asechanzas, sin retroceder, enfrente de la muerte, por los prejuicios del aquí o por las incógnitas del más allá.

Tal es la lección última que nos ha dado, desde la boca del sepulcro, Francisco Giner de los Ríos.

Silenciosos, bajas las frentes, metidos en nuestras conciencias, la recogimos todos.

Después, los discípulos jóvenes, los mozos, que de niños aguardaban con la risa en los labios la llegada de su maestro a los jardines de la Institución Libre de Enseñanza, arrojaron al fondo de la hoyo, hasta cubrirla, ramas y ramas verdes... Acaso fueran ellas cogidas en el mismo jardín donde el maestro les enseñó a ser hombres...

Descendió al sepulcro la caja, y las mozas, las discípulas de Giner, la ocultaron, arrojando sobre ella flores y más flores. Con su perfume obsequiaban al maestro; con el incienso de la Naturaleza, único que quería y sabía aspirar el generoso viejecito.

Fué aquel instante como una poética resurrección de Grecia, de la madre inmor-

tal de aquellos filósofos que fiaban al amor, al trabajo y a la cultura la felicidad y la perfección de las humanidades encima de la tierra.

JOAQUÍN DICENTA.

(*El Liberal*, 21 Febrero 1915.)

ADIÓS A DON FRANCISCO

¡Adiós, D. Francisco, padrecito nuestro! ¡Adiós, viva lucecita de albergue, encendida en la gran noche moral de España!

¿Te has apagado para condenarnos a la larga tiniebla, a nosotros, peregrinos pecadores? ¿O bien, acaso, porque ya en el oriente diríase que apunta una indecisa claridad?

¿Cómo fué tu voz, oh, D. Francisco —aquella voz con que nos decías mientras tus brazos se levantaban al cielo: «¡Pero, hombre!»... «¡Dios mío!»... «¡Qué cosas!»...—; tu voz, que nunca supimos si cantaba una canción de alborozo o una elegía?

XENIUS

(*España*, 5 Marzo 1915.)

FINAL

... Se habían ido los últimos coches; al lado de la tumba de D. Francisco Giner quedaban algunos, muy pocos, de sus antiguos alumnos. Les retenía allí el deseo de rendir un último tributo al amado, al irremplazable maestro, y cuál podría satisfacerle más que ver, ¡si pudiera!, construir la bóveda que cubre sus restos por mano de sus discípulos, sin ajena intervención alguna. Los obreros del cementerio, piadosos, comprendieron la razón de este deseo, y retirándose a segundo término, dejaron que toda la labor fuera hecha por quienes realizaban con ello uno de los mayores goces de su vida.

El albañil, el ingeniero, el arquitecto,

los que ayudaban a la obra, todos habían sido discípulos de D. Francisco, y a él debían cuanto de más noble y elevado haya en sus almas. ¡Qué satisfacción más grande podría haberles! ¡Qué trabajo fué hecho nunca con más amor!

«Morir en paz y rodeado de los míos», dijo alguna vez que era su deseo. Así ha podido cumplirse, y a tal extremo, que también en el cementerio descansa al lado de quienes fueron en vida dos de sus más caros afectos: D. Julián Sanz del Río y D. Fernando de Castro.

Los que conocían las intimidades de aquel espíritu y las inmensas delicadezas de su alma, reflejadas en todos los actos de su existencia, comprenderán que nada hubiera podido serle más grato que ver realizado aquel su ideal de morir al lado de los suyos y ser por éstos colocado, sólo por éstos, en su reposo eterno.

Para que todo sonara al unísono aquel día inolvidable, la naturaleza ofrecía una mañana puramente castellana, de esas que D. Francisco supo apreciar más que nadie, y a lo lejos, la sierra del Guadarrama, vestida de sus más puras nieves, parecía querer dar el último adiós a quien descubrió su hermosura y supo transmitir a la generación actual, y para siempre, su amor por ella.

Don Francisco Giner ha muerto; pero el ejemplo de su vida y de sus obras lucirá como un faro inextinguible para el corazón de cuantos le conocimos.

EL MARQUÉS DE PALOMARES DE DUERO.

DE SOBREMESA

Sólo una vez, y de pasada, tuve ocasión de saludar a D. Francisco Giner de los Ríos; pero siempre tuve para él la admiración y el respeto que de todo buen español merecía la noble figura del sabio aureolado de santidad.

Son tantas las inteligencias cumbres admirables por su elevación, pero, como algunas cumbres, también erizadas de picos,

agrias y rudas, que la ciencia amable, el entendimiento bondadoso, esa sencillez que cuando enseña parece que aprende y cuando se alza parece que se inclina, nos parece como don precioso del cielo cuando se nos muestra en humana persona. Humano, sí; humano, en la más dulce expresión de la palabra, con el saber de hombres y cosas, no atesorado, sino esparcido con pródiga liberalidad por el sabio bueno.

En la muerte de estos hombres no dice bien el llorar clamoroso aquello de: «Le hemos perdido para siempre.» Duelos son estos más propios de los que, al morir, se llevan la firma de las prebendas, hombres efímeros de una situación, de un cargo. Los que, como Giner de los Ríos, tuvieron cargo de almas, nos dejan al morir una tristeza de dulzura, un dolor suave y el consuelo de que la muerte es niveladora, sí; pero no de unos hombres con otros, sino de la muerte con la vida. Y sólo mueren los que no han vivido.

JACINTO BENAVENTE.

(*El Imparcial*, 22 Febrero 1915.)

DON FRANCISCO

IN MEMORIAM

Lo que se lleva.

Entre el deseo de honrar su memoria y el temor de profanarla, tendríamos tal vez que guardar silencio, recogiéndonos en la intimidad pura de nuestro dolor.

Pero no pretendemos honrar la memoria del hombre incomparable, único entre cuantos hemos conocido, sino tan sólo contribuir a perpetuarla recordando algunos rasgos de su alma y de su vida.

Y aun esto es muy difícil.

Lo mejor de D. Francisco era su personalidad total. Cada uno de sus nobles caracteres adquiría valor, proporción y pleno sentido en armonía con todos los restantes.

Así, según el diverso punto de vista de sus discípulos, a unos les parecía un Sócrates, a otros un San Francisco de Asís.

La austeridad en él se templaba con la gracia; sus pensamientos más abstractos parecían una obra de arte; engrandecía lo más pequeño y completaba lo más grande y heroico de su apostolado con ciertos perfiles de intimidad delicada o de finura andaluza; fué universal y rondeño, firme y ondulante, maestro y camarada, ejemplo de santidad y amigo de pecadores, sabio, justo, bueno y, por encima de todo, humano, humano.

La vida no es trágica—le oí decir una vez—, pero mucho menos es frívola: la vida es seria. Tomémosla como un deber altísimo—añadía—; sigamos el camino recto, cueste lo que cueste; pero sin olvidarnos de coger ninguna de las flores que encontremos al paso.

Se piensa comúnmente de él que consagró toda su vida a la educación. Y es verdad. Más verdad de lo que comúnmente se piensa.

Nada humano le era ajeno. Pero cualquier cosa que hiciera o de que tratara, miraba como un medio de perfeccionamiento, como un medio de educación. Vivir, para él, era educar y educarse.

Educando, se educaba. Naturaleza esencialmente social, elaboraba y definía sus ideas en la conversación con sus amigos y discípulos. En esto difería bastante de Sanz del Río, su maestro. Porque D. Julián—lo recordaba el propio Giner—se sentaba en una silla con los brazos cruzados y baja la cabeza, y así, solo, durante horas, pensaba.

Don Francisco educaba más fuera de clase que en la clase misma. La clase era una conversación preparada concienzudamente. Y cada conversación era una clase improvisada.

No dejó de dar, en lo posible, ninguna de sus clases. Si alguna vez, por necesidad, faltaba, ó si se interrumpía indebidamente el curso en la Universidad, juntaba a sus alumnos otro día o en otro sitio hasta completar el trabajo no realizado. Es por egoísmo—decía—: no sé si ustedes habrán aprendido algo a fin de curso, ¡pero yo saco tanto! Y recordaba la frase de Lloréns, su profesor en Barcelona: «¡Y hay

quien se queja de que por su cátedra el Estado le paga poco, cuando yo habría dado toda mi fortuna por desempeñarla!»

Y al mismo tiempo que educando se educaba, puede afirmarse que educándose a sí mismo constantemente educaba a los demás. Nada tan ejemplar para todos nosotros como la vida de ese hombre que procuró en cada una de sus horas aprender alguna cosa, superar una disonancia interior, renovarse, crecer en espíritu, poseerse, perfeccionarse incesantemente con silencioso esfuerzo y con cuidado exquisito y hasta con cierta santa coquetería, en el recato de su alma hermosa.

Así fué D. Francisco mejorándose, afinándose y siendo cada año un poco más joven. Sus escritos del último tiempo tienen mayor vigor, mayor soltura y lozanía que los que publicó allá por el año 70. Su estilo resultaba entonces algo solemne y académico.

Y de análoga manera evolucionó en la cátedra, pasando del pensamiento sistemático y del discurso elocuente a esa labor en común, flexible, compleja, difícil, en que las palabras del profesor más tienden a suscitar problemas que a resolverlos.

¡Si es que no hay fórmulas hechas! —decía en una ocasión—: el maestro debe ensayar para cada idea diversas palabras y expresiones, hasta que una de ellas, quién sabe cuál, evoque acaso en la mente del alumno un pensamiento más o menos análogo al que aquél tiene.

En las reuniones de los profesores de la Institución, el criterio de D. Francisco resultaba con frecuencia, frente a los problemas pedagógicos, el más atrevido y radical. Cada día más radical y con la camisa más limpia—era su frase. Y había que oír a aquel viejecito de cuerpo inconsistente y ágil como el de un pájaro, cuando, de pie, junto a la chimenea, exclamaba: Claro, ustedes piensan de otro modo: aquí no hay más joven que yo.

Una tarde, al salir de la clase de Cossío, se hablaba de un sabio profesor extranjero que entonces, a los ochenta años, había empezado a estudiar un idioma antiguo de los más raros y difíciles.

—¡Qué admirable ejemplo! —opinaba D. Francisco.—Es delicioso... Ese hombre comprende el verdadero sentido de la vida.

EL SACRAMENTO DE LA PALABRA

—No sé, D. Francisco, si me atreveré a decir a usted lo que quisiera ..

—¡Por Dios! ¡Si conmigo se atreven todos! Yo divido el mundo en dos grupos: mis amigos y mis íntimos. Los primeros son todos los hombres; los segundos, ustedes, dos docenas. A los primeros se lo perdono todo; a los segundos, todo se lo consiento. De suerte que ya usted ve .. Diga lo que quiera.

Y al fin, la confianza vencía al respeto, y D. Francisco, el hombre de consejo, ejercía como nadie su laical cura de almas.

Atraídas por sus luces, y quizá más aún por su gran corazón, desfilaban por la estancia de D. Francisco personas las más distintas y de las ideas más opuestas. En todas influía con un tacto inimitable, unas veces enseñando y dirigiendo, otras provocando nobles inquietudes, pero siempre levantando el espíritu.

Don Francisco hablaba mucho, con una extraordinaria movilidad mental y con variedad inagotable en el tono y en el sentimiento. Tan pronto se abandonaba a una afectuosa confianza como discutía científicamente el tema más impersonal y objetivo. En ocasiones, por ejemplo, pensando en la situación de España, se humedecían sus grandes ojos grises, y parecía rendirse a la amargura y al abatimiento. Pero reaccionaba de pronto y sacudía y alentaba a los demás, con vehemencia de patriota, «tan desesperado del presente como seguro del porvenir».

Otros grandes hombres han hecho de la conversación un arte. D. Francisco hizo de ella un sacerdocio. Como él medio en broma decía, administraba pródigamente el santo sacramento de la palabra.

—¿Puedo hablarle un momento? —le preguntaba uno de sus infinitos visitantes—. Como tiene usted tanto trabajo...

—Sí, muchísimo: éste.

Y en efecto, éste era su mayor y su mejor trabajo. Solía estudiar a primera

hora de la mañana, y después de bañarse y de arreglar él mismo su cuarto, tomaba el desayuno y ya se sentía dispuesto a ejercer su función social. Porque—decía—voy viendo que mi función social es hablar.

Esa influencia de D. Francisco, difusa, inapreciable, sutilísima, toda espíritu, no es aún bien conocida, y nunca lo será del todo. Nunca podremos contar, uno por uno, los mil hilos que fué amorosamente tejiendo en cincuenta años de incesante apostolado. Influyó, siempre de una manera interna, pura é ideal, en muchos movimientos y en muchas instituciones que nadie creería relacionados con él. Le debemos lo mejor de lo mejor que ha surgido luego colectivamente en ciencia y arte, en educación y política. Nadie como él habrá impulsado la reforma moral de España. ¡No sabemos lo que hemos perdido!

NATURALEZA E HISTORIA

«Dios está en la Naturaleza. Dios está en la Historia...»

Amó a la Naturaleza D. Francisco y enseñó a amarla. No es posible explicar a los que no lo han visto lo que era D. Francisco en el campo. Sabía sacar de las cosas naturales todo su divino ideal; poetizaba el paisaje, pero fundiéndose en él y sin tomarlo nunca arbitrariamente como fondo para los propios pensamientos.

No le agradaba discutir en pleno campo. No solía en él estudiar ni apenas leer. La Naturaleza lo absorbía. Gustaba de ir y venir libremente, corría a veces como un niño, se tendía al sol, andaba a los setenta años jornadas de treinta o cuarenta kilómetros y se bañaba en invierno en el agua helada de los ríos. Ningún pagano amó tanto a la Naturaleza. Para D. Francisco, además, en ella estaba Dios.

También en la Historia. D. Francisco fué siempre historicista. Hijo de la Revolución, no creyó jamás en la eficacia de esas bruscas convulsiones sociales. Sostenía que todo pueblo revolucionario era, en el fondo, como el nuestro, un pueblo rutinario.

Sentía el valor y la belleza del desarro-

llo lento, perenne realización histórica de los principios ideales, cada día más perfecta, siempre imperfecta. No quería romper impiamente la continuidad con el pasado. No hubiera encontrado asiento en el Congreso, porque, en cuanto a los principios, los partidos más radicales le parecían atrasados—¡no piden nada!—, y en cuanto a los procedimientos, encontraba exceso, violencia, falta de profundo sentido histórico en los partidos más conservadores.

¡Cuánto debió sufrir al tener que abandonar la Iglesia, desgarrándose de la comunidad de su pueblo y de su tradición! Hizo todo lo que pudo para evitarlo. El joven pensador krausista oía misa los domingos, y conservaba, como su amigo D. Fernando de Castro, la esperanza en una renovación de la Iglesia española.

Esa esperanza, como tantas otras en el mundo religioso, se desvaneció después del Concilio Vaticano. Juzgó D. Francisco que no le era lícito, sin hipocresía, continuar llamándose católico. Fuera ya de la Iglesia oficial, su religiosidad se hizo todavía más intensa y más pura.

Hablaba siempre con respeto de la Iglesia católica. Dondequiera que él estuviese, estaba delante de Dios. Pero, a veces entraba en algún templo solitario, en alguna olvidada capilla de monjas, quizá buscando una emoción meramente estética, quizás atraído por el aroma eterno de los viejos odres, ya vacíos, en los cuales no es posible—¿por qué, Dios mío, por qué?—encerrar el vino nuevo.

LA MUERTE

Fué como su vida.

A D. Francisco le disgustaba profundamente la conducta de nuestra sociedad con los muertos. Los echa a un cementerio abandonado, como si quisiera librarse de ellos y de su memoria.

En otro tiempo, los que descansaban para siempre en el atrio de la iglesia de su pueblo, no perdían de golpe la compañía de los suyos. Corrían los años, y aún los deudos y los amigos se sentaban a su lado sobre el banco de piedra, al salir de misa.

Lentamente el recuerdo iría palideciendo, difuminándose, pero sin que, de intento, los hombres precipitasen con brusquedad profana esa obra tranquila del tiempo.

Está D. Francisco enterrado en el cementerio civil, entre las dos tumbas de sus maestros D. Julián Sanz del Río y D. Fernando de Castro. Fué conducido sin carroza ni acompañamiento alguno, según tenía dispuesto.

Al sepelio asistieron sólo los íntimos, los verdaderos íntimos. Pero los íntimos de tan gran corazón se cuentan por centenares. Un arquitecto, antiguo alumno suyo, y un albañil, antiguo alumno también, que acertaron a encontrarse presentes, cerraron la bóveda de la tumba. Allí, o donde quiera que mañana reposen sus santas cenizas, el amor de su dilatada familia espiritual no lo dejará solo.

Y España adquirirá conciencia cada día más clara de que ese hombre se llevó al sepulcro todo un pedazo de nuestra alma nacional.

LUIS DE ZULUETA

LO QUE NOS DEJA

Lleva quien deja, y vive el que ha vivido.
¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!

(ANTONIO MACHADO.—A D. Francisco Giner de los Ríos.)

De lo que se lleva para siempre Don Francisco ya dijimos algo no hace muchos días en otra publicación. Pensemos ahora, un poco más serenos, en lo que D. Francisco nos deja.

Nunca lloraremos bastante lo que hemos perdido. Pero es preciso que sepamos volver los ojos, todavía húmedos, a lo que de Giner nos queda cada día más vivo; no sólo a su obra, sino a su inagotable legado espiritual, henchido de principios renovadores, de realidades nacientes y de idealidades que apenas comienzan a florecer.

Bien está que hayamos evocado la interesante figura del Giner de los Ríos histórico. Años románticos de estudiante en Granada, Ríos Rosas, el krausismo y la

Revolución del 68, D. Julián, D. Nicolás, D. José Fernando, D. Gumersindo, la Restauración, Orovio, la *Institución Libre de Enseñanza*, todo un pedazo de la Historia de España.

A Giner, sin embargo, muy rara vez se le oía recordar esos episodios con la minuciosa complacencia de los viejos. No; esto era el pasado. Y él, cada año un poco más joven, vivía de cara al porvenir.

¡Con qué gusto hablaba, en cambio, de las posibilidades de una nueva vida nacional! Era un hombre de su siglo. Y aún hubiera podido decir con el Marqués de Posa en el *Don Carlos*, de Schiller: «El mundo no está maduro para mi ideal. Yo vivo como un ciudadano de los tiempos venideros.»

No le enterremos, pues, como los muertos entierran a sus muertos, porque esto no sería digno de él. Sabemos lo que con D. Francisco desaparece, lo que él se ha llevado irremisiblemente a la tumba.

Hemos perdido su incomparable personalidad individual; irá palideciendo el recuerdo de su estilo peculiar en la conversación íntima; se apagó la llama de su corazón; cesará la eficacia verdaderamente enorme—enorme por lo mismo que era tan fina, tan delicada—de aquella acción difusa, ejercida en un consejo, en una carta, en un pormenor cualquiera de las relaciones sociales...

¡Cómo consolarnos de tanto dolor! Se extinguió una vida que era toda ella una obra de arte. ¿A quién acudiremos mañana tantos de nosotros en los momentos difíciles, en las crisis interiores? D. Francisco, D. Francisco... Su presencia, su diálogo, su psicología, la inquietante movilidad de su alma, lucecita siempre temblorosa, siempre ardiente, todo eso nos lo arrebató la tierra de aquel Camposanto... Campo santo, sí, santo.

Non omnis moriar. ¡Quién lo duda! Pero no podemos dejar de llorar sobre esa tierra. El mismo Jesús no resucitó á Lázarro sin antes consagrar el dolor humano, llorando amargamente junto al sepulcro de aquel amigo.

Queremos hablar sólo de lo que de Don

Francisco queda. Contra nuestro propósito, sin embargo, el pensamiento se vuelve a lo que la tierra se tragó. Hay en cada hombre un último fondo, la individualidad, algo que es más que la suma de todas sus manifestaciones, un principio inefable, irreductible, incomparable, original, único. Tendremos acaso todo lo de D. Francisco, pero a D. Francisco no lo tendremos.

Duerme ya en paz entre otros grandes españoles que fueron sus amigos y sus compañeros de trabajo. Como epitafio se le podrían consagrar aquellos mismos versos de Foscolo que él dedicó a la memoria de su pariente el insigne orador y hombre de Estado D. Antonio de los Ríos y Rosas:

Qui posaba l'austero; e avea sul volto
Il pallor della morte e la speranza.
Con questi grandi abita eterno: e l'ossa
Fremono amor di patria.

EL EJEMPLO.

Lo primero que nos deja D. Francisco es su ejemplo.

Fué ejemplar toda su vida. La consagró a los más altos ideales; puso en cada momento su alma entera. Y, sin embargo, resultaba en sus palabras y acciones tan sencillo, tan abierto, tan como todo el mundo, que, siendo su vida admirable, todavía de ella, al revés de lo que el *Flos Sanctorum* afirma de la de San Simeón Estilita, podría decirse: Vida más para imitada que para admirada.

Austero, heroico, D. Francisco sabía lo que valían el trabajo y el sufrimiento y las lágrimas: nada puso jamás por encima del cumplimiento del deber. Cada minuto de su vida era una lección. Pero tenía en el más alto grado aquella cualidad que Herder consideraba como la primera para los educadores: la gracia.

La poesía en todos los sentidos de esta palabra, que parece frívola y está, no obstante, llena de profundidad.

Tenía una fina gracia andaluza, que constituía, por decirlo así, como el aroma peculiar de su pensamiento y de su estilo.

Mas esto es lo de menos. D. Francisco hacía pensar en lo que la gracia era para los inimitables griegos, en lo que Platón

llama el encanto de las ciencias y la seducción de la virtud. Y, al lado de esa significación helénica, la gracia en Don Francisco mostraba también todo el valor cristiano de esta palabra: don del Cielo, estado de un alma en la que Dios habita.

Por eso es tan eficaz el ejemplo de Don Francisco. Nos parece siempre asequible, simpático, realizable en cada punto de la existencia cotidiana. Enlaza constantemente lo grande y lo pequeño. Sirve para formarnos una concepción del mundo y para mondar una naranja. Pongamos en ello un poco de alma, y lo mismo da la naranja que el cosmos.

Apenas habrá persona de la intimidad de D. Francisco que no recuerde estos días, al lado de sus extraordinarias enseñanzas, alguna menudencia adorable.

Ya es el comentario punzante que se contesta en el mismo tono, y que deja, sin embargo, una advertencia que no se olvidará; ya es la tarjeta con una línea cariñosa como un apretón de manos en el momento oportuno, cuando hacía falta; ya es el recuerdo de un día en el campo, en que el viejecito septuagenario trepó á una encina y, mientras cogía algunas ramas, recitaba versos o decía cosas incoherentes y encantadoras, semejante a un pájaro con una chispa de puro espíritu en la movible cabeza.

Estas pequeñeces... (Recordemos a Lessing en el *Nathan*: «¿Demasiado pequeño? ¿Hay algo demasiado pequeño para un alma grande?») Estas pequeñeces las tendrán presentes los amigos de D. Francisco en el mismo plano que sus ideas y sus obras más valiosas.

En la vida humana, como en la obra artística, todo depende del *coup de pousse*. ¡Quién sabe qué nimiedad, qué insignificancia puede levantar a veces una conciencia abatida! Gentes hay que guardan de D. Francisco algún recuerdo, tan pequeño para los demás, que no se atreverían a publicarlo, tan grande para ellos, que no lo cambiarían por su filosofía del Derecho.

No tuvo D. Francisco nada de superhombre. Fué sólo humano, pero ¡tan plenamente humano!

Completo, amplio, armónico, su espíritu convivía con todas las ideas. Tenía las suyas; pero aun para las más opuestas guardaba, no tolerancia, no ya respeto, sino una cierta hospitalidad mental. Las ideas entraban en su cerebro como los amigos en su casa, sin hacerse anunciar, y su alma estaba de par en par abierta a la luz de cada nuevo amanecer. Su oración matinal pudo haber sido la del Rig Veda: Hay muchas auroras que no han brillado todavía... ¡Haz que las veamos, oh, Varuna!

Su ejemplo es, por ello, aprovechable, aun para las personas de ideales más diferentes. Nunca trató Giner de sustituir, de suplantar con sus ideales propios los ideales que otro sinceramente profesara. Toda conciencia era sagrada para él. A condición de que fuera una conciencia.

Por el contrario, procuraba desenvolver y perfeccionar en cada uno el ideal libremente aceptado. No importa *lo que* cada hombre es, sino *cómo* lo es. Ten tú tu ideal; yo el mío; éste o aquél, los suyos; los ideales serán diferentes, pero habrá, para unirnos, un ambiente común: la idealidad.

Por eso el ejemplo de D. Francisco, como el de todo verdadero maestro, trascenderá más allá de su grupo y de su escuela. No pretendamos encerrarle en una concreción determinada. El espíritu es infinito. Todo es pensable, y lo que más nos repugne habrá sido pensado alguna vez. La vida fluye por encima de todas sus cristalizaciones y rebosa de todos los vasos. Siempre arriba, más arriba. La mente más amplia no es más que una esponja flotando en el mar del humano pensamiento. ¡Cuán varios criterios, cuán diversas concepciones nos muestra la historia de la cultura! Y siempre más, más. ¡Y hay tantas auroras que no han brillado todavía!

LOS LIBROS.

Un estudio completo y sistemático de las obras escritas por D. Francisco Giner de los Ríos excedería de nuestro propósito y de nuestras fuerzas. Nos limitaremos aquí a una indicación general sobre la importancia de los libros que nos ha dejado.

Es corriente la afirmación de que en Don Francisco, la personalidad del autor superaba en mucho a sus obras. Así lo hemos creído siempre. Para contrastar ahora este aserto, hemos vuelto a leer algunas de sus mejores páginas. Y a trechos, un pensamiento vigoroso, una expresión llena de vivacidad hacen que nos digamos, como quien ya no puede encontrar mayor elogio: Parece que le estoy oyendo hablar.

Todavía sentimos que, en efecto, con valer tanto sus libros, no valen lo que el hombre. Muerto éste, sin embargo, es de esperar que cada día sus escritos despierden más interés y sean leídos con más provecho. No hay duda de que son obras llamadas a subir en la conciencia española. Hasta es posible que algo se rectifique aquella opinión generalmente admitida.

Nunca fué D. Francisco un verdadero escritor. Lo característico de la aptitud literaria está en la capacidad de sugerir al lector todo lo que haya en el espíritu del autor y, a veces, mucho más. En este sentido puede sostener Unamuno que la personalidad de Don Quijote es muy superior a la de Cervantes.

Por el contrario, en los trabajos de Don Francisco, detrás de cada frase concreta queda inexpresado un mundo de atisbos y de emociones. Sólo aparecía la parte más formulada, más objetiva: el esqueleto de su pensamiento.

La mayor parte de sus libros son, en lo externo, recopilaciones de artículos o resúmenes de cursos, y, en lo interno, exposiciones y comentarios de otros autores. Un sentimiento extremado de modestia, casi de pudor, le impedía mostrar al público sus ideas más íntimas y originales, las verdaderamente suyas.

Don Francisco, que, en la conversación, era siempre ondulante, genial, poético, no escribía por lo común sino con muchas notas y extractos y aun con frecuencia en forma esquemática: I, II, III... y luego I. a), I. b)..., etc. *Verba volant...* Se diría que su espíritu, tan libre, tan alado, tenía horror a encerrarse entero en la rígida permanencia del escrito.

No ha dejado un libro de carácter gene-

ral en el que se propusiese exponer su concepción del mundo y de la vida. Las especialidades en que llegó a elaborar y a desenvolver algo más completamente su pensamiento fueron la Filosofía del Derecho y la Pedagogía, sobre todo la primera.

Sobre la segunda no escribió ningún tratado fundamental que contuviese todos sus principios y experiencias. Pero en *Educación y enseñanza* (1889), en sus *Estudios sobre la educación* (1886) y en multitud de artículos y trabajos sueltos, existen los elementos dispersos, con lo que sería posible—y aun quizás conveniente—reconstituir lo que llamaríamos la Pedagogía de Giner de los Ríos.

Por lo que respecta a la Filosofía del Derecho, existe algo análogo a esta labor en el resumen escrito por el propio Don Francisco, en colaboración con su discípulo Alfredo Calderón, y titulado *Prolegómenos del Derecho (Principios del Derecho Natural)*.

Un campo más amplio que el de la Filosofía del Derecho abarca la *Teoría de la persona social*, una de las obras más centrales de D. Francisco. En ella están sus conceptos principales sobre la sociedad, el Estado y el desarrollo histórico de la humanidad.

Son también de mucho valor los trabajos y artículos coleccionados en los tomos de *Estudios jurídicos y políticos* (1875), *Estudios filosóficos y religiosos* (1876) y *Filosofía y Sociología* (1903).

En su juventud publicó también Giner varios artículos sobre Literatura y Arte, recogidos igualmente en otro volumen de *Estudios* en el año 1876. Conservó siempre esta afición a los problemas de estética, y cada vez el sentimiento de la belleza le pareció más importante para la educación y para la vida.

Si estudiásemos cronológicamente los libros de D. Francisco para seguir, a través de ellos, la evolución de su pensamiento, nos encontraríamos probablemente con estas dos notas: primera, sus doctrinas cambiaron poco durante el curso de su vida; segunda, su espíritu se modificó in-

cesantemente en el sentido de una mayor juventud y una mayor perfección.

El caso no es común. Lo que suele cristalizarse es la *forma* del pensar, aunque varíe con facilidad su *contenido* de ideas u opiniones.

Por el contrario, D. Francisco pensó casi lo mismo al través de 50 años. Pero no lo pensó de la misma manera. Los escritos de la última época son mucho más fuertes y expresivos. Tienen otro color, otro ritmo mental. Son modernos. No los compuso un señor de los tiempos de la revolución de Setiembre y del krausismo. La doctrina, en gran parte, subsiste: el espíritu se ha renovado.

Algunas veces esta renovación llega a poner en crisis la doctrina misma. Un documento precioso, en este respecto, es el breve estudio de D. Francisco *A propos de la fonction de la loi*, publicado en francés, en París, el año 1908. Apunta en él como una rectificación o por lo menos una revisión de las teorías de toda su vida. Quedan en pie, es cierto. La construcción intelectual permanece. Pero se nos presenta en otra atmósfera distinta: se ha hecho una luz nueva.... ¡Y esto en unas páginas escritas muy cerca ya de los 70 años!

LA INSTITUCIÓN.

El espíritu de D. Francisco Giner, tanto o más que en sus escritos, perdura en una obra: la Institución Libre de Enseñanza.

No es ello extraño para quien le conoció. Porque ya su personalidad se desenvolvía y manifestaba, tanto o más que en la cátedra, en aquel jardín modesto y recluso como un jardín de claustro, que hubiera parecido bien rodeado de góticas arcadas y que no parecía peor circuido por las pequeñas construcciones a cuyo abrigo se dan las clases.

En ese jardín llegó probablemente Don Francisco a la plenitud de su actividad.

Por él iba y venía conversando con algún amigo entre los grupos de niños y niñas que jugaban. Allí, con la calva al sol, destacándose el rostro tostado, como en una «negativa», sobre la blancura de las

barbas y el cabello, D. Francisco parecía gozar la alegría pura de su propia bondad.

Pequeño, inestable, siempre inquieto y siempre inquietador, cortaba de pronto el diálogo para hacer ligeramente una advertencia a un muchachito que pasaba corriendo, y luego volvía a su plática, pasando quizás a otro tema, ya en tono íntimo, ya con gran elevación, casi siempre las dos cosas a la vez.

Con frecuencia hablaba de la Institución, de lo que era, de lo que significaba. Cierta día llegaron unos visitantes, dos maestros forasteros, a los que D. Francisco les enseñó la casa y les acompañó a las clases. Es interesante recordar cómo sintetizaba humildemente su juicio sobre el valor de la obra:

—Aquí no verán ustedes nada que valga la pena. El jardín es pequeño; el local, mediano: no tenemos apenas biblioteca ni laboratorios; las mismas lecciones no nos satisfacen muchas veces. Es un dolor... ¡Ah! pero ustedes dirán: ¿Cómo personas que parecen honradas consagran su vida a un centro de educación, convencidas de sus defectos? Pues, sí; porque hay aquí una cosa que nos parece buena y, hasta donde nosotros alcanzamos, excelente. Una cosa sola: la orientación.

En esto consistía y consiste, en efecto, el valor esencial de la Institución Libre de Enseñanza. Con mayores o menores medios, la orientación ideal, el espíritu *qui intus habitat*, representa sin duda lo más escogido, lo más perfecto a que hasta hoy han llegado los teóricos y los educadores.

La Institución es, y seguirá seguramente siendo, un fermento de renovación. No posee un sistema de enseñanza determinado que pueda implantarse por un Real decreto en todo el país. Es, por el contrario, un ensayo constante, una dirección, una tendencia, una reforma nunca terminada, una perenne confrontación de los más atrevidos principios pedagógicos con la realidad práctica y, a la vez, de esta realidad práctica de cada día con los principios más elevados.

Claro está que algunas de las ideas defendidas por la Institución Libre de Ense-

ñanza van extendiéndose poco a poco y, llegarán al cabo a ser admitidas por la mayor parte de las personas que se preocupan de las cuestiones de educación. Esas ideas triunfarán, mas la Institución no triunfará con ellas. Porque el soplo del espíritu no se interrumpe, y ya habrá entonces problemas nuevos y horizontes más amplios.

En las cosas morales detenerse equivale a retroceder. Pensemos, sí, en las mayorías, en las grandes masas humanas que fatigosamente vienen detrás. Pero, en interés de ellas mismas, no miremos más que adelante. Nuestra misión social es estar siempre en minoría. No pensemos más que en lo porvenir. Pudo decirnos D. Francisco lo que Voltaire escribía a su amigo d'Alembert: *Je suis trop vieux pour espérer de voir quelque chose; mais je vous recommande le siècle qui se forme.*

La Institución, tal como ha ido evolucionando y concretándose en estos últimos tiempos, es un establecimiento de educación general, que abarca, por consiguiente, aquel período de formación común humana anterior a las especializaciones profesionales. No decimos que es un establecimiento de primera y de segunda enseñanza, porque la Institución quiere suprimir esta división, que estima arbitraria y errónea. No hay más que una sola educación general.

Se llama Institución libre, porque es independiente del Estado y de la Iglesia.

Independiente del Estado, jamás ha consentido en recibir subvención ni auxilio alguno oficial, prefiriendo vivir pobremente de sus propios recursos. Tampoco acomoda sus enseñanzas a los programas de los Institutos, ni prepara a sus alumnos para los exámenes del Bachillerato.

Piensa que desenvolviendo la personalidad humana y dando a los muchachos una cultura fundamental, ya les coloca en condiciones de afrontar luego brillantemente, si lo desean, la carrera de obstáculos de los infinitos exámenes a cuya meta está el título académico. «Sólo hay una nación, escribía hace tiempo D. Francisco, en que los exámenes sean más abundantes que en

España: la China.» A la verdad que ahora no podría decirlo; porque, después de la revolución, en China debe haber menos exámenes que en España.

Independiente también de la Iglesia, la Institución es neutral en las cuestiones religiosas, no dando ninguna clase de enseñanza confesional. Entre sus alumnos, los hay que no están bautizados y los hay que practican escrupulosamente en su casa y en el templo los preceptos de la Iglesia católica.

Porque, aunque libre, la Institución no es hostil a la Iglesia ni al Estado. Al contrario, procura dar una educación profundamente religiosa y cívica. Piensa que se pueden formar conciencias religiosas sin adscribirlas a una confesión, prescindiendo de aquella a que pertenezcan o de que no pertenezcan a ninguna, del mismo modo que pueden formarse buenos ciudadanos sin afiliarlos a un partido político, prescindiendo de aquel en que militen o de que no militen en ninguno.

Los profesores de la Institución Libre de Enseñanza, unidos por la obra que colectivamente realizan, aspiran a crear, cualesquiera que sean sus ideas personales, un ambiente de idealidad común. Porque el ambiente es lo decisivo en educación y no las máximas ni los consejos, ni los mismos ejemplos aislados.

Entre profesores y alumnos existe una intimidad completa. No hay premios ni castigos, sino una convivencia constante en el estudio y en el juego, en la Institución y fuera de la Institución.

Niños y niñas se educan juntos. Aprenden a conocerse y a respetarse mutuamente. La escuela se ha de adaptar a la vida, y la vida es y debe ser cada vez más coeducación.

El actual régimen de separación sexual escolar, profano, grosero, inmoral, antiestético, tiene que ser sustituido, en una u otra forma, por una comunidad de trabajo intelectual y de intereses espirituales entre los dos sexos. No es fácil realizar esto delicadamente. Pero ya sabemos, desde Platón, que lo bello es difícil.

En la Institución Libre de Enseñanza,

la educación intelectual es sólo una parte de la educación, y el almacenaje de conocimientos, la menor parte de la educación intelectual. Se sacrifica constantemente la extensión a la intensidad, el *cuánto* al *cómo*, en todas las lecciones. Y las lecciones mismas han de sacrificarse con frecuencia a un trabajo práctico, a un goce artístico, a un juego, a un viaje, a un poco de aire nuevo que enriquezca la sangre o la conciencia.

Algo así es, hoy por hoy, la Institución. Así la ha dejado D. Francisco. Y dejó también esbozos de reforma, planes de desenvolvimientos futuros, que seguramente sabrán ir realizando los discípulos y los amigos más próximos. Un principio vivo de renovación se renueva a sí mismo constantemente. No ha de perder jamás, por eso, el sentido de su continuidad histórica, la comunión interna con el espíritu del Fundador.

Apenas hemos señalado aquí sino las grandes líneas más salientes de la Institución Libre de Enseñanza. Resulta un bosquejo torpe en el que se nos ha escapado todo lo que es movimiento, expresión, carácter. ¿Cómo evitarlo? La Institución no es un reglamento ni un cuerpo de doctrina, ni un sistema pedagógico. Ya lo decía D. Francisco: es una orientación. Una orientación carece siempre de límites y términos. «El hombre que ha llegado al término, no hace más que empezar.»

Adelante, adelante. La mayor infidelidad al espíritu de D. Francisco consistiría en detenerse. En aquel su claustral jardín soleado dejó enterradas muchas semillas, de las que todavía no nos hemos dado cuenta.

LA REFORMA DE LA EDUCACIÓN ESPAÑOLA

Pero existen dos Instituciones, aunque las dos no formen más que una. Hay la Institución, establecimiento de enseñanza, y hay la Institución, comunidad espiritual.

La primera de que hemos hablado, es, en puridad, una escuela, un colegio. La segunda es una realidad social más amplia y más compleja. La forman las familias de

los alumnos, los antiguos alumnos ya mayores, un núcleo de profesores liberales que simpatizan con esta corriente de educación, muchas personas de distintas ideas y profesiones, más o menos influídas por ella y que se sienten más o menos estrechamente agrupadas en una dirección común.

Esta entidad es, como decimos, meramente espiritual. No hay posibilidad de trazar sus contornos. En el último rincón de España vive, a lo mejor ignorado de todos y casi de sí mismo, un maestro, un médico rural, que conoció a Giner o quizá tan sólo a alguno de sus amigos, y que ahora, en la aldea, reúne a las gentes para intentar con toda modestia una obra de cultura o de mejoramiento.

Esa es la Institución difusa, *Ecclesia dispersa*. Ningún estatuto la junta, ningún convenio la mantiene, ningún vínculo jurídico la liga.

Esta Institución, comunidad espiritual, es el natural complemento de la otra, de la Institución escuela. Toda escuela que tenga interna vida, producirá espontáneamente, tan espontáneamente como el hogar irradia calor, un movimiento general en torno suyo.

Esas que llaman obras circunesculares y postesculares no son como añadiduras o adornos a la labor central de la escuela. Son aspectos de su acción social. Y ésta es tan esencial e importante como su acción interior. Ambas resultan inseparables y se sostienen mutuamente.

El maestro que no influya en sus alumnos, no pretenda influir en su ciudad. Pero el que no influya en su ciudad, no ejercerá tampoco verdadera influencia sobre sus alumnos. Si la Institución quisiese no ser más que un colegio, ni siquiera un colegio sería. Si la Institución, establecimiento de enseñanza, se cerrase y no fuera sustituida por otra semejante colaboración en una obra concreta, la Institución, comunidad espiritual, se disolvería lentamente, como se seca un árbol al que le corten la raíz. Hasta en la aldea, aquel pobre maestro, aquel médico, sentiría el golpe.

Análogo al fin que realiza la Institución

en su escuela es, naturalmente, el que se propone esa otra Institución difusa. Podríamos definir esta última como un conjunto de personas que profesan doctrinas diferentes; pero tienen una espiritualidad común y que coinciden en el deseo de cooperar a la reforma de la educación nacional y, por medio de ella, a la renovación intelectual y moral de España.

Nunca apreciaremos bastante lo que en ese terreno nos deja D. Francisco Giner. Su consejo y su intervención patriótica fueron decisivos en la creación de algunos organismos políticos, ya arraigados en la conciencia del país, en los cuales están depositadas las esperanzas más sólidas de un renacimiento de nuestra cultura.

Más aún. A D. Francisco, principalmente, debemos las grandes líneas de una reforma de nuestra enseñanza, hoy aceptadas ya como cosa incuestionable por la mayoría de los españoles ilustrados, lo mismo en lo que se refiere a la formación de pequeños núcleos de estudios superiores y de investigación científica, que al desenvolvimiento de la enseñanza primaria y de la educación general en las grandes masas populares.

Le debemos mucho más de lo que pensamos. Porque D. Francisco, desinteresado, humilde, huía de la exhibición y de la fama, dando el impulso con la mano derecha, sin que su mano izquierda lo supiese. Influyó en la Historia como nadie de su época, pero procuró no quedar en la Historia.

Dejó la obra y borró su nombre. Y para nosotros, el mejor modo de honrar éste es continuar aquélla. ¡Hay tanto por hacer! Faltaríamos a la memoria de D. Francisco si no sintiésemos dolor y vergüenza al exaltarla ante este pueblo, al que hemos dejado analfabeto.

Nuestro deber es urgente. Hablamos mucho de remediar el mal; mucho decimos de transformar o de difundir la educación española; pero no queremos o no sabemos hacerlo. Y si no lo sabemos, es también porque no queremos. A la vista está el ejemplo, a la vez humillante y alentador, de tantos otros países que han formado

rápido un personal nuevo y han cambiado y desenvuelto todo el organismo de su enseñanza.

¿Es tan difícil reunir a los hombres de buena voluntad para esta empresa patriótica? A realizarla están obligados los amigos de D. Francisco Giner y los que no lo fueron, y aun los que se llamaron sus enemigos.

En ocasión en que a D. Francisco se le consultaba sobre la provisión de un cargo desde el que podía ejercerse una gran influencia moral, respondió a todo el mundo: «Para encerrar mi criterio en una fórmula, diré que si yo hubiese de hacer el nombramiento, elegiría al mejor de mis adversarios.»

Debemos sustraer la obra de la educación a las disputas de los bandos y partidos y a las constantes fluctuaciones de la política. Por encima de las nobles divergencias de pensamiento, que nos honran, y de los choques sectarios, que nos degradan y envilecen, todos podemos encontrarnos en ese terreno de concordia y para esa obra de paz.

LOS PRINCIPIOS.

Otra cosa, sin duda la mejor, algo aún más puro e incorpóreo que todo lo hasta aquí descrito, nos ha dejado D. Francisco Giner.

De ello queríamos hablar también, para terminar estas notas. Pero nos limitaremos a una indicación ligera. Porque la pretensión de consagrarle un estudio serio, resultaría osado o, por lo menos, prematuro. Dejemos, pues, el tema para horas más propicias y para manos más delicadas.

Muerto el individuo, queda su ejemplo; muerto el autor, los libros; muerto el fundador, la comunidad. Extinguida la personalidad total, nos quedan los principios que procuró realizar, expresar por medio de su vida entera.

A eso nos referimos. No a las doctrinas ni a las reglas de conducta, que en sus escritos pueden haber sido perfectamente expuestas y concretadas. Hablamos de aquellos principios vitales, internos, motrices, que se revelan por la acción pro-

gresivamente sin llegar quizás a su fórmula definitiva. Principios, más que en el sentido de máximas, en el etimológico de comienzos, iniciaciones. Principios ideales, todavía no plenamente vividos por la humanidad, cargados de energía espiritual para el porvenir.

Tal vez más adelante, cuando el tiempo haya ido sedimentando hechos y palabras, podrá investigarse con alguna exactitud qué principios latían en el fondo del pensamiento y de la actividad de D. Francisco. Pero ya hoy sentimos confusamente que la parte más valiosa de su herencia consiste en esos gérmenes espirituales que a nosotros toca hacer fructificar.

Uno de esos principios—y pongámoslo como ejemplo—se traslucía ya en lo que antes relatábamos acerca de la posición de D. Francisco con respecto a la reforma de la educación española.

Quería que, para ella, se reuniesen personas honorables y competentes de todos los campos y tendencias. Pensaba que la reforma podría realizarse con las garantías mayores por el órgano de instituciones autónomas, técnicas pertenecientes al Estado, pero alejadas de los compromisos y las pasiones de la política, a la vez que mantenidas sobre el flujo y reflujo de los partidos y los Gobiernos.

Y aconsejaba esto, porque en lo hondo de su conciencia veía la diversidad de ideas y opiniones, no como una lucha, más o menos fecunda, sino como una íntima colaboración. Si, en la mutua cooperación para la vida ha de irse trasformando en una mutua cooperación para la vida, ¿no seguiremos el mismo proceso en el orden ideal?

Mucho nos queda por hacer en la realización de este principio. Detrás de cada doctrina se dispara como detrás de cada trinchera. En nombre de nuestras opiniones religiosas, sociales o políticas, llamamos adversarios a los que piensan de otro modo y emprendemos contra ellos «el buen combate». ¿No serán sus opiniones tan legítimas y necesarias como las nuestras, aunque nosotros no podamos ni debamos tener las suyas?

¿Por ventura sostiene el poeta «el buen

combate» contra el químico? ¿No son ambos colaboradores igualmente indispensables en la obra de la cultura? Cuanto más químico sea el químico, más necesario será el poeta. Se acerca, se acerca un tiempo en el que el materialista y el espiritualista, el conservador y el radical se sentirán, como el poeta y el químico, cordialmente enlazados en una colaboración venturosa.

De un modo análogo, sería interesante ir observando los principios que se manifestaban en los varios aspectos de la mentalidad o de la actividad de D. Francisco, los ejes de los distintos planos de su vida. Podríamos señalar también como ejemplos sus principios en lo relativo a la moral sexual y a la familia, o al valor de la ciencia, o al sentido de la religión.

Pero esas cosas no deben ser tratadas a la ligera, como final de unas notas ya, para su modesto objeto, demasiado extensas. No se busque en las presentes líneas más que un piadoso recordatorio dedicado al maestro y al viejo amigo, y una ojeada consoladora al ancho campo que nos dejó sembrado.

¡Campo de esperanza, mancha verde en la tierra desolada de nuestra patria! ¡Cómo te extenderías, si nosotros, si todos, supiésemos trabajar con la misma pureza de propósitos, la misma energía, el mismo amor que el muerto tuvo siempre!

Porque él fué un trabajador, no un luchador. La lucha hubiera parecido limitación y debilidad; la violencia, degeneración de la fuerza, ante aquella plenitud de conciencia y de alma.

Sembró, no arrancó. Fué todo intimidad y delicadeza. Respetó religiosamente la continuidad de la Historia. También él procuraba tocar con cuidado la caña resentida, para que no se acabase de quebrar.

Hizo bien a todos. No tuvo enemigos. Ardía en santa ira contra el mal. Pero la ira trocábase pronto en conmiseración y la conmiseración era un nuevo estímulo para no desmayar en su empresa de perfeccionamiento humano... *Tanto ti pregho piu, gentil spirto. Non lassar la magnanima tua impresa.*

Su gran espíritu no está ya entre nos-

otros. Amó la paz. Aun en medio de los más viriles esfuerzos por la propia perfección y por la ajena, vivió en paz. Ahora descansa en paz.

«El bien que hacemos—escribía Don Francisco a un amigo suyo, enfermo desde hacía veinte años—es base firme para serenarnos, al menos cuando remite un poco la dolencia, y para mirar sin terror el fin de una vida para cuyo valor, a mi entender, importa poco que todo acabe aquí o siga en una evolución eterna. Cada hora de bien vale por sí un infinito, aunque fuese única.»

No hubo acaso en su vida una hora, una sola hora consciente, que no valiera ese infinito. No; el bien no es un engaño ni una sombra. Habría de serlo la vida entera, y el bien no lo sería. Continuemos. Lo que dejó D. Francisco Giner, lo dejó en nuestras manos, en la de todos, españoles.

Prosigamos, trabajemos unidos y en paz. Los momentos son críticos. No es paz, sino guerra lo que se grita, desde el Iser al Vístula, en toda la extensión de Europa. Sin duda, después de esa convulsión o después de un ciclo, apenas imaginable, de guerras, revoluciones y espantosos trastornos sociales, Europa y el mundo entero se renovarán. *Dies irae...* El siglo se disolverá en cenizas. Pero se abrirá una nueva Era. ¡Qué responsabilidad la de los que lleguen a vivirla! Trabajemos, pues, con doblada energía, con más fe. Tiempos son éstos difíciles, tiempos de prueba, tiempos fatales. Se nos fué nuestro Don Francisco cuando, a la vez, se va, en el mundo, todo un período de la Historia Universal.

LUIS DE ZULUETA.

(*La Lectura*, Marzo 1915.)

DON FRANCISCO GINER

CRÓNICA DE MADRID

Pocos días después de haber visitado mi hogar la Intrusa, se dirigió con su andar sigiloso y traicionero, entre las preferidas sombras de la noche, a otro hogar, consti-

tuído por la comunidad de ideales, y asestó el golpe a la preciosa y venerable cabeza de D. Francisco Giner de los Ríos, rector de la Institución Libre de Enseñanza.

Era tal vez el mejor de mis amigos el que acaba de emprender el viaje hacia ese país desconocido que tanto atraía su atención y en el cual no temía entrar, anheloso quizás de la definitiva certidumbre. Nació nuestra amistad, no de similitud de ideas, sino, por su parte, de un bondadoso interés hacia mi trabajo, y por la mía, del conocimiento de la suma de bondad de aquella escogida alma. El, que se dedicaba a tantas cosas útiles, no interrumpió jamás la especie de vigilancia afectuosa que le merecieron las evoluciones de mi arte, y a menudo sus palabras o sus renglones, llenos de efusión y de sinceridad, me consolaron de la crítica incomprensiva, del bárbaro *palo* o del elogio superficial y yerto.

Conocí a D. Francisco Giner siendo yo muy joven, y nunca cesó la comunicación intelectual entre nosotros, aunque la hiciese menos frecuente la excesiva ocupación, de tan diferente índole, que a los dos nos abrumaba por igual. Hallábame en un momento de desorientación, sin saber si escribir en verso o en prosa, atormentada por las ansias de la vocación irresistible, pero confusa e incierta, y sufriendo la duda, que tanto atormenta, respecto de mi aptitud y condiciones para que la labor de mi pluma rebasase un poco del nivel más vulgar. Y en largas conversaciones, Giner me fué abriendo camino. Para alentarme, me sugirió que en mí existía un temperamento artístico. Los consejos, no exentos de cierta severidad sana, me indujeron a estudiar, a viajar, o conocer idiomas y autores extranjeros y, al propio tiempo, a sentir la poesía del ambiente patrio y hasta del casero y familiar. Es más fácil, en esta penosa hora, reconocer la deuda que catalogar el tesoro de luces y de auxilios que debí a Giner. En él se daba un caso singular: no era lo que se llama un literato, a pesar de ser un escritor y expositor notable; pero, al hablar de cuestiones literarias, creyérase que le interesaban, sobre todo, las letras; tal era el calor entrañable que

en ellas ponía. No se contaba en el número de los sabios que conceden a las letras el valor de un bello juego, de un adorno, cuando más. Para Giner, tanta fuerza tenía una novela como un libro didáctico; en igualdad de mérito, los dos, porque en todo veía palpar la vida, el sentido radiante de la espiritualidad humana.

En tal época se discutía mucho acerca de la escuela filosófica a que pertenecía el grupo del cual D. Francisco formaba parte. Contábase que Sanz del Río había traído a España las doctrinas de un pensador alemán, Krause, y a ellas estaban afiliados profesores jóvenes de brillante porvenir, Linares, los tres Calderones, Salmerón: Giner. Sin embargo, ya en los días a que voy a referirme, la escuela había sido impugnada reciamente por Marcelino Menéndez y Pelayo en *La Ciencia Española* y mordazmente, con corrosiva agudeza, por el insigne poeta Campoamor, que siempre cultivó la crítica filosófica, en el terreno del ingenio y hasta de la paradoja chispeante. Estaba, pues, quebrantada ante el público la doctrina, sin que pudiese afirmarse que la conocía bien, y, además, tenida por peligrosa, a pesar del misticismo ardiente de Krause. Y no pocos amigos míos andaban preocupados con el temor de que, por la amistad que me unía a Giner y su grupo, fuese yo a incluirme entre los adictos a la «filosofía alemana», según la consagrada frase.

Era inútil repetir la verdad: que ni había leído dos renglones de Krause, ni D. Francisco y sus amigos me hablaban de filosofía, de la cual poquísimos se me alcanzaba entonces, sin que esto quiera decir que ahora se me alcance mucho más, a pesar de los años transcurridos y las lecturas realizadas. Krause, suponía yo, debía de existir; pero, por nuestras charlas, no lo hubiera sospechado. Es más: otros filósofos me atraían, especialmente Kant; pero aquel Krause, casi mítico, no salió a relucir. Tratábamos de literatura, de algunas novedades científicas al alcance de todos, hasta de política (cosa no muy del gusto de D. Francisco), y nada de iniciaciones, catequizaciones ni propagandas. Todo se re-

ducía a que yo conversase con hombres de valer, y esto lo consideraba afortunado azar, pues de ellos mucho aprendí, sin meterme a indagar si pensaban de esta o de la otra suerte.

Don Francisco me enseñó aquel sentido de tolerancia y respeto a las ajenas opiniones, cuando son sinceras, que he conservado y conservaré, teniéndolo por prenda inestimable y rara, no ya en España, en que las discusiones suelen ser violentas y los juicios rajantes y secos, sino en el mundo que se tiene por más civilizado, como me lo prueban las inverosímiles exigencias de los que se empeñan en traerme por fuerza a su manera de entender las cosas. Don Francisco respetaba, no con los labios, sino internamente, los sentires y pensares ajenos, y ponía en este ejercicio un espíritu de justicia y hasta de amor. Y no era un escéptico, que respeta porque todo le es igual; al contrario, fué el más convencido de los hombres. Otro amigo mío inolvidable, Luis Vidart, solía plantear en nuestras pláticas esta cuestión:

—¿Es compatible la tolerancia con la convicción sólida y profunda?

Y le citaba a Giner como probante ejemplo. Giner, decíale yo, no sólo es un convicto, sino un agitador de conciencias, cabalmente en fuerza de su convicción, y, por lo mismo, su fe le sugiere transigencia respetuosa con la fe y la razón de los demás. A esto respondió Vidart que no todo el mundo podía ser como D. Francisco, y que acaso su tolerancia fuese una «retórica del corazón», un efecto de sensibilidad más que de discurso, porque nadie transige con el error, si está seguro de que lo es.

¡Líbreme Dios de afilar tanto la punta del lápiz como la afilaba aquel buen amigo!

Un instinto me dice que la tolerancia nos es tan indispensable como el aire que se respira. De la aureola de Giner formaba parte esta virtud. ¡Lástima que no escriba la vida de maestro tan singular alguien que haya podido recoger los rasgos y matices de su personalidad encantadora! No he visto a nadie más alegre, más animoso, más infantilmente enamorado del vivir. Su alegría era la de un franciscano de los pri-

meros tiempos, al cual la desgracia de los nuestros hizo heterodoxo. Parte de su alegría se fundaba, como la de los primitivos compañeros del Santo, en la pobreza. «La pobreza es dueña del mundo», parecía repetir todo lo que rodeaba a Giner. «La pobreza anda ligera y no conoce el miedo.» Pobreza, sencillez, modestia y algo de delicado refinamiento en ciertos pormenores; he aquí el ambiente propio del que acaba de morir. Nadie se asemejó menos al sabio de gabinete o biblioteca, huraño, de revuelta melena, de insociables hábitos, que el cariñoso y naturalísimo, y hasta iba a decir inocente, D. Francisco, que no quiso tener cosa suya, y en muchos conceptos pisó la bola del mundo. Envejeció sin ninguna de las manías egoístas que trae consigo la edad, sin desesperar un minuto, sin interrumpir su labor, sin hacer caso, ni mentar siquiera, los achaques y los sufrimientos, que iban acosándole. Su carácter era cosa de estética, pareciendo de ética. Hizo amable la ciencia, amable la austeridad, amable el estoicismo.

Así, los que no estábamos de acuerdo con él en puntos trascendentales, llegábamos al extremo de dudar de nosotros mismos y preguntarnos, como el mísero Pilatos: «¿Qué es la verdad?» Y teníamos que ahondar mucho para salir confirmados en aquel propio sentido, en el cual San Pablo nos aconsejó que ahondásemos todo lo posible.

Otro dato que conviene no olvidar es que Giner, a su modo, era un español apasionado. Sufrió cuando vinieron para nosotros aciagos días, y sufrió más porque lo triste no nos entristecía — que fué lo peor del caso. — Puso cuidado en revelar a sus discípulos lo hermoso y sugestivo del fondo español, conociendo, como conocía, los monumentos, regiones y costumbres de España y de Portugal también, por incessantes excursiones, visitas y estudios. Para lo genuino de nuestro modo de ser, tuvo religiosa piedad. Quizá su misma incessante relación con Europa le hizo entender mejor lo castizo. Su simpatía por todas las manifestaciones del arte y del sentimiento le inducía á buscar en lo popular

el alma de las razas; en las ollas, tazas y platos de cerámica ruda, testimonios del pasado, y en la persistencia de las formas, la del carácter étnico.

Era Giner resueltamente feminista. Todo lo que atañía al mejoramiento de la condición de la mujer le interesaba en el más alto grado. Por él conocía yo la famosa obra de Stuart, *La esclavitud femenina*, que tanto influyó en el movimiento feminista de Inglaterra, y que hice traducir y publiqué en castellano, cuando creía que pudiesen aquí importarle a alguien tales asuntos.

Giner profesaba plenamente la igualdad de derechos del género humano, sin distinción de sexos; pero no hizo en este sentido propaganda, al menos que yo sepa, y acaso tuvo razón, porque el terreno está árido y no sabemos cuántas generaciones trascurrirán antes de que pueda germinar en él la semilla. Yo tampoco haría propaganda en esto ahora, y por eso no he concurrido a Congresos extranjeros muy importantes. ¡Y en el momento presente! Ignoramos por completo lo que va a dar de sí esta guerra monstruosa, qué cola traerá, qué brotará sobre la tierra despanzurrada por las trincheras, encharcada, embutida de fragmentos de hierro, ensopada de sangre. Parece difícil que todo vuelva a ser como antes...

Giner veía con repulsión la guerra, porque era de los que desean la paz sin interrupción entre los hombres y los pueblos. No haré a su inteligencia preclara la ofensa de suponer que creyese asequible la aspiración. En esto se diferencia lo ideal de lo real por su misma esencia.

Quizá la guerra haya ensombrecido un momento el sereno declinar de su existencia, que se nos figura imposible que haya terminado. Esto sucede con la muerte: la tenemos prevista, hasta parece que oímos, como en el terrible drama, el chirrido con que afila su hoz; pero, por bien preparados que nos hallemos, cuando nos ciega, al fin, el amarillo relámpago de su faz, nos causa un asombro indefinible, trágico, unido a una especie de incredulidad misteriosa. Y después de haber visto a D. Francisco Gi-

ner extendido en su lecho último, cercado de flores, como dormido, el problema nos tortura, angustioso. «Ser o no ser...»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

(*La Lectura*.—Marzo, 1915.)

GINER DE LOS RÍOS

Acaba de morir uno de esos hombres extraordinarios en quienes, de tiempo en tiempo, condensa la humanidad los más puros y admirables triunfos de su ascensión penosa hacia la bondad, el desinterés y el culto de lo verdadero. Cada país da esa condensación según conviene a las notas fundamentales de su espíritu, a lo que en el proceso de su historia fué destilando y condensando como lo más genuino y propio de su personalidad; y así son ellos, a la vez que modelos humanos, hombres representativos de la individualidad de su pueblo, en lo que cada uno puede ofrecer de más alto y aprovechable para la obra común de civilización.

Don Francisco (no me resuelvo a llamarle sino como le llamábamos siempre los que gozamos de su intimidad), ha sido ese hombre, para España, en la segunda mitad del atormentado siglo XIX y el comienzo del desconcertante siglo XX. Para encontrarle alguien que se le parezca entre nosotros (en esa necesidad de las explicaciones por comparación, tan claras para la mayoría de los hombres), sería preciso dar un gran salto atrás hasta encontrarse con Jovellanos, con quien, en efecto, tuvo semejanzas morales e intelectuales, más de aquéllas que de éstas, no obstante los muy diferentes órdenes de vida en que uno y otro actuaron. Este paralelo es, por descontado, muy parcial; no cabe darlo por exacto sino en algunos particulares de las dos personas comparadas, y realmente sólo se puede sostener su pertinencia pensando en la impresión general de honradez, de dulzura, de sano patriotismo, que surge de la figura de Jovellanos. Pero en cuanto se quiere precisar y detallar en

punto a la modalidad misma de esas cualidades, la semejanza va desvaneciéndose, como la diferencia de tiempos haría pensar *a priori*.

Me importa, sin embargo, mantenerla, para conducir con alguna facilidad al conocimiento de lo que era D. Francisco, cosa que tal vez por otros procedimientos de explicación resultase sólo comprensible para quienes ya lo conocían. Esa nota moral que coloco en primer término, lo define en lo que había en él de más sustancial y propio. En efecto, no era D. Francisco, ante todo y sobre todo—como quizá muchos piensen; entre ellos, no pocos de sus colegas profesionales—, un profesor más o menos sabio, un pensador más o menos profundo, un hombre de varia e intensa cultura. Todo esto, con tenerlo en gran medida, no estaba, dentro de su personalidad, en primer plano. Superior a la mayoría de sus contemporáneos en esas cosas, no eran ellas lo superior en su espíritu. Por eso no cabe clasificarlo entre los «intelectuales», palabra que hoy se emplea a troche y moche para designar cosas diferentes de las que corresponden a su natural significación, desconocida para la mayoría de quienes la usan y aplican a otros. Para D. Francisco, la «inteligencia» no era lo primero en nuestra vida; y por eso, sin desconocer (antes poniéndolo en relieve a cada paso) el valor que el saber tiene para el hombre, no le subordinaba el resto de las cosas que en él hay y juegan en su vida. Mucho menos podría tolerar que la potencia intelectual y el caudal de saber adquirido se tomasen y utilizasen como instrumento de ostentación, como materia de juegos brillantes y cubileteos aparatosos sin respeto a la verdad y a la intención ética que en el fondo de todo acto humano reclama el puesto director que le corresponde; y por eso estimaba medianamente a los que orientaban así su vida, secando, al calor de la exaltación intelectual, otras fuentes más puras y necesarias al vivir.

Lo importante para D. Francisco, como para todos los moralistas, era la conducta. El saber es en ella la luz que alumbró el camino y permite orientar sin error, o con

menos error, el hacer, tanto en la esfera individual como en la social. Disociadas ambas cosas, por muy alta que sea aquella, poco vale, si no es que vale para torcer más la conducta, con mayor habilidad y amplitud de recursos que lo haría un ignorante o un hombre dotado de escasa inteligencia. Lo que principalmente le preocupaba en el orden del saber a D. Francisco, era el más santo respeto a la verdad y a las ideas, y el uso que de la fuerza intelectual se hiciese en la vida; y eso era también ética, honradez, la honradez del científico que va, desde la más prudente reserva en la investigación y en las afirmaciones a que ella conduce, hasta el respeto a toda conclusión ajena seriamente formulada y a toda rectificación que la realidad traiga a nuestras más queridas convicciones, a nuestros más halagadores prejuicios.

Por eso, lo que sus discípulos (sus discípulos digo, no sus alumnos) han recogido de él y lo que él les daba principalmente, era la regla de conducta, que en el conocer se llama método, rigor lógico, espíritu científico, flexibilidad de criterio, y en moral, austeridad, desinterés, pureza, justicia, tolerancia. Lo que en este orden representa la acción de D. Francisco supera en cien codos a lo que representan sus libros y sus lecciones de cátedra en punto a materia jurídica, filosófica y aun pedagógica, o las continuas sugerencias con que generosamente fecundaba la labor científica de otros, en espléndido obsequio de ideas, que no se agotaban nunca, y cuyos despojos han bastado para enriquecer la obra de muchos.

Esa nota característica de D. Francisco es la que distingue su acción sobre España de la del otro gran hombre que con él comparte el principado de nuestra dirección espiritual moderna. Me refiero a Joaquín Costa. Costa y Giner son los dos cerebros que más han sembrado para la España presente y futura; pero no cabe compararlos, porque su campo era muy diferente. En rigor, Costa (salvo el efecto de reacción que todo hombre superior produce en alguno de sus contemporáneos, y

el doctrinal que produjo en algunas disciplinas por él cultivadas: todo ello de escasa área de difusión) lo que dió fué un legado de ideas y planes para nuestro mañana; algo que él no pudo hacer en vida, porque no tenía en sus manos los medios para hacerlo y que sus contemporáneos tampoco supieron traducir en realidad; nos dejó un programa de gobierno tan preñado de ideas y soluciones, que de él decía el mismo D. Francisco ser cantera que podía alimentar, durante cien años, la actividad de los políticos españoles resueltos a estudiar las necesidades verdaderas del país y a darles satisfacción.

Don Francisco no ha legado nada de eso, y no se puede decir de él propiamente que deje contestación y fórmula para los problemas concretos del mañana, ni aun obra que los demás puedan realizar como en pura aplicación de recetas específicas, individualmente precisadas. La obra de D. Francisco fué de presente, hecha en vida, y con él se ha ido, si no es en aquella parte en que, lo que logramos comunicar a otra persona, sigue repitiendo en ésta nuestro impulso o traduciéndose en nuevas fructificaciones. Pero ya no será la obra suya, sino una interpretación que a cada paso la riqueza inmensa de la realidad ha de exigir que cada cual cree como obra propia, alumbrada tan sólo por una orientación general que procede del maestro. Quiero decir, que D. Francisco ha hecho «hombres», y esto es lo que deja y lo que da a la España futura; porque su obra tuvo lo que es propio del educador, cuya gloria y cuya eficacia residen, no en los principios que expone, y que en lo sustancial tuvieron siempre predicación y propaganda, sino en los espíritus que forman y que lanzan a la vida como fuerzas que realizarán el ideal y promoverán nuevas vibraciones de él.

De aquí que esa obra suya haya sido eminentemente personal, y no de influencia de sistema; es decir, que haya procedido, más que de la difusión de sus ideas, de su acción directa, personalísima, con los hombres.

Hay un hecho que lo demuestra así ple-

namente, tanto en el orden ético (fundamental, como hemos visto), cuanto en el de las disciplinas científicas que cultivó y enseñó; y es que su acción eficaz, educadora, se encuentra tanto o más que en lo que suele estimarse como su creación más honda y su medio de influencia más poderoso, la *Institución Libre de Enseñanza*, en la suma numerosísima de gentes que no han sido alumnos en aquel Centro y llegaron a conocer a D. Francisco cuando ya su primera educación (y a menudo también la universitaria) estaba hecha. No cabe, seguramente, pensar la *Institución* sin D. Francisco; pero la obra de éste se proyectó también afuera en una gran medida. Ciertamente muchos de los hombres a quienes formó D. Francisco o en quienes influyó hondamente, se interesaron de un modo natural y lógico en la función docente de la *Institución*, y entraron más o menos en su órbita; pero otros permanecieron ajenos a ella, en pura simpatía o interés ideal hacia su significación, pero moviéndose en una esfera de vida distinta, y muchos de éstos no son, por ello, menos discípulos de D. Francisco y representantes de lo fundamental de su influencia, o de algunos aspectos principales de ella. Todavía cabe decir, para precisar más el hecho que estamos señalando (esto es, el carácter personalísimo de la acción educativa de D. Francisco y la distinción entre los efectos de este género que se produjeron a través de la *Institución* y los que obtuvo sin que ésta mediase), que una gran parte de los hombres verdaderamente *nuevos* en espíritu que él formó y de los que la opinión designa como representantes ideales de la *Institución*, no recibieron la acción docente de ésta, sino la de D. Francisco, en su cátedra universitaria o en la relación general que la vida procura a cada paso por muy diferentes caminos.

El efecto de su espiritualidad era tan poderoso, tan grande la autoridad de su pensamiento y de su ejemplo vivo, que allí donde se ejercían con alguna continuidad, daban resultados sorprendentes; y aun no fué raro el caso en que una primera conversación bastó para despertar un alma y

ligarla fundamentalmente al alma de maestro, a pesar de las interrupciones de relación o de las fluctuaciones que el poderío del medio ambiente imprima en muchas de ellas.

Por todo eso, su acción ha sido muy difusa, y muestras de ella se encuentran a veces en personas y lugares de escasa comunicación con lo que se considera como su núcleo. De esa condición personalísima de su influencia, nace que se haya ejercido, más que a través de lo que escribió en libros, de lo que dijo en conversaciones y aconsejó o sugirió en cartas, es decir, siempre en un terreno privado e íntimo (en gran parte, fué así también su cátedra universitaria), que hizo de su acción una verdadera cura de almas. Confesor de muchas fué y director espiritual insuperable; y como tal, gran parte de su vida estuvo entregada al diálogo que semejante menester exige, mil veces más eficaz que el más vibrante libro. Por ello también su cuarto de estudio era a modo de gabinete de consulta, por el que desfilaran a diario teorías de gentes en busca de guía para sus actos, de consuelo para sus penas, de luz para sus pensamientos.

No todos los influídos han tomado y hecho suyo, claro es, todos los aspectos de la doctrina educadora, ni en todos han florecido los mismos efectos de ella; pero en ninguno falta, aun en los más descarriados, la impresión indeleble de aquel contacto espiritual que en alguna ocasión de la vida, por lo menos, fué guía decisivo y salvó de los escollos de la vulgaridad, del egoísmo o del orgullo...

.....
RAFAEL ALTAMIRA.

(*El Siglo*, de Montevideo.)

GINER DE LOS RÍOS

Con D. Francisco Giner de los Ríos desaparece el censor más inexorable que ha tenido en España el parlamentarismo.

Que yo recuerde, nunca escribió contra

él, ni mucho menos perdió el tiempo en declamar contra la declamación política; pero hay actitudes de apartamiento silencioso que constituyen la censura más severa por parte de los espíritus superiores. Si «el silencio de los pueblos es la lección de los reyes», como dijo Mirabeau, ese callado apartamiento de quien ha sido en la España contemporánea uno de nuestros poquísimos *hombres-cumbres*, ha sido la lección más elocuente que aquí se ha dado contra las formas y «modalidades» en que habitualmente — e incurablemente también — se desenvuelve nuestra vida política y parlamentaria.

Ni el mismo Joaquín Costa, con todos los rayos y truenos de sus apóstrofes, con todo aquel activo desdén que tuvo para las actas de diputado que le dieron Madrid y Zaragoza, resultó ser un censor tan duro de la usual actuación política como el noble y sabio profesor que acaba de morir en el «espléndido aislamiento» del más puro y sereno de los sacerdocios.

Nunca fué, ni quiso ser, nada más que eso: un sacerdote de la Ciencia. Por la autoridad de su saber y de su palabra, por su dominio de todos los problemas de la vida moderna, por las singulares y encantadoras prendas de su carácter, por el alto y legítimo influjo que tuvo sobre los principales elementos de las izquierdas, desde Salmerón y Ruiz Zorrilla hasta Canalejas y Moret, hasta por sus concomitancias de familia (porque era sobrino de Ríos Rosas), D. Francisco Giner pudo ser, desde su juventud, cuanto hubiera querido dentro del Parlamento español, y en las derivaciones sociales, ya sustanciosas, ya pomposas, que sin gran esfuerzo se obtienen del fructuoso tejemaneje parlamentario. Pues jamás hubo forma de hacerle «tomar» un acta de diputado o de senador, como tampoco un puesto de aquellos en que soberanamente hubiera lucido su valía.

«No sirvo para eso», se contentaba con decir, cuando más, con la afable sonrisa de una indulgencia aparente, que encubría una censura inexorable. ¡Aquí, donde cualquier beocio, cualquier charlatán, cualquier intrigante, cualquier pariente de

cualquier otro figurón, cree que sirve para todo, y efectivamente, todo se le otorga, todo se le regala, todo se le da! . .

Así como se ha dicho en las escuelas «*omissio veri, suggestio falsi*», se puede lógicamente volver del revés tal sentencia y decir: «*Omissio falsi, suggestio veri*». Omitiendo un hombre toda falsedad, y apartándose de los lugares donde se cultiva, puede sugerirnos lo verdadero. Y esto es cabalmente lo que hizo D. Francisco Giner de los Ríos, huyendo de las vanas, falsas y vocingleras disputas de los hombres (de los hombres aprovechados), para refugiarse, no en rincones de cómodo egoísmo, sino a la luz del sol, en una honrada esquina del luminoso peristilo que da ingreso al templo de Palas Atenea.

Y, sin embargo, Giner luchó como muy pocos han luchado en esta tierra de la indolencia servil y del «hacer que hacemos». Luchó tenazmente, apaciblemente, con la ecuanimidad del que está seguro de su razón, y los pródigos frutos de su lucha se han ido viendo — aunque muy poco a poco, y claro es que siempre por la culpa y la hostilidad ajenas — en innumerables manifestaciones de nuestra vida intelectual, de nuestra lenta vida de renovación y de progreso.

Don Francisco Giner de los Ríos, el aparente cultivador del horaciano «*odi profanum vulgus, et arceo*», ha sido uno de nuestros más persistentes batalladores; pero aquí, ya es sabido, para ganar semejante renombre, es indispensable ir a alborotar vanamente en el Parlamento, extremar el alboroto en los «meetings», y si es preciso, andar a bofetadas y a palos en la calle. Escalar el poder; y luego, en la próspera cima, seguir hablando mucho..., y no hacer nada, como no sea algún disparate o algún fructuoso favor al paniaguado.

La austeridad, por otra parte, aquí donde todo está igualmente desacreditado, goza de tan escaso prestigio, que no he de incurrir en la molesta vulgaridad de aplicar a D. Francisco Giner el resobado mote de varón austero. Parecerlo es bastante fácil. Serlo de veras, con la amplísima comprensión del fino conocedor de las flaquezas

humanas, es para muy pocos, desde Epicuro y Séneca... hasta el propio D. Francisco a quien lloramos.

«Hay hombres que hacen odiosa la virtud», dijo una vez Castelar, y dicen que lo dijo señalando con el dedo. Eso se ha podido decir de algunos austeros varones, que en medio de su austeridad, acertaban con los provechosos medios de no dejar la ida por la venida. La maliciosa frase del gran orador caía vencida ante la positiva virtud, ante la austeridad sincera, ante la indulgencia sabia de D. Francisco Giner de los Ríos y ante el risueño desdén con que, sin dejar un punto de pelear por sus ideales, miró todo género de pompas y vanidades mundanas, comenzando por las parlamentarias y acabando por las académicas.

Porque Giner se ha muerto sin ser siquiera académico, como el satírico Piron mandó poner en su epitafio. Siempre que hay una vacante en la Academia Española, y se cita a Don Fulano o Don Zutano para el puesto, los gaceteros al uso sacan a relucir los nombres de Don Mengano o Don Perencejo, porque no se les hace la debida justicia. Jamás, que yo recuerde, se ha mentado en tales ocasiones a D. Francisco Giner de los Ríos, y eso que este glorioso prócer del saber español tiene en sus obras — no muchas, pero muy buenas — páginas que merecen imprimirse en letras de oro, así por la esencia de la doctrina como por la clásica elegancia del estilo.

Pero ¿quién diablos iba a designar para académico a un buen señor que nunca había sido, ni había querido ser senador, ni diputado, ni sabía siquiera quién era el teniente alcalde de su distrito?

Roma tuvo un Catón el Censor. Lo fué hablando, y hablando hartas veces más de la cuenta. El Catón sincero, afable, indulgente, de nuestra España trastornada y vocinglera, ha sido el sabio D. Francisco Giner de los Ríos, el más inexorable enemigo de nuestro parlamentarismo, por lo mucho que ha callado y lo bueno que ha hecho.

Y con todo, es posible que digan de él los cucos y los parlanchines, los aprove-

chados de todas las taifas y los santones de todas las sectas: «Como valer, valía; pero fué un fracasado».

MARIANO DE CAVIA.

(*El Imparcial*, 19 Febrero 1915.)

DON FRANCISCO EL MAGNO

Eramos veintitantos muchachos, sanos de cuerpo, recios y bien conformados de espíritu, pero serios, aplicadotes, algo infatuados, con nuestros títulos flamantes de licenciados en Jurisprudencia. En aquellas galerías encaladas y desapacibles, más pobres, pero no más honradas que los bancos inmortalizados por el viejo Camús, que dan a la Universidad sucesora de la Complutense un aspecto conventual melancólico, esperábamos a que se abriera la puerta del aula para comenzar las tareas que habían de trocarnos en doctores en menos tiempo del que es preciso para llegar a ser discípulos eméritos.

—¿Sabes?—nos dijo no sé quién, tal vez Urquiola, acaso Daniel López —, ¡viene Giner, el gran Giner!—Me temblaron las carnes. Giner era un filósofo, y yo me figuraba a los filósofos como a unos monstruos de sabiduría, pero monstruos, al fin. Para consolarnos, se nos dijo que en el último curso explicado en Madrid no había aprobado a un solo alumno, y que ahora, después de su destierro, volvía más inflexible y mucho más severo que nunca.

La voz del bedel nos sacó de nuestros amargos soliloquios. «—¡El señor profesor!» Y vimos avanzar por la galería a D. Francisco Giner. Era un hombrecito pequeño, erguido, de ojos vivaces, frente despejada y barba canosa, afilada en punta, como la de los hidalgos del Greco; pero pulquérrimo, correctísimo, sonriente, atractivo a no poder más. Llegó hasta nosotros, nos saludó como a personas de su más alta estimación, nos tendió sus manos finas y nerviosas, calzadas de guantes amarillos, y nos invitó cortésmente a acompañarle al interior de la cátedra. No

hay que decir que lo hicimos de muy buen grado y encantados de tan simpática acogida.

—Amigos míos—nos dijo, después de sentarse entre nosotros, como un camarada—, deseo hacerme merecedor del afecto de ustedes, y mi mayor pesar será no colaborar dignamente en la obra de cultura que «todos» juntos hemos de emprender. Yo no paso lista ni examino; así, la asistencia a mi clase es absolutamente voluntaria. Siento no ofrecer a ustedes mi libro de texto, porque no lo tengo, y lo dejo a elección de cada cual; en cuanto al programa, lo he impreso y suplico a ustedes que tengan la bondad de aceptarlo.

Admitimos el ejemplar y no pudimos menos de pensar en la diferencia entre nuestro nuevo catedrático y otros que habían convertido la enseñanza en materia de explotación. Y comenzó un diálogo espontáneo, admirable, verdaderamente pedagógico. Comprendimos que estábamos en un universo nuevo.

—¡Esto es socrático!—dijo a mi oído el nunca bien llorado Morote.

Y tenía razón. A los pocos días, los que no habíamos estudiado sino para ganar el curso, o, a lo sumo, para asegurarnos un porvenir, comenzamos a hacerlo por placer inefable. La clase de aquel genio no superada era la compenetración del pensamiento y la vida; hasta entonces habíamos sido alumnos estudiosos; a partir de aquel día, comenzamos, en verdad, a ser hombres.

Tomamos todos a Giner un cariño entrañable y una devoción que tenía ribetes de entusiasmo frenético. Giner lo sabía todo, lo adivinaba todo, lo explicaba todo, y lo hacía de tal manera, que, al par que desbastaba nuestro cerebro, anquilosado por el memorismo, esculpía en nuestras entrañas con la energía de un redentor y un iluminado. La filosofía, que se nos había antojado algo abstracto y antipático, nos pareció la ciencia de la vida bella y austera, y comprendimos la verdad de una de las afirmaciones del maestro entre los maestros: «Solamente el filósofo puede en la tierra ser hombre de bien.»

De aquella cátedra jamás salió discípulo alguno humillado; antes bien, quedó convencido de que realizaba una noble labor personal. Todas las ideas que bullían revueltas en nuestra inteligencia se ordenaban en vista de un fin. De cuando en cuando, el diálogo se interrumpía, y Giner dejaba desbordar su elocuencia, no superada ni aun por la de Salmerón, otro de sus discípulos. Luego volvía al tono familiar y nos preguntaba nuestra opinión, que exponíamos con la más absoluta franqueza. Junto a él nos creíamos capaces de las empresas más difíciles; lejos de su presencia, y recordando su virtud y su sabiduría, nos encontrábamos muy pequeños.

— Giner llegará a todo — decíamos a nuestros parientes y allegados. Y a todo llegó, menos a lo que las gentes juzgan como más estimable. No fué rico ni alcanzó recompensa material alguna. No quiso ser subsecretario, ni ministro, ni siquiera caballero gran cruz de Alfonso XII, Orden creada para él. Fué Maestro — con M mayúscula —, maestro del pensar, el sentir y el querer; maestro de ciudadanía; maestro de toda la gran intelectualidad española, profesor de energía sana, de ciencia humana santa y fecunda, de hidalguía, de desinterés y sentido común.

A oírle acudían los hombres más preclaros; pendientes de sus palabras, y un año tras otro, estuvieron Salmerón, Augusto González Linares, Costa, Alfredo Calderón, Azcárate, Cossío, González Serrano, Altamira, Caso, Labra, Morote. Y los discípulos le seguíamos a todas partes como a un Mesías inspirado: a la Institución Libre de Enseñanza, a las Bibliotecas, a los Museos, a Toledo, a Avila, a Segovia. Nos hubiéramos indignado contra quien nos hubiese dicho que Giner no era, no ya el más bueno y el más sabio de todos los hombres, sino el más elegante, el más ágil, el más cortés y aun el más apuesto. Pero ¿a qué disculpar nuestra idolatría, si llegó a idolatrarle España entera?

Porque España le debe su resurgimiento científico, su transformación pedagógica, su renacimiento espiritual. Y todo lo ha llevado a cabo sin alharacas, sin ruido, con

la mayor humildad y modestia. No quería que se tributase a los hombres el homenaje debido a las ideas. ¡Ah, si se hubiera seguido a tiempo el criterio filosófico, jurídico, social, humano, de Giner! En sus explicaciones estaba todo. Me atrevo a decir que en esta compenetración de lo humano con lo divino, de la verdad y la justicia, de la ciencia y de la conducta, superó al mismo Sanz del Río y aun al mismo D. Fernando de Castro.

Y ha muerto. Nos ha abandonado cuando parece desplomarse toda una concepción sublime de la verdad y el bien, cuando periclita el progreso y parece resurgir en Europa la barbarie ancestral. ¡Qué tormento más hondo para un espíritu como el suyo! Pero habrá muerto en paz afectiva y efectiva con cielos y tierra, porque conservaba la fe en el Principio supremo y la serena confianza en el porvenir.

España debe a Giner una reparación; lo menos que debemos exigir en su honor es un monumento cercano al Ministerio de Instrucción pública. Pero hay otro monumento, que no se derrumbará jamás, mucho más firme que la piedra y más imperecedero que el bronce: su obra misma. Por ella, seremos un pueblo digno de conservar la nacionalidad; por ella, todos y cada uno nos sentiremos hombres conscientes de su fin y satisfechos de haber vivido.

ANTONIO ZOZAYA.

(*El Liberal*, 20 Febrero 1915)

D. FRANCISCO, EL SEMBRADOR

Era andaluz, muy andaluz, de Ronda, como su madre y su tío D. Antonio de los Ríos y Rosas, oriundo su padre de Vélez Málaga. Andaluz por los cuatro costados. ¿Por qué nos detenemos en esta minucia? Por algo ligeramente trascendental Andalucía no sólo es en el extranjero mal comprendida; en la misma España, hasta entre muchos andaluces, pasa por incapaz de dar otros frutos que poetas líricos, pintores, políticos charlatanes, toros y toreros, vi-

des y olivos, guitarras y castañuelas, cantaores y bailaoras.

Esta vulgar creencia en la incapacidad de Andalucía para crear pensadores, filósofos austeros y políticos y hombres serios, ha creado un vocablo designador de la baratija retórica, de la bambolla palabrera, del charlatanismo huero, de la mala, de la peor política. El vocablo es éste: andalucismo.

Nada más contrario a la historia y a la realidad. La Andalucía romana, como la Andalucía mahometana y la del renacimiento, desmienten esa vulgar preocupación, que rechaza también la Historia contemporánea. ¿Que no? A ver qué otra región puede exhibir esta legión de políticos serios, muy serios, y de hombres, muy hombres: Mendizábal, Narváez, Nicolás María Rivero, Fermín Salvochea, Ramón de Cala, Federico Rubio, Eduardo Benot, Ríos Rosas, Salmerón, Cánovas... Y hay muchos más, y comprobado quedaría nuestro aserto con que no hubiese más que uno, el rondeño D. Francisco Giner de los Ríos.

De su Andalucía tenía la gracia, la imaginación viva y la palabra fácil y elocuente. En lo físico, eran andaluces sus ojos hermosos, grandes, expresivos, brillantes. Bajito, enjuto, de color sano, tostado por el aire y el sol, ágil, andarín, no parecía lo que era a aquellos que no ven la realidad sin lo que D. Juan Valera llamó chirimbolos históricos.

Le ocurría lo que a las mujeres sencillas, de belleza no llamativa ni provocadora, que en la calle nadie les echa flores, pero que roban el corazón del que se fija en ellas, por tener la dicha de gustar las mieles de su conversación y de su trato. A todos los amigos de Giner de los Ríos les habrá pasado que al saludarle reverentes en presencia de personas que no le conocían y al saber éstas quién era el viejecito tan cariñosa y respetuosamente saludado, les oírían exclamar: «¡Pero es ése D. Francisco Giner de los Ríos! ¡Parece mentira! Tan poquita cosa, tan tímido, tan humilde...»

Ningún elogio tan grande y, sobre todo,

tan del agrado del elogiado como esas cándidas exclamaciones del vulgo, de la turbamulta, de los papanatas necesitados de las ínfulas, los cetros, las togas, los uniformes, los símbolos y las representaciones para creer en la autoridad, en la justicia y hasta en la ciencia y en el arte. (Las melenas, los chambergos y las pipas no son sino el homenaje del artista a *los filisteos*.)

Giner era eso que asombraba tanto: la virtud amable, sin «el morir tenemos»; la sabiduría sin dogmatismo; la enseñanza sin disciplinas, la educación sin pedagogía; la religiosidad sin dogma ni Iglesia... Como crecen los niños, jugando, y aprenden a andar, andando, cayéndose y levantándose, así enseñaba y educaba D. Francisco Giner de los Ríos. Nunca estaba en cátedra, jamás hablaba excátedra, nunca sobre el trípode. Enseñaba y educaba siempre sin pretenderlo, y enseñando aprendía y educando se educaba, decía él, y era verdad.

Era un pródigo. Todo lo daba. Su dinero, su ciencia, su consejo, su conversación; su vida era para los demás. Nada de fórmulas, de velos, de santuario; su aula y su templo predilectos eran el campo, la Naturaleza, y dentro del inmenso escenario, la porción de tierra que llamamos en Madrid la Sierra, por antonomasia, o el Guadarrama. D. Francisco Giner de los Ríos fué el descubridor para los madrileños, de esa tierra del Guadarrama, si no geográficamente, claro es, aficionándoles a gozar de sus encantos.

A sus compañeros de excursiones les hemos oído relatar extasiados lo que en el campo valía D. Francisco. Alguno le comparaba con el dios Pan. Otros decían que dulcificaba y espiritualizaba el paganismo, siendo, en plena naturaleza, un San Francisco de Asís que besara las flores, respetara a las sabandijas y saludara con el nombre de hermanos, no sólo a las alimañas y a las fieras, sino a las ninfas y a los sátiros de la mitología.

Muchos preguntan: ¿Qué ha hecho ese hombre al que tanto admiráis? ¿Cuál es su obra maestra.

Esas preguntas nos hacen meditar. Obra maestra, un *Quijote*, una Catedral de León, una Alhambra, una Mezquita de Córdoba, unas *Meninas*, no deja D. Francisco Giner de los Ríos. Valía más que todos sus libros, con dejarlos estimabilísimos y con ser, sobre todo en sus últimos años, un magnífico escritor. Era superior hasta a su fundación esencial, con ser tan valiosa como es la Institución Libre de Enseñanza. Los mejores, los más elocuentes de sus discursos, no podrán ser recogidos en las antologías, porque los pronunció, a su pesar (hufa de la oratoria), entre amigos, familiarmente. ¿Qué deja Giner de los Ríos? ¿Qué sobrevivirá a Giner? ¿Morirá con sus compañeros, con sus amigos, con sus discípulos? ¿Le ocurrirá, ¡oh dolor!, lo que al cantante y al cómico, que no viven más que la vida de sus oyentes, de su público?

No. D. Francisco Giner de los Ríos fué un sembrador. Sembraba unas veces a voleo, otras en el surco bien arado, muchas al pie de los viejos árboles. Su vida fué una siembra. Por sus frutos se le conocerá en la España venidera.

A veces se olvidará la semilla y la mano que sembró. Pero cuando los españoles nos toleremos unos a otros, abandonemos intransigencias, nos curemos de la propensión a la violencia y a la arbitrariedad; cuando la Universidad tenga alma, cuando el magisterio sea, no sólo respetado, sino amado, cuando la sinceridad sustituya en el Parlamento, la Prensa y el comercio social a la doblez hipócrita o a la deslenguada arremetida; cuando el pueblo goce más en una jira campestre que en una corrida de toros, no faltará alguien, así pasen años, así trascurren siglos, que diga: Compatriotas, esa es la obra de D. Francisco Giner de los Ríos, de aquel viejecito que, superior a su patria y a su época, falleciera en Madrid el 18 de Febrero de 1915.

La siembra, la siembra de ideas, de virtudes, de exquisiteces, delicadezas, procedimientos, métodos y aficiones es la obra perdurable de D. Francisco Giner.

ROBERTO CASTROVIDO.

(*La Esfera*, 6 Marzo 1915.)

DON FRANCISCO

El puesto que ocupaba D. Francisco Giner en la vida española ha quedado vacío y seguirá estando vacío durante muchos años. Era el muerto una brasa de más fuego que llama. No se anunciaba de lejos al transeunte con el fulgor de un faro, sino que era el calor cordial que despedía lo que hacía sentir su presencia a los que se acercaban.

El caos en que vivimos los españoles hace que nuestros talentos se confundan y pierdan la dirección en que serían más fecundos. Lejos de padecer de exceso de encasillado, lo que nos pierde es que nadie nos descubre nuestra verdadera vocación, se nos deja que pase la parte mejor de nuestra vida en la tarea de orientarnos por nosotros mismos, y como es muy difícil que los hombres se conozcan a sí propios, a lo mejor ocurre que los nacidos para ejercer benéfica influencia directa sobre otros hombres, se malogran en el intento vano de no ejercerla sino por medio de sus obras, mientras que los aptos para actuar a distancia por medio de sus libros, se consumen en la para ellos empresa fútil de intentar la constitución de un partido político.

Basta abarcar con una ojeada las múltiples actividades de D. Francisco, para echarse a llorar ante esta gran tragedia de la vida española, y eso que se trata de una de las pocas personalidades españolas que no se han malogrado. He aquí un hombre que fué al mismo tiempo un especulador y un hombre de acción, un teórico y un práctico, que como teórico dedicó su atención a materias tan diversas como la Filosofía del Derecho, que su cátedra de la Universidad Central le obligaba a explicar, la Literatura, la Pedagogía, las artes industriales, la tierra portuguesa y la doctrina de la ciencia en general, y que como práctico era al mismo tiempo un pedagogo, maestro de maestros, creador y alma y cuerpo de su Institución Libre de Enseñanza y un político que, sin hacer oír su palabra en el Congreso de los Diputados,

era por sí solo todo un Consejo de Estado, a cuya inspiración acudían en horas de perplejidad todos o casi todos los primates políticos de todas las izquierdas españolas, y hasta algunos procedentes de las derechas.

Dondequiera ha sido su acción grande: como profesor de la Universidad, como consejero político, como alma de la Institución, como escritor polígrafo, como orador cuando inauguraba las clases de su Institución con aquellos discursos sobre educación, que han sido durante muchos años el abecedario de los mejores maestros.

Pero ya es de consenso universal el estimar por encima de toda otra su acción única e insustituible como pedagogo. Todos los maestros de España que han realizado una labor intensa durante estos últimos cuarenta años, deben sus enseñanzas a D. Francisco, pertenecieran o no a su Institución. Los maestros, perdidos en los rincones últimos de nuestra espaciosa tierra, abandonados por la indiferencia ambiente o por la negligencia de los poderes públicos, o desesperanzados por lo penoso de su labor anónima, hallaban en la palabra de D. Francisco el calor necesario para seguir viviendo, y salían de su despacho humilde resueltos a olvidarse en sus tristes escuelas hasta de los desdenes de los gentes.

Tal creo ser el aspecto en que culmina la vida de nuestro gran muerto. Su obra fué sobre todo directa, de hombre a hombre, de corazón a corazón. Si se la busca en sus escritos, se hallará en éstos, sin duda ninguna, enseñanzas fructuosas, pero siempre se echará de menos lo que era lo esencial de D. Francisco: —D. Francisco mismo; una brasa encendida en el amor a la cultura y a la regeneración espiritual de su país.

Don Francisco se había dado cuenta clara de la necesidad objetiva de esta labor personal. Hablando de la enseñanza universitaria, había escrito hace años que su «problema no recibirá solución *real* y efectiva—no aparente y de *Gaceta*—mientras no se resuelva otro problema a todas

luces anterior y el fundamental para nuestro Estado: la formación de un personal adecuado a la reforma, sea ésta la que fuese». Sabía, además, que esta formación de un personal enseñante adecuado era una obra que, de ser realizable, no podía realizarse de otro modo que por labor personal directa en que se transmitiera inmediatamente, de maestro a discípulo, el fuego pedagógico.

Lo que no supo D. Francisco sino hasta hace relativamente pocos años, es que la persona destinada por sus aptitudes naturales a la formación en España de un personal docente adecuado, era precisamente D. Francisco Giner de los Ríos. Y no lo supo, probablemente, porque nadie le había descubierto sino hasta edad avanzada cuál era el mayor de sus talentos, a saber: la capacidad de transmitir a sus amigos y discípulos, no tanto el contenido concreto de una cualquiera de las actividades culturales, cuanto la abnegación y el espíritu de sacrificio que han de caracterizar a los buenos maestros.

De haber sido el suyo un espíritu más simple, no habría tropezado con tanta dificultad para hallar su camino. Hay poetas que nacen cantando; pero, en general, no son los mejores los que sólo son poetas. Los poetas más complejos se ven durante su juventud solicitados por la forma de la poesía y por su contenido, que ha de hallarse en aquellas otras actividades que no son poesía. Así, todo buen maestro ha de pasarse varios años vacilando, precisamente por su amor a la cultura, entre dedicarse a la producción de nuevos objetos culturales o a la transmisión de los ya producidos. Falto de quien le revelase su personalidad, D. Francisco pasó tal vez demasiados años dividiendo sus actividades entre la acción directa del maestro y del político y la indirecta del escritor.

Por eso su influencia no alcanzó su fecundidad máxima, sino cuando llegó a descubrir que había nacido para formar nuestro personal docente, para maestro de maestros. Y se consagró todo entero a esta obra. La acción de D. Francisco ha hecho posible la creación por el Estado de

instituciones que nos permiten esperar para el futuro la realización de su ideal. Por D. Francisco ha llegado la opinión pública a preocuparse de los negocios de enseñanza al punto de que constituyan un problema. Imaginad lo que hubiera realizado este hombre, si a este mismo asunto hubiera dedicado desde 1860 todos sus talentos de alma despierta, insinuante y heroica, que sabía ganar al tibio y envolver al hábil, enardecer al humilde y enderezar al incierto, ridiculizar al vanidoso y abatir al soberbio. Podéis asegurar que el problema de la enseñanza en España no sería ya entonces problema, sino en aquel otro grado en que aún lo sigue siendo en los pueblos más cultos.

¿Qué haremos ahora con la memoria de D. Francisco? No debemos conformarnos con esperar que perdure en sus obras, porque la esencia de D. Francisco no está en sus obras, como la de los sabios, sino en su vida, como la de los santos. Hasta ahora la humanidad no ha hallado mejor modo de honrar la memoria de sus santos que escribiendo sus vidas, a fin de que las nuevas generaciones puedan seguir su ejemplo. Y acaso no seríamos dignos de haberle tenido entre nosotros, si no hubiera entre sus discípulos otro San Buena-ventura que escribiese con intimidad, devoción y llaneza la vida de este otro San Francisco.

RAMIRO DE MAEZTU.

(*Nuevo Mundo*, 6 Marzo 1915.)

DON FRANCISCO GINER Y LA ESCUELA NUEVA

Don Francisco Giner ha muerto. Era un hombre bueno y era un hombre sabio. Simbolizaba todo el espíritu de cultura y de liberalismo que existía en España. La educación logró ser moderna en cuanto él influyó. El Arte y la Naturaleza fueron revelados por él. Los niños aprendieron a visitar los Museos y a fortalecerse en el Guadarrama y a purificarse en El Pardo, gracias a él. El sentido laico encontró en

él el mejor defensor. La labor pedagógica no fué secamente cerebral; fué, sobre todo, labor de cordialidad, porque era D. Francisco hombre de pasión, ascua encendida en el amor a una idea.

Avido de todas las manifestaciones humanas, creyente profundo en el progreso, supo seguir la evolución de las doctrinas políticas y comprender la fuerza y el porvenir del Socialismo y Sindicalismo.

La Escuela Nueva le contó entre sus amigos. Desde que conoció su existencia se ofreció a ayudarla, y cuando la Escuela pidió a la Universidad la autorización para dar en aquellos locales un curso de Historia de las doctrinas socialistas, D. Francisco, enfermo, asistió al Claustro de la Facultad de Derecho y defendió la entrada de los obreros en la Universidad.

¡Después, cuántas veces hemos visto su influencia reflejarse en la vida de la Escuela! En momentos difíciles, personas afectas a D. Francisco nos han ayudado, y a cada instante veíamos aproximarse a nosotros con cariño, con entusiasmo por nuestra obra, a muchos intelectuales a quienes había hablado de ella D. Francisco.

Con qué calor hablaba el maestro después de asistir a alguna de nuestras conferencias de la Casa del Pueblo, del interés que manifestaban los trabajadores por instrirse. Y qué esperanza más fuerte, más robusta, ponía en la evolución cultural de la clase obrera.

La Escuela Nueva, abrumada por una honda pena, hubiera querido rendirle el último homenaje de respeto y de cariño. Su última disposición nos ha privado de ello. El maestro ha muerto, dejando una gran obra, cantidad de discípulos. Todos los que de cerca o de lejos tuvimos algún contacto con él, le debemos el mejor tributo: el de imitar aquel gran ejemplo de vida y el de penetrarnos hondamente de aquellos sus consejos.

Y procurar que en lo posible siga viviendo su espíritu en nosotros, para que seamos dignos de continuar su obra.

M. NÚÑEZ DE ARENAS.

(*El Socialista*, 19 Febrero 1915.)

EL MAESTRO Y SU OBRA

De la selecta generación de hombres que entre los años 54 y 73 del pasado siglo formaron en España la clase directora liberal, democrática y revolucionaria, acaso ninguno de los que podían situarse en primera fila planteó y resolvió con tanta eficacia el problema del método a seguir para el progreso y civilización de nuestra patria, como D. Francisco Giner de los Ríos, y aun puede decirse que mientras los varios Estados Mayores de la Democracia sólo veían cuestiones de procedimiento, de medios y de formas, él se entregaba por entero a elaborar nuevas esencias y remover el fondo de la conciencia española; mientras aquéllos se lanzaban a actuar sobre los hombres ya formados, D. Francisco Giner quería intervenir en la formación integral del hombre, llevando su influjo al niño, a la mujer y a la familia.

Y así, no quiso ser diputado, ni director general, ni subsecretario, ni ministro, que dotes tenía para desempeñar los más altos cargos como quien pudiera atesorarlas en grado más eminente, y sólo quiso ser maestro, en la más amplia acepción del concepto.

Dejó para otros el ensayo de reformar a España con leyes, con medidas gubernativas, con la política de orientaciones modernas, y esto lo encontraba Giner muy plausible y muy conveniente y sin duda de grandes resultados, dada la cantidad y aun la calidad de medios con que cuentan los Gobiernos; pero él creía que ante la situación mental y moral de España, era más necesario y de mucha mayor eficacia y trascendencia, actuar sobre la conciencia individual de los españoles que sobre los Poderes públicos; reformar las costumbres que reformar las leyes; conquistar la sociedad que conquistar el Estado.

Su método era de resultados muy lentos, de frutos muy tardíos, de trabajo quizás penoso, llevado a conciencia con un religioso recogimiento de la vida en aras del más grande de los sacerdocios, pero el éxito era tan seguro como fecundo e indestructible.

No hay más que ver los hechos. Caída la República de 1873, restaurados los Borbones en el trono de España, perseguidos el profesorado y la Prensa liberal, abiertas de par en par las fronteras para que volvieran a España las órdenes religiosas, desencadenada la reacción como en los tiempos de Isabel II, los republicanos pensaban en la conspiración y en movimientos de fuerza, fiando el éxito en la unión de los caudillos de la República.

Ni unión ni revolución llegaron a ser. En su día, Castelar declaró la imposibilidad de reponer las cosas en el estado de 1868 o de 1873, porque la Historia no ofrecía un solo caso de que una misma generación de hombres hiciera dos revoluciones.

Sin embargo, el pueblo creía que si «los jefes se murieran», la revolución era inmediata e incontrastable, y el pueblo no pedía más que «unión».

Pi y Margall no tenía fe en la unión de los hombres, y pedía un acuerdo sobre el programa a realizar, estableciendo la autonomía de los municipios y regiones como principio obligado de toda inteligencia entre jefes y partidos.

Ruiz Zorrilla lo esperaba todo de la conspiración en el ejército.

Salmerón tenía tan vivo el recuerdo de Cartagena, que no quería saber nada del programa federal, y declaraba la necesidad de que el Pueblo «se capacitase» para el ejercicio de la soberanía.

Castelar, que tenía siempre en cuenta la falta de apoyo que sufrió de los demás en la madrugada del 3 de Enero, sólo veía una obra positiva a realizar: democratizar la monarquía, llevando por de pronto a las leyes el Sufragio universal y el Jurado.

Mientras tanto, las órdenes religiosas se iban adueñando de la educación de los jóvenes llamados a ser muy pronto las clases directoras en el país. Cada colegio que montaban, hacía cerrar dos o tres dirigidos por profesores particulares, en general liberales y demócratas. Con el tiempo, el Profesorado oficial estaría nutrido en gran parte por jóvenes preparados en los conventos, residencias y compañías de sacerdotes regulares, y así las Academias mili-

tares, las carreras libres y de la Administración pública, la Banca, las Cortes y el propio Gobierno. Se iba a la conquista del Estado por medio de la conquista de las clases directoras de la sociedad, con un procedimiento al parecer desprovisto de intención y a la luz del día: establecer escuelas, educar a los hombres de mañana.

Los resultados a la vista están: juventudes mauristas, jaimistas, de la Defensa Social, del Sagrado Corazón, etc., etc.; represión de Julio de 1909; en auge la Prensa clerical y reaccionaria y en decadencia la Prensa avanzada; predominio de las derechas en la vida social y política, en la familia, en los negociados y negocios públicos; en todo lo que representa influencia, poder y provecho.

Un solo hombre de aquella legión supo desprenderse de la preocupación política, para inquietarse no más del hondo sustancial problema de dar á España una clase directora orientada a la moderna, con libre sentido filosófico y científico. Y gracias a la «Institución Libre de Enseñanza», y al espíritu que le infundió Giner, como asimismo al «Museo Pedagógico Nacional», tenemos en nuestra patria un plantel de profesorado oficial y privado que sostiene en la enseñanza el criterio de libre indagación y exposición, que mantiene las costumbres de tolerancia y libertad, e impone a los reaccionarios el respeto a todas las opiniones y a la dignidad de la conciencia personal emancipada.

Sin la «Institución Libre de Enseñanza», la corriente filosófica importada por Sanz del Río, y que más o menos adaptada a nuestro medio, creó aquella aristocracia intelectual que tanto influyó en el progreso de España durante media centuria, quedaría cortada sin una continuación acomodada a la realidad de los tiempos, y sin fruto en el pensamiento y en el alma de las nuevas generaciones.

Porque no fué en la cátedra de la Universidad donde Giner preparó una nueva legión de cruzados por el ideal real. Fué principalmente en la «Institución». No fué enseñando a hombres. Fué dirigiendo a niños, pero sin abandonarlos de hombres,

antes bien, guiándoles siempre y manteniendo con ellos su contacto.

Y es que la cátedra, tal como hoy existe, no crea por sí sola vínculos sociales entre profesores y alumnos, o crea muy pocos. El ejemplo de Salmerón, que no creó escuela, sin duda por haberse dedicado a la política y el bufete, debe tenerse en cuenta. Y era Salmerón asombroso en la exposición de cátedra, y sus clases voluntarias de lectura, interpretación y crítica de Kant eran una maravilla; pero rara vez los oyentes pasábamos de media docena, entre los cuales solía ser uno D. Francisco Giner, que sentado en los bancos de los alumnos iba tomando notas de lo que decía Salmerón. Quien no conociera a Giner, creería que habría de examinarse de Metafísica.

La cátedra, generalmente, forma conocimientos, forma la instrucción; pero esto es muy poca cosa para influir en la conciencia de las nuevas generaciones.

Es preciso formar el carácter o intervenir en su formación; orientar la vida, elegir un orden y un método en la determinación de la conducta, y lo que es más difícil en el joven, formar las costumbres de un modo libre y reflexivo, en vista de un fin noble, consciente y trascendental.

Y tal es, en esquema la «Institución Libre de Enseñanza».

¿Se sostendrá? ¿Tendrá D. Francisco un digno continuador? Que se iguale al maestro, es difícil. Que se le aproxime, vemos con energías, alientos y condiciones para la obra, a Cossío, hijo espiritual del hombre único que acaba de perder la patria.

Sus discípulos, entre los que hay muchos que son hombres eminentes, pondrán todo empeño en que la «Institución» perdure y se mantenga en alto. Su hermano D. Hermenegildo, nuestro querido e ilustre amigo, puede también contribuir muchísimo a ello, aun cuando no tiene su cátedra en Madrid.

*
**

Algunos rasgos del maestro:

Era un inmenso orador, y en cátedra cuidaba de no hacer oratoria. Alguna que

otra vez, la especialidad del tema ponía en sus palabras acentos de tal elocuencia, que la clase entera se iba poniendo en esa situación en que un auditorio subyugado por la sugestión de un orador, no piensa ni siente más que lo que el orador le comunica. Giner, en cuanto se hacía cargo de la situación, cortaba el hilo oratorio, y decía con la mayor solicitud: «Ustedes dispensen; sin querer, estaba pronunciando un discurso».

En clase, no pasaba lista, ni tenía programa, ni ponía faltas, ni examinaba. Tampoco se sentaba en el sillón del profesor ni hablaba desde la plataforma.

Decía que su clase era como la plaza pública, libre para todo el mundo; pero no había clase de más orden, respeto, cortesía y educación, no impuestos por precepto, sino difundidos por el ejemplo que trascendía de la conducta y de los modos y maneras del profesor insigne y único.

En una época de recrudescimiento reaccionario, le formaron expediente por no querer examinar y le amenazaron con quitarle la cátedra. Contestó que ni con eso ni con más que eso se apartaría de su regla de conducta y de la norma que le imponían sus convicciones. El expediente se quebró en esta firmeza de D. Francisco, y Azcárate se encargó de examinar a los alumnos de Filosofía del Derecho, facilitando con esto D. Gumersindo la solución del conflicto. Y es que Giner, en todo procedía según pensaba.

Consagrado por entero a la «Institución Libre de Enseñanza», es el hombre que desde hace treinta años ha influido silenciosamente más en España. Discípulos de la «Institución» o formados en su ambiente son muchos de los profesores, publicistas y políticos más eminentes de nuestra patria, y a D. Francisco Giner acudían a pedir consejo sobre los principales problemas de España los políticos de primera fila de todos o casi todos los partidos.

A D. Francisco Giner, tenido por muchas personas por una especie de anarquista a lo Tolstoy, se le pedían por los gobernantes de la monarquía, personas para ocupar cargos de los más importan-

tes, y la «Institución Libre de Enseñanza» ha llegado a tener más influencia social en ciertos aspectos que todas las órdenes religiosas juntas.

Discursos trascendentales se pronunciaron en el Congreso por jefes de fracción o de partido, cuyos fundamentos fueron sometidos previamente a la opinión y al consejo del maestro, y no pocas leyes y actos de Gobierno se presentaron a su dictamen.

En una ocasión, una elevada personalidad quiso conocerlo y conocer su criterio respecto de muchas cosas. Alguien que conocía a Giner contestó que éste no iría a aquella casa.—Pues yo iré a la «Institución» a verle —, dijo el elevado personaje.

Pero no fué. No sabemos si a su arranque se opuso el protocolo de alguna cancillería, o el protocolo de la «Institución»...

Don Francisco no hacía ninguna recomendación, ni siquiera en favor de las personas a él más allegadas. Ponía al servicio de los demás todo aquello de que él disponía, incluso el dinero, y a muchos ayudó a tener carrera y posición; pero jamás escribió ni firmó una carta pidiendo favor para nadie. Así, los discípulos de la «Institución» ya sabían que tenían que abrirse paso por su esfuerzo y sus méritos.

Su cultura y su saber eran tan inmensos como su austeridad; su bondad, como su rectitud; su talento y grandeza de alma, como su sencillez; y la nobleza y dignidad de su porte, como la simpatía y afabilidad de su exquisito trato, que atraía y cautivaba.

Tal era el hombre que acaba de rendir la vida, encargando que su entierro fuera un «modesto y sencillo acto de intimidad». Hasta en su última disposición aparece como maestro, enseñando con el ejemplo.

Yo me descubro ante sus sagrados restos, y saludo con emoción religiosa a su libre espíritu, que flotará siempre en el mundo imperecedero de las Ideas.

J. JUNCAL.

(*El Progreso*, Barcelona, Febrero 1915.)

DON FRANCISCO GINER

Ha muerto.

Fué bueno, justo y sabio.

Difundió la cultura en su Patria, a la que honró y enalteció en el extranjero.

Tuvo la noble ambición de no aspirar a los altos puestos que merecía, para dedicarse exclusivamente a elevar por la educación y la ilustración el nivel moral y material de sus conciudadanos.

Y vivió modestamente.

El cementerio civil, depósito de restos ilustres, guarda los suyos.

Desparramo la vista por todas partes, y no encuentro otro hombre de quien pudiera decir otro tanto.

Enorgullecámonos de que hombre tan excepcional fuese de los nuestros.

.....
Y ahora, fijaos bien en lo que voy a decir:

Si al acompañar al cementerio de enfrente, el de la Almudena, el cadáver de algún ladrón arrepentido, miráis hacia el civil y no os descubris al recordar que en él reposan los restos de D. Francisco Giner de los Ríos, al lado de los de tantos hombres eminentes en ciencia y virtud, seréis tan despreciables como lo sería yo si entrara en alguno de vuestros templos y no bajase respetuosamente la cabeza ante San Juan de Dios, San Juan de Mata, San Vicente Paúl y San Pedro Nolasco, o algún otro de los que honraron a la Iglesia ejerciendo dentro de ella sus virtudes humanas.

Y eso que la comparación no es muy justa, porque los santos laicos merecen más veneración y respeto que los religiosos, por no haber puesto sus virtudes a réditos de bienaventuranza eterna.

JOSÉ NAKENS.

(*El Motín*, 25 Febrero 1915.)

DON FRANCISCO GINER

Recordo claríssimament el dia que vaig conèixer a D. Francisco Giner de los Ríos. Va presentar-m'hi el meu fraternal i admirat Lluís de Zulueta. Era un bell matí d'hivern madrileny. L'edifici de l'Institució Lliure d'Ensenyaça se troba a una de les noves avingudes, allà vers Chamberí. Quan vàrem traspasar la porta, jugaven en el pati uns quants estols de nenes. Una emoció religiosa va sobtar-me. Acariciaven els meus records uns dies d'infancia, passats en una de les Escoles sorgides d'aquell Pedagogi model. Molts anys abans de conèixer a D. Francisco Giner de los Ríos, Fundador—*San Francisco Giner*, com li deien els seus devots de Madrid—, jo portava ja sobre l'ànima l'empremta de la seva mà d'escultor... Jo també, jo també, era un llunyà deixeble d'aquell home messiànic; i sentia la viva frissança de confondre'm altra volta amb les criatures del seu jardí froebelià, i redevenir amb la fresca i virginal ingenuïtat d'altre temps, an aquell obrir d'ales del sentiment freturós d'aventura, an aquell papelloneig del pensament inquiet, qui veu en cada nova coneixença una il·lusió de personal saviesa, com el caminant boscatá qui destría en cada estançol un mirall puríssim de la pròpia imatge.

La conversa amb D. Francisco Giner era un dels plers més vivament estètics que podia fruir-se. El veig encara, en el saló sobriament elegant, on les finestres se retallaven sobre la placidesa del novell Madrid, entre un torregar de campanars qui es dressen com a espigues. D. Francisco parlava, amb certa sutilesa pietosa per aquelles mateixes coses que era vingut a destruir... La noble testa bruna, la cara rugosa, un poc rural, els ulls somrients i cintil·lants, el còs tenue, el gets coral i la vèu franca... Recordo també que, a l'atzar de la conversa, varen topar, lleument, la seva dolçor un poc escèptica i el meu jacobinisme voluntariosament categòric... ¿On era—pensava jo—, on era aquella rigidesa, aquella sequedat asprement austera que l'opinió vulgar atribuïa a les tras-

plantacions espanyoles del krausisme i a la *llegió tebana* dels vells republicans? D. Francisco Giner, supervivència gloriosa d'un esbart de lluitadors i reformadors ideològics qui no s'ha vist superat a Espanya, me parlava amb la més efusiva de les tonalitats, sense *pose* d'oficiant qui s'escolta. Pot ser hi havia únicament, en la seva conversa, un èco de desencant, un resignar se patrici davant la desil·lusió; que per els esperits selectes fins la desil·lusió és un motiu d'interna poesia, i un descloure's de noves i més íntimes consolacions.

Aquell home era inseparable de la seva obra, consubstancial amb ella. Per ella sobreviuria; ella era la pedra d'una Església qui el reconeixia per mestre. L'Institució Lliure d'Ensenyança, laboratori d'ànimes, obrador d'una Espanya nova, se'm representava com un Poder espiritual, ben per damunt la desvirtuació llastimosa de la consciència espanyola de poder. Contra ella, ¡quantes hostilitats de la turba confessional no han vingut a estrellar-se! Ella s'eregia davant l'Escola tradicional com un exemple de bondat de la propia doctrina i sabia respondre amb serena justícia, amb aristocràtica misericòrdia, a la campanya dels dicteris i les insidies. L'integritat de D. Francisco Giner li costà la càtedra, en la qual va reintegrar-lo la Revolució. I és que aqueix varó havia escullit el bon camí. Ell, millor que tots els seus il·lustres companys, preveia el fracàs de l'intent d'una Espanya nova improvisada, i comprenia que sols una generació nova, educada per a aqueixa tasca, podria acabar-la en forma definitiva. Davant l'escola eclesiàstica, crescuda ingratement a l'ombra de la llibertat i preparadora d'un atac de mort contra la llibertat, sols hi cabia seguir l'exemple, i preparar l'assalt definitiu a la bastilla.—¡Ah! Però a Espanya l'obra de crear un poble d'ovelles, per a la Reacció, compta amb tota l'ajuda de l'esforç social. I, en canvi, l'empresa de crear un poble de ciutadans per a la sana Revolució és an els ulls de les burgesies, un delictes que mereix la mort!

*
*
*

Don Francisco Giner, naturalment, ha acabat l'existència amb tot respecte a sí mateix. La seva mort ha estat fidel a la seva vida. Humil, sempre mestre, ha desfilat el digne varó vers la ciutat silenciosa. Entorn d'ell, en el jardí de la Fundació, encara devien tintinejar les darreres rialles infantils. Darrera ell, tota la vida, desplegada, era una estela de llum.

GABRIEL ALOMAR.

(*La Campana de Gracia.*)

GINER DE LOS RÍOS

En un Plutarco español contemporáneo no podría faltar la figura de D. Francisco Giner de los Ríos. Fué un hombre que ejerció una honda y prolongada influencia espiritual, y la ejerció por medios diferentes de los usados en nuestra moderna España. No fué la suya influencia política, ni oratoria, ni sugestión del libro brillante o de la campaña periodística. Fué modesta, nada ruidosa, apartada de los lugares donde trompeta recio la fama—una fama andariega que viene de prisa y se va por la posta. De suerte que, prescindiendo de todo lo demás, la forma de influir este hombre sobre las generaciones de su tiempo, siempre será un ejemplo digno de estudio y recordación. Porque D. Francisco Giner escribió libros, y tenía el don de la oratoria; pero hizo más que con sus libros y discursos con las armas sencillas de la conversación y el trato en un círculo reducido de discípulos, que después propagaron por Universidades y Centros diferentes de cultura la semilla espiritual que habían recibido de su maestro. Así, su acción semeja la de los filósofos antiguos, harto más difícil hoy en sociedades tan complejas, extensas y de tan rápido mudar como las modernas; pero todavía posible, como se ve por este y otros ejemplos. Desde su cuartito de la Institución Libre de Enseñanza trazó D. Francisco Giner un surco más hondo en la vida espiritual española que otros hombres que inmensamente le superaron en la fama estruendosa del mo-

mento, en la popularidad y en aquel género de prestigio imponente que da el ejercicio de las altas magistraturas y sumos honores de la República. Se me ocurre el nombre de Salmerón, lumbrera de la cátedra y del foro, jefe del Estado en un tiempo, caudillo en repetidas ocasiones de grandes fuerzas políticas, hombre en quien se juntaban la sugestión de la oratoria y el saber y el decoro de una cierta austeridad antigua de carácter y costumbres. Con todo, creo que la influencia de Giner, en apariencia más reducida y modesta, fué más honda, más duradera, más permanente.

*
* *

La figura de Giner de los Ríos surge de mis recuerdos universitarios rodeada de un nimbo de simpatía y de respeto. La vida universitaria española de nuestro tiempo ha sido fría, nada íntima; no ha creado por lo general lazos duraderos. Ha sido la Universidad como una casa de huéspedes más por donde pasaban generaciones de estudiantes, que luego levantaban el vuelo y se diseminaban por los oficios y menesteres de la vida, sin llevar de aquella patrona, que era al cabo una representación de la eterna Minerva, un recuerdo más duradero y cordial que el de las otras patronas que les cupieron en suerte. Con todo, yo amo a la Universidad, aunque la conocí en una época ingrata de decadencia, o de algo peor, de indiferencia, en que abundaban los profesores inverosímiles, fabricados de cualquier suerte por el arbitrio ministerial y en que la enseñanza solía ser mecánica y rutinaria, dada de cualquier modo, como un suministro que se presta por contrata y en que no se aspira más que a cumplir. Mas de aquel cuadro poco atrayente se destacan algunas figuras amadas y venerables: Bardon, el helenista; Menéndez Pelayo, Azcárate, Sánchez Moguel, Giner, Santa María, y otros más. A pesar del espíritu de holganza y de frivolidad, harto explicable en multitudes de estudiantes de quienes nadie se había cuidado, desde la escuela, de hacerles amable la iniciación en el saber, había y seguirá habiendo cierto espíritu innato

de justicia en la turba escolar, que distinguía entre los maestros de veras y los de título, y rodeaba de respeto a los que lo merecían. Giner era de éstos. Era un catedrático que no examinaba, que no pasaba lista, que no disponía, por tanto, de los resortes de coacción empleados para mantener la disciplina escolar. En su cátedra de Filosofía del Derecho dada a entender cortésmente desde el primer día que el que no tuviese afición a aquellos estudios y tratase sólo de aprobar una de tantas asignaturas, podía dispensarse de la enojosa obligación de la asistencia material. La selección se hacía sola. Sentado mano a mano entre sus discípulos, D. Francisco, comentando un libro, no hacía el papel de libro viviente que comunica noticias, sino que nos enseñaba una cosa más importante: a discernir, a investigar, a juzgar, a manejar los libros.

*
* *

Su influencia intelectual consistió en afirmar un sentido independiente y sustantivo de la cultura y en persuadir de la importancia capital de la educación y de la cultura. Sin duda, ese espíritu independiente de las obras de educación de que fué propulsor Giner de los Ríos, inquietaba y contrariaba a elementos muy numerosos y respetables, que veían ahí peligros de laicismo, de secularización, por no estar habituados al ambiente de competencia y controversia de doctrinas en que viven las organizaciones católicas de tantos otros países donde no ha padecido por eso la cultura católica, sino antes ha florecido más que la nuestra de estos días cercanos. A este mismo campo doctrinalmente contrario llegó acaso el influjo intelectual de Giner en forma de estímulo, de acicate para perfeccionar los métodos y la intensidad de las obras de enseñanza católica. Tal vez alguno de sus más ilustres representantes, en los momentos en que se aplica la pasión de la polémica, se habrá dicho con San Agustín, pensando en la Institución: *Oportet hæreses esse.*

ANDRENIO.

(*Nuevo Mundo*, 6 Marzo 1915.)

EL HOMBRE Y EL MAESTRO

Quien no haya conocido a D. Francisco Giner, difícilmente podrá ya formarse una representación aproximada de su persona. Los elogios, las semblanzas, las anécdotas, a lo sumo podrán recomponer vagamente su bellísima figura moral un brevísimo instante, tan breve como el que dura a los ojos de nosotros, sus discípulos, la querida sombra de su cara, cuando la evocamos mentalmente sin el auxilio de ninguna fotografía.

Por el contrario, todo aquel que tuviera la fortuna de haberle conocido, cambiando con él una sola vez la mirada y la palabra, no necesita ajena ponderación, panegírico de otro, para apreciar el enorme valor moral y social perdido por ahora en la circulación de la vida inexorable. En el acto se veía en aquel menudo y ágil hombre mediterráneo vestido con tal sencillez, se veía en el acto un hombre extraordinariamente superior y excepcional, último fruto de una raza y una civilización insignes que antes de Cristo producía ya ejemplares preciosos en la Grecia. Las virtudes y las gracias, cuanto es fuerza y cuanto es atractiva belleza, se hermanaban en él, todas desarrolladas por igual y manifestándose en una euritmia completa. Todos hemos conocido multitud de hombres que, dotados magníficamente en tal o cual función espiritual, son deficientes o defectuosos en otras. Estos son, a pesar de las apariencias brillantes que puedan ofrecer, monstruos verdaderos a quienes no se debe admirar por lo propio que constituye su monstruosidad precisamente; tal como aquel hombre de ingenio, de apellido Ingegneros, que hallaba bien en Adelina Patti todo menos su monstruosidad personal: su voz de oro, por lo que, según cuenta, no la felicitó cuando fué presentado a ella. Pero tan sólo hemos visto y conocido un D. Francisco Giner, en quien todo — inteligencia, sentimiento, voluntad — estaba por igual y nada faltaba.

Se comprenderá, pues, que este hombre fuera, ante todo y sobre todo, un educa-

dor, y que lo hubiera sido a su pesar, si no lo hubiera intentado. Pero él quiso serlo con toda su vehemencia pasional y lo fué con el mayor de los éxitos que haya sido posible lograr en un país salvaje como el nuestro, aun tomando este su salvajismo «en el mejor sentido de la palabra», como pretende Havelock Ellis. Fué D. Francisco Giner profesor por medio siglo de Filosofía del Derecho en la Universidad central. Su enseñanza, aun habiendo sufrido las correcciones y adaptaciones que a todo espíritu que vive a compás con él impone el tiempo, se inspiró siempre en el sentido del filósofo alemán Krause, que importó en España D. Julián Sanz del Río. Este sentido puede resumirse diciendo que consiste en dar al Derecho un contenido ético mayor que el que suelen concederle otras doctrinas, hasta el punto de suprimir la coacción como nota característica del Derecho. Y fué en la esfera del Derecho penal donde más y mejor fructificaron sus enseñanzas. Fué una verdadera sorpresa para los criminalistas italianos que, treinta años hace, innovaron esta disciplina jurídica, encontrar en un criminalista español, D. Pedro Dorado Montero, las ideas más afines a las suyas, más radicales y profundas que circulaban por entonces en Europa. Procedían todas del maestro D. Francisco Giner, fuente de la que comenzó a llamarse «escuela penal española», que desde la idea vieja correccional de Carlos Roeder—otro discípulo de Krause, en la tierra alemana—llegó aquí al mayor grado de elaboración bajo la fórmula de la «tutela jurídica del delincuente», que todavía D. Pedro Dorado Montero caracteriza al día mejor, llamando al Derecho penal del porvenir «el Derecho protector del delincuente». Nosotros, que en modesta medida, como soldados de fila, hemos combatido no pocos años en esta campaña, evocamos ahora, mientras se cubren las cuartillas de signos negros, las horas inolvidables de tantos cursos de aprendizaje en su curso de la Universidad central: la pequeña aula donde nos sometía a su disciplina, cuando preparábamos el libro «Las nuevas teorías de la criminalidad», hundién-

dose poco a poco en la penumbra del crepúsculo, mientras vibraba la palabra ardiente del maestro con aquella poderosa facultad crítica, ariete que desmoronó tantas veces nuestras cuartillas. La noche nos cogía totalmente y alguno de nosotros, sigilosamente, se levantaba a encender las bujías sobre la chimenea que alumbraba con su rojo hogar la íntima escena de enseñanza.

Además de esta función universitaria y sobre ella, D. Francisco Giner fundó y dirigió la «Institución Libre de Enseñanza», que, siendo en sus orígenes una especie de escuela de estudios superiores opuesta por los espíritus libres (Salmerón, Azcárate, Labra, Linares, etc.) a las restricciones de la Restauración, acabó, al término de una evolución curiosa, siendo un centro de cultura general, un colegio único e inimitable de primera y segunda enseñanza. Esta fué su gran obra y la que él amaba más, como hija de su alma. Largo y difícil sería explicar qué era, en esta su última y definitiva fase, la Institución Libre de Enseñanza. Diremos tan sólo sus rasgos fundamentales, a saber: la coeducación, esto es, la enseñanza simultánea de ambos sexos, niños y niñas, mezclados desde el principio en la escuela, como han de encontrarse en la vida; la abstención de toda enseñanza religiosa, reservada exclusivamente a las familias; el procedimiento cíclico, que da desde los comienzos a los alumnos toda clase de conocimientos, cada vez más ampliados, según la edad, como círculos concéntricos; y, finalmente, la supresión de premios y castigos. Don Francisco aparecía a diario entre los niños enseñando a los pequeñuelos bien historia del arte, bien geología, como quien da pan a los pájaros; y así es justo que, cumpliéndose su voluntad, si alguna vez son trasladados sus restos desde la sepultura donde descansan en el cementerio civil del Este, entre D. Julián Sanz del Río y D. Fernando de Castro, sus dos grandes maestros, vayan a reposar para siempre bajo el tejo del jardinito de la Institución, en torno del cual juegan las criaturas para quienes abre la vida su perspectiva deslumbradora. De esta

suerte se cumplirá su deseo de permanecer entre los vivos más allá de la muerte y aceptaremos su voluntad aun aquellos que, habiendo recibido de él el amor a las cumbres elevadas, nos complacíamos en la esperanza de tenerle en la Sierra, donde la vieja montaña que le guardara cambiaría en adelante su nombre por el de él, como Mulhacén, de nombre anterior desconocido, desde que la sultana Zoraya depositó allí el cuerpo del desgraciado padre de Boabdil.

Ejerció D. Francisco Giner una poderosísima influencia social en vida. Los más eminentes contemporáneos suyos la sintieron y recibieron de él la inspiración o la energía para las creaciones y las reformas que últimamente se señalan en nuestra España. El modesto hotelito del paseo del Obelisco, donde la Institución Libre de Enseñanza tiene su domicilio, y aun más especialmente su sala particular de hombre de trabajo, era el minúsculo rincón de España en intensa relación constante con Europa, donde de todo se hablaba y se sabía, donde se hallaba con frecuencia algún eminente extranjero venido a saludarle, ofreciéndose en el diálogo de uno con otro a los presentes las más raras e inolvidables fiestas espirituales, donde solía entrarse triste, decaído, herido en la batalla diaria de la vida, llevando una confianza a su sabiduría inagotable, y de donde se salía repuesto y animoso, llena el alma, poco antes agotada, de un desbordante valor adquirido de aquella generosa fuente de energía en una sola mirada, en algunas palabras, en un contacto de sus manos sabias. Poderosísimo foco radiante en el vacío frío del espacio, ¿cuándo volverá a encenderse otro tan brillante y tan cálido, tan activo?, ¿cuándo la tierra volverá a dar otra humanidad semejante?

Don Francisco Giner deja tras de sí algunos hermosos libros de Derecho, de Sociología, de Estética y de Pedagogía especialmente; escritos algunos de los primeros en colaboración con D. Alfredo Calderón, el más compenetrado con él, de todos sus discípulos en este aspecto. Deja también multitud de discípulos que viven

sus doctrinas y enseñanzas que, como Cosío, Rubio y Flórez, las seguirán transmitiendo siempre. Y también son no pocos los que precedieron en el tránsito definitivo donde todo se revuelve. Escribiendo estas frases recordamos, por todos, la dulce cara enfermiza de uno de estos últimos, creo que se apellidaba Salas, muerto a poco de ganar una cátedra de Derecho, de Zaragoza. Por aquellos días comenzamos nosotros a tratar a D. Francisco, y conocimos por primera vez, llenos de emoción y asombro, el gesto de dolor, las palabras vehementes de rebeldía del filósofo contra la absurda muerte, que hiere siempre a ciegas. Vivos y muertos, los más de los discípulos son los antiguos alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, formados en su sentido de la vida, de marcada influencia sajona. Nuestro maestro, natural de Ronda, donde esta influencia es tan marcada, la mostró siempre, siendo—a la inversa de la balada del poeta alemán Enrique Heine—palmera del valle Mediterráneo enamorado del abeto del Norte. Pero sin que faltara en él el dolorido amor a la tierra patria que le tuvo sangrando toda la vida.

C. BERNALDO DE QUIRÓS.

(*Acción Socialista*, 27 Febrero 1915.)

UN MAESTRO

De necrología se ha de vestir hoy esta crónica, para ser fiel a la dolorosa actualidad. Un maestro ha desaparecido de entre nosotros. Y es tan raro, en la España de hoy, tan raro, para los hombres que pasan de los treinta, sobre todo, lo que se quiere significar con esta palabra: ¡maestro! El que se va, lo ha sido durante toda su vida, vida ejemplar como pocas; y, por ello, ha de seguir siéndolo aun después de muerto. Y al desaparecer de entre nosotros, se lleva D. Francisco Giner de los Ríos el respeto de todos, hasta el de aquellos que no participaron de sus ideas.

Su cualidad de maestro es el rasgo saliente de su fisonomía. El maestro, no

siempre lo encontramos, casi nunca lo encontramos en las aulas: habrá en ellas hombres eminentes que nos inicien en los principios, en los métodos de una disciplina, que nos habiliten para seguir, por cuenta propia, trabajando en una dirección, hacia donde su impulso primero nos lanzara; si hay también maestros, serán muy contados, porque no lo es quien quiere, sino aquel que ha recibido con el ser, don de magisterio. Maestro puede ser un hombre sin letras, y notorio es que los grandes sabios no suelen resultar, por añadidura, grandes maestros. Si les damos nombres de tales, ha de entenderse en un sentido restrictivo, que lo limita al terreno de la ciencia o arte que enseñan. Con exacto conocimiento se inventaron y aplicamos hoy, en el sentido que tienen para nosotros, las palabras catedrático, profesor; la de maestro, se la reservamos a los que primeramente tuvieron a su cuidado nuestras inteligencias infantiles, enseñándonos, no algunas cosas, sino a ver las cosas, o a los que tuvieron el deber de hacerlo; más humildes en las categorías de nuestra sociedad, con estarles encomendada la más noble función, que amplía y perfecciona la obra paterna. Y maestro viene a ser, más que nadie, aquel que despertó en nosotros algo que dormía; aquel que nos ensanchó los horizontes del vivir y del pensar; aquel, en una palabra, que, tal vez sin enseñarnos nada concreto, nos puso en camino de descorrer, por nosotros mismos, algo del velo que nos encubre la propia personalidad; que nos hizo ver lo más conforme a nuestra naturaleza y nos decidió a seguirlo sin desmayo.

De estos últimos fué D. Francisco Giner para cuantos a él se llegaron.

Su persona tenía tal atractivo, que desde el primer momento cautivaba. No era un hombre como los que vemos todos los días, aquel viejecillo, pequeño de cuerpo, enjuto de carnes, de recia barba corta, que evocaba en su aspecto figuras de leyenda dorada; asceta laico, en quien revivía, con toda su nerviosa movilidad, el tipo del San Pedro que, en el *Entierro del Conde de Orgaz*, apoyado en las nubes,

deja colgar de su mano descarnada las llaves del cielo, por arte del pintor Dominico Theotocópulo. Una conversación con aquel hombre, que salía de sí mismo para verterse todo él en el ánimo del que le hablaba, era algo insólito, algo que a la vez infundía temor y consuelo. Cada pregunta suya abría perspectivas inesperadas; y su interlocutor veíase muchas veces sorprendido, porque aquello que contestaba, nunca pensó que se le llegara a ocurrir, siendo como era su íntimo pensar. ¡Qué sabio, qué noble confesor de almas! Era D. Francisco Giner, eso que rara vez se encuentra, un consejero, un amigo, aun para el que por primera vez le veía, por aquel don de magisterio, innato, que nadie habrá poseído en grado más eminente que él. Y este magisterio, ejercíalo de manera tan espontánea, tan comunicativa, de puro afectuosa; tan exenta de todo empaque y sombra de autoridad, que, con ser tanta la suya, se le hablaba como a un amigo, como a un hermano un poco mayor. Esto fué lo principal de su obra en el mundo; obra que con él se pierde, para no dejar sino el recuerdo vivo en la memoria de los que llegaron a tratarle, y un alto ejemplo que exaltar. En sus escritos, algo flota del espíritu que prodigó en vida. Dice así en un estudio sobre la acción moral de la juventud: «el primer deber — y el primer placer — de cada hombre para consigo mismo, es el de ser hombre: lo cual implica, como toda fórmula, en su aparente simplicidad, muchas cosas, bastante complejas, objetivas o subjetivas... Todo cultivo — y aun culto — de la individualidad es inseparable del cultivo de la humanidad, de lo universal y absoluto en nosotros, o, si se quiere, de los fines divinos en el orden del mundo... ¿Y cómo servir a la humanidad, sin servirse a la par a sí mismo, aprovechando de rechazo el fruto de nuestra obra objetiva? De ella, ante todo y sobre todo, pende la formación del ser original que cada cual lleva siempre consigo, vivo o muerto, muerto las más veces, en la vulgaridad de un promedio incoloro...» Cuantos se acercaron a él, salieron mejorados y ennoblecidos. ¿Lograron todos descubrir en el fondo de su

ser, para exteriorizarla, la personalidad, la individualidad propia? Lograron, por lo menos, hallarse frente a una norma de vida pura, sin más que seguir el modelo que él les ofrecía con la suya immaculada.

Su entereza de carácter se manifestó en las vicisitudes de su vida universitaria. Por dos veces fué separado de la cátedra que regía en la Universidad Central, y en ambas se puso de manifiesto la fe que tenía puesta en sus ideas, y si en los tiempos duros se mantuvo firme y sin doblegarse, para los días de calma guardó su dulzura y suavidad de espíritu. En aquella cátedra de la Universidad, muchos le conocieron para no volver a separarse de su lado. Pero su labor más larga, en la que puso todas las energías y todos los amores de su alma, fué la de la Institución Libre de Enseñanza. En ella quedan muchos hombres que él formó, que le rodearon en vida de solícito afecto y culto filial. Mas para aquella casa, es pérdida irreparable la suya: de tal modo se había compenetrado con sus fines, le había dado impulsos y marcado derroteros, que era D. Francisco Giner su encarnación viviente.

Conservábase, con los años, hasta estos meses últimos, fuerte y ágil como un muchacho. Interesábase por todas las manifestaciones de nuestra vitalidad: asistía, modesto, deseoso de que nadie reparase en él, desde un lugar cualquiera, mejor cuanto menos señalado, a cursos, a conferencias, a conciertos; en ocasiones, veíasele tomar rápidamente una nota.

Su afán de saber no se saciaba, y era bien manifiesto en todo instante; en cambio, nunca se le veía afán de enseñar, enseñando siempre.

El monte del Pardo, con sus nobles encinas, las alturas del Guadarrama, eran sus lugares de solaz y esparcimiento. Todos sus descansos, en ellos trascurrían. Acompañábanle discípulos, familiares suyos. Una fotografía le muestra solo, sentado, en medio del monte, como un ermitaño de Velázquez que aguardara la visita de otro eremítico varón o la llegada del cuervo con el rubio pan en el pico. Así había de ser la efigie que le conmemorara

para la eternidad. En esa brava y austera naturaleza de Castilla, que tanta semejanza tiene con lo que corporalmente fué, o en otra actitud familiar, como las que sorprendían los escultores helénicos, con una gracia y una melancolía infinitas, para dejarnos el reflejo de la vida diaria en las maravillosas estelas sepulcrales, no destinadas a un cementerio de llanto y dolor, sino a ser puestas a lo largo de las vías ciudadanas, junto al correr de la existencia multiforme, en los lugares mismos por donde pasan los viejos que meditan, los hombres que trabajan y luchan, los jóvenes que cantan, ríen y aman.

ENRIQUE DíEZ CANEDO.

(*La Ilustración Española y Americana*,
22 Febrero 1915.)

D. FRANCISCO GINER

La tierra de un camposanto recibe hoy los despojos mortales de aquel hombre santo y sabio que fué durante toda su larga existencia el símbolo y la encarnación vivientes de las más altas virtudes humanas.

La desaparición de D. Francisco Giner en estos días de universal dolor despedaza el corazón, desgarrar el alma. ¡España, pueblo trágico, el infortunio te acecha implacable! ¡Pierdes los mejores hijos cuando más los necesitas!

En medio de esta desencadenada tempestad espiritual, amenazados de inminente naufragio los ideales más preciados, Giner, por su bondad, por su ciencia y con su ejemplo, era un faro que iluminaba y orientaba con destellos de esperanzas las almas vacilantes y atribuladas.

Hablen otros del saber jamás igualado de quien fué maestro de los Costa, de los *Clarín* y de los González-Linares, de los Calderón, y cuenten a la vez al mundo los méritos sin par del gran consejero de Salmerón, de Moret, de Labra y de Azcárate.

Yo sólo quiero rendir un homenaje póstumo de admiración inmensa a la bondad de aquel gran ciudadano.

Porque D. Francisco Giner, siendo uno de los más austeros y más sabios de aquella soberbia generación de héroes y titanes del año 1868, fué, sobre todo, un corazón único.

Don Francisco Giner, desde su juventud, puesta la vista en lo alto, muy en lo alto, mirando a esas altitudes ideales que sólo pueden alcanzar los hombres gigantes de espíritu y de voluntad, volvió la espalda a los encantos mundanos de la política y desoyó las seducciones de un porvenir fastuoso, sembrado de triunfos, y donde le esperaban solícitos los amores y los entusiasmos del pueblo.

Para cumplir sus deberes sociales y de ciudadanía en su paso por la vida, eligió el camino oculto, quebrado y durísimo de la enseñanza. Fundó una escuela, y allí logró formar, lenta, silenciosa, calladamente, una familia espiritual, cuya estirpe cuenta ya hoy tres generaciones.

Gracias a la inquebrantable tenacidad y a los supremos esfuerzos de aquel corazón generosísimo, en las horas tristes en que la reacción y el fanatismo se daban la mano para oprimir y esterilizar el alma liberal española, en la Institución Libre de Enseñanza ardía con fuego vivificador la llama sagrada de la ciencia y de la tolerancia.

El artífice de obra tan bella, siempre santo y sabio, fué entonces mártir.

Favoreciendo la obra taimada y artera de los que sin tregua, con odios bestiales, combatían a muerte la obra de Giner, la grosería y la inconsciencia ambientes, regocijadas, esgrimían a diario las más aguzadas armas contra el gran patricio.

En los arsenales de la insidia y de la perversidad tampoco quedó una que no fuese rebuscada, bruñida y envenenada para herir alevosamente, por la espalda, la magna empresa del supremo pedagogo.

Pero el corazón de Giner iba por regiones nobles y puras. Marchaba por sendas tan elevadas, que las alimañas de sótano y despensa, condenadas por ley de su miserable naturaleza a mirar al suelo, no podían ni verlo siquiera.

Giner, cara al ridículo, dando el pecho a la befa, erguida la cabeza con modestia,

pero con firmeza de caudillo invicto, contra todo y contra todos, hizo la obra ética y de cultura más intensa y sólida de cuantas se registran en los anales de la Pedagogía patria.

Aunque la terrible insensibilidad de la España actual, de la mano con la ramponería característica de este período de degradaciones cívicas y de miserias ideales, no dejen ver a las gentes la magnitud ingente que tiene para nuestra patria la pérdida de Giner, días han de llegar en que todos volveremos los ojos hacia este gran hombre, ciudadano modelo, varón sin tacha, encarnación del sumo saber de su tiempo y alma modelada en las entrañas de la Bondad. Vivió para el Bien y para la Verdad.

AUGUSTO BARCIA.

(*El Liberal*, 19 Febrero 1915.)

D. FRANCISCO HA MUERTO

La pasada madrugada falleció. Habíamos ido nosotros por la noche a preguntar en la Institución Libre de Enseñanza, y el portero nos desesperanzó absolutamente:

—Está muy mal, muy mal. Gravísimo.

Y nos retiramos entristecidos, convencidos del próximo desenlace terrible. ¡Pobre D. Francisco!

En efecto: su vida—su fuerte vida luminosa—se apagó silenciosamente, entre el dolor profundo, incomparable, infinito, de sus discípulos, que eran casi lo más valioso de la España intelectual. D. Francisco Giner no tuvo hijos; no creó un hogar; es decir, lo creó, y muy grande. ¿Qué otra cosa que una inmensa familia era su Institución, alma de su alma, obra total suya, de aquel su enorme espíritu de educador genial?

No se trata en estas líneas breves, escritas aprisa, de redactar la biografía interesantísima del sabio catedrático. La Prensa publica algunos datos, que no vamos nosotros a repetir aquí, aunque—la verdad no dejemos nunca de decirla, por triste, por vergonzosa que parezca que

sea—, aunque, confesémoslo sinceramente, la mayoría de eso que se llama el gran público desconoce la labor y la vida de Giner de los Ríos, y sabe más de *Joselito* ó de Belmonte que de D. Francisco. ¿Por qué negarlo? Y en este sentido, desde las columnas de un diario es fácil descubrir al gran maestro cuyo nombre muchos, innumerables españoles ignoran.

Nosotros conservamos recuerdos imborrables del querido profesor de Filosofía del Derecho, precisamente de cuando nos regalaba en su aula de la Universidad el tesoro de sus lecciones inolvidables. Y recordamos también su sonrisa alentadora, su palabra cariñosa en instantes de lucha juvenil. Aquellos días amargos, estúpidos, de oposiciones; estas oposiciones españolas, en las cuales influyen tanto, por lo menos, como la cultura y las aptitudes del opositor, su influencia o la de sus parientes o padrinos políticos, cuando no—qué asco, ¿verdad?—su dinero también.

Don Francisco era el tipo completo del educador, cuyo concepto tiene algo de divino, porque contribuye a hacer a sus discípulos a su imagen y semejanza, y varias generaciones de intelectuales han recibido la influencia espiritual de Giner de los Ríos, que ha marcado en millares de jóvenes, muchos hoy hombres y algunos encarnecidos y dueños de legítimo prestigio científico, el sello inconfundible, vigoroso, de su carácter, de sus ideas, de sus sentimientos, de toda su alma, de toda su personalidad.

La obra de su vida ha sido esa Institución Libre de Enseñanza, cuya orientación pedagógica no compartimos en modo alguno; pero cuya labor extraordinaria, única en España, ¿podemos dejar de admirar cordialmente? Y todo se debe a D. Francisco, que buscó y logró, gracias a su esfuerzo hercúleo, la colaboración activa, insustituible y eficaz de insignes intelectuales, que son hoy de los más eminentes maestros y muchos de ellos merecidos prestigios. No olvidemos a D. Gumersindo de Azcárate, a D. Manuel Bartolomé Cossío, a tantos otros que no enumeramos por no incurrir en omisiones.

No alargamos esta nota. No damos el pésame a nadie, porque nosotros participamos del mismo dolor que sus demás discípulos.

Don Francisco Giner era un hombre bueno. Tendría unas u otras ideas religiosas; pero los que somos creyentes y católicos sabemos que Dios le habrá llamado a sí, y por su alma hemos rezado un padre nuestro.

ALBERTO DE SEGOVIA.

(*La Correspondencia de España*, 19 Febrero 1915.)

DON FRANCISCO

En 1899, no había en Portugal más pasión que la pasión política. Fuera del pueblo que sufría, los portugueses estaban divididos en tres grupos: la alta sociedad, que se divertía; la clase media, que remedaba, hasta donde podía, a la alta sociedad, y los políticos de varios bandos, que mutuamente se odiaban y se dilaceraban. Los más exaltados de éstos esperaban todo el bien de la nación de un violento cambio de instituciones.

Nada de esto me interesaba gran cosa. De tiempo atrás venía insinuándose en mi espíritu una amargura pungente. Algo parecido al ansia del que cree que va a ahogarse.

En aquel año fué a Portugal, buscando alivio a una grave enfermedad, el que después había de ser compañero de mi vida. Nos conocimos por mediación del doctor Bernardino Machado, devotísimo amigo de la «Institución», mi amigo de toda la vida.

El enfermo no podía entonces disfrutar plenamente de los largos paseos bajo el maravilloso cielo de mi tierra. Su principal esparcimiento, en aquellas amenas tardes de verano, era la conversación en un apretado círculo de amigos.

Con exclusivismo, tal vez favorecido por la enfermedad, su asunto, casi único, era *su gran maestro*, D. Francisco Giner.

Lleno de devoción, explicaba incesante-

mente el hombre, su obra, su divina luminosidad, la adoración de los discípulos...

Y así fué como del lado de la tierra española, de ese mismo lado de donde a los portugueses nos viene todos los días el Sol, nació para mí otra luz que había de llevarme. Porque prometía a mi espíritu todas las cosas de que estaba sediento para seguir viviendo. Sin intención formada, aquello había sido una verdadera catequesis.

Los de allá censuraron porque me vine. ¿Es que yo podía dejar de venir?

Por falta de patriotismo me condenaban. Y yo nunca amé tanto a mi patria como desde que la *saudade* me hizo ver de otro modo aquella tierra tan hermosa y tan mía.

Extranjera y desconocida, llegué al paseo del Obelisco, en 1901, con la timidez del devoto que se reconoce indigno y teme la repulsa. El alma más refractaria a la gratitud, no podría olvidar los primores de aquella acogida. También, desde el primer momento, subyugada por el encanto personal del maestro, yo sentí allí lo que después vino a confirmarse: que nunca llegaría para mí la hora del arrepentimiento por haber abandonado mi tierra.

Desde luego distinguí, entre las prendas que se me brindaban, la más preciosa y más rara: el amigo con luz de entendimiento para descubrir todos nuestros defectos, y con caridad bastante para echárnoslos en cara.

Más pronto se tropieza en la vida con la adulación que con la crítica honrada. Yo nunca había conocido a un amigo así. Viví muchos años, teniendo a algunos de mis defectos por virtudes.

Discutíamos alguna vez. Todos nos atrevíamos a discutir con D. Francisco, por extraño que esto parezca a los de fuera. Y él, casi invariablemente, acababa por decirme severo, vehemente, desesperado: «¡Usted es una sentimental!»

Tardé en penetrarme del completo sentido de aquella acerada censura. Por fin, la fe me hizo comprender que, si quería alistarme como humilde soldado de fila en aquella austera campaña que él dirigía, hecha toda de fulguraciones de sentinien-

to, tenía que dejar de ser *una sentimental*.

Así, casi sin darme cuenta, empecé, yo también, a hacer lo que hacían cuantos le rodeaban: a moldear mi norma de conducta por lo que a él podría parecerle bien.

Y así vivíamos todos, por el solo prestigio de su radiosa personalidad, sin que de su parte hubiera la menor imposición. Podría la observación superficial atribuir a D. Francisco la intención de imponerse. Nada más falso. Sólo trataba de convencer, sentía el deber de convencer, llevado por su ardentísimo celo de apóstol. Y lo hacía con el calor y la florida exuberancia que espontáneamente ponía en todo lo suyo. Pero se retraía, volvía atrás, si de repente le acometía el temor de faltar al respeto de la personalidad, una de las máximas inviolables de su conducta.

En la profunda religiosidad de su temperamento, predominaba la expresión multiforme del respeto. Érale como un sistema de disciplina interna: respeto a las ideas, respeto a los mandatos de la naturaleza, respeto a los muertos venerables, respeto a la mujer, respeto principalmente de sí mismo, respeto a la evolución, alguna vez dolorosa, de su *yo*, que él contemplaba siempre con el acatamiento de quien ve en la vida una misión austera y no otra cosa.

Su respeto al niño era quizá lo más hermoso de su sensibilidad exquisita.

¡El niño! ¡Amor de sus amores! Gran parte de su vida la consagró al bien y a la felicidad de los niños.

¿Cómo habrían de conducirse los hombres para no hacer sufrir a los niños? Sobre este tema construyó toda una pedagogía.

Un niño llorando le inquietaba como la vista de un pajarillo muerto. El niño que delinquía le producía un sobresalto intenso: tal vez remoto indicio de un hombre que se perdería.

De cuantas conferencias escucharon, en tantos años de febril actividad, las paredes de su recogido saloncito, quizá no fuera ninguna tan fundamental ni tan interesante como aquéllas en que, él solo, improvisaba en su casa esa maravillosa institución que

de los Estados Unidos pasó a Inglaterra, y, de allí, a tantos otros países de Europa, incluso Portugal: los *Tribunales de Niños*.

Alumno de la «Institución» que cometía una falta grave (y muchas allí se consideran graves que en otras partes se desatienden como simples travesuras sin consecuencia moral), era enviado a D. Francisco.

El niño subía la escalera temblando, el alma en un puño. No que temiera castigos ni malos tratos. Pero sabía, o por experiencia, o por lo que se conversaba abajo en el jardín, que, ante aquella mirada escrutadora y clara, había que decirlo todo. El valor que hace falta para mentir huía de los corazones de niños y de hombres, si D. Francisco estaba delante. Esto lo sabían todos.

Temblando, llamaba flojo a la puerta, «Adentro».—Y el culpable, avanzando tímidamente, encontraba al buen señor de espaldas, ocupándose de la lumbre, ocupándose del carbón, preguntándole, sin volverse, si hacía frío aquella mañana, si había ido al «Puente» o a la Sierra el domingo, si le interesaba la clase del profesor tal...

Volvíase, en fin, cuando daba por terminado el arreglo de la lumbre. Entonces, empezaba el diálogo, íntimo, como de padre e hijos; y pronto se llegaba a una confesión completa. Luego, D. Francisco tomaba él solo la palabra, y hablaba, hablaba, hablaba, siempre de pie, en una movilidad de posturas prodigiosa. En tono accesible a la comprensión infantil, explicaba el bien, explicaba el mal...

El otro, estático, con la mirada vagamente presa al retrato de D. Julián Sanz del Río, estaría tal vez diciendo para sus adentros: «El león no es tan fiero como lo pintan».

Y D. Francisco hablando, hablando insistentemente, con acentos de misionero cristiano allá por tierra de incrédulos.

De pronto, el niño rompe a llorar. Don Francisco calla... Tal vez se sienta un momento, dejándose caer en la silla... «¡Ah!».

A poco rato el niño bajaba la escalera, aun anegado en llanto. Iría de allí segura-

mente a apuntar una fecha de su vida, si para los niños hubiera fechas.

¿Y qué era de D. Francisco? Estaría nerviosamente, febrilmente, tomando notas en algún papelito muy pequeño, en letra muy menuda, sobre paidología, sobre pedagogía experimental.

Pasaría esto a las nueve de la mañana, cuando el maestro ya tenía en su activo algunas horas de trabajo.

¡Verdadero asombro su actividad para el trabajo de todos géneros! Porque lo más sorprendente era aquel dualismo que le hacía igualmente apto, igualmente intenso, en las altas especulaciones del pensamiento y en los accidentados meandros de la acción práctica. Jamás permitió que la exuberante florecencia de una idea estorbara, obstruyera el camino por donde era más corto y más hacedero el llevarla a la práctica. Ejemplo: tantas instituciones que hoy son honra de España, hijas directas de su espíritu, nacidas prácticamente del impulso que él sabía como nadie comunicar a la voluntad de la gente joven.

La historia retrospectiva de España, lo mismo que la contemporánea, atestiguan la rareza de este caso.

Aquí ha habido figuras de extraordinario relieve. Pero una de las mayores desdichas de España ha sido que cada una de esas eminencias no era en sustancia más que la mitad de un hombre. Los que podían guindarse a las cumbres del pensamiento eran nulos para la acción. Los capaces para el estupendo esfuerzo de una acción revulsiva y organizadora donde todo estaba descoyuntado, carecían de la pureza ideal de los motivos, principal fuerza propulsora que arrastra a las multitudes, dispuestas a todo sacrificio.

Sólo él tenía todas las grandes cualidades de su raza, sin tener ninguno de sus defectos. Su gran simpatía por el pueblo inglés arraigaba en cualidades privativas de su propia naturaleza.

Este hombre, pequeño y enjuto, era el que hubiera llevado a las gentes a la revolución, si hubiera querido. Nunca lo soñó siquiera. No creía en más revoluciones que las que él mismo encendía diariamente

en el hondo refugio de las conciencias. No concebía otra posibilidad del bien más que mejorando a los hombres. No comprendió nunca la ventaja de cambiar las cosas por las cosas mismas, el cuadro material donde veía moverse a las gentes, sin saber por qué ni para qué se movían.

Blandiendo el parlamentarismo, la *manía oratoria*, que él fulminó toda su vida con aborrecimiento, sus contemporáneos discutían sin tregua en la plaza, religiones, partidos, Dios, rey, todo. Y los años corrían infecundos. Mientras tanto, en el poético y sobrio aislamiento de su *celda*, balcón abierto sobre el rosal amarillo de su jardín, D. Francisco iba lentamente, intensamente, tejiendo su obra original, tan hermosamente humana: paciente obra de sabio, de investigador erudito, delicada labor experimental, buscando, al roce de la vida y de sus mezquindades, la fórmula más bella, más cristalina, del paso del hombre por la tierra.

He oído alguna vez decir de D. Francisco que podía ser todo y no ha sido nada.

¡No ha sido nada, y fué el gran maestro de España durante más de treinta años! ¡El que con más denuedo apuntó sus yerros y más caminos desbrozó para su redención!

Sólo eso quiso ser y fué. Todavía fué más de lo que pensaba ser, porque su ánimo, limpio de vanidades, no se daba cuenta de todo el influjo que directa e indirectamente ejercía en su nación y aun fuera de ella.

En 1886, ya Compayré escribía en la *Revue Pédagogique*: «Ce n'est pas l'Espagne seule qui pourra profiter des travaux de M. Giner. Plus d'une fois sa pensée dépasse les frontières de son pays, et ses conseils, comme ses critiques, trouveront leur application jusque chez nous.»

Un poco más tarde, en la misma *Revue Pédagogique*, terminando un largo artículo de crítica, escribía Guillaume: «Il est difficile de rencontrer un écrivain plus suggestif que M. Francisco Giner. Nous ajouterons qu'il serait également difficile de rencontrer une figure plus sympathique, une vie plus digne et plus noblement con-

sacrée au bien public que celles de ce philosophe doublé d'un éducateur.»

Cuando recibía la visita de alguna notabilidad intelectual extranjera, solía rogar modestamente a sus íntimos de más valer que fueran a ayudarle en el empeño de dejar a España en buen concepto. Y esos colaboradores, que ni llegaban a serlo—en momentos de mayor excitación cerebral, aquella grande luz oscurecía todo alrededor—, sólo presenciaban con asombro cómo él era siempre entre todos, nacionales y extranjeros, el que más alto podía volar.

Se ha dicho que ejerció su función de maestro desde la adolescencia hasta la muerte. Cierto: todos los gestos de su vida tuvieron una hermosura magistral. Por eso quedó tan dueño de nuestras voluntades ahora como lo era cuando estaba aquí.

¿Qué fondo maravilloso era ese de su enseñanza, que así hacía cautivos? ¿Revelaba cosas nuevas? ¿O era que todo se transformaba al roce de su potente idealización creadora, al entrar en el esplendente cuadro de su alma luminosa? El secreto estaba tanto en el fondo como en la forma.

Filósofo, sale del camino puramente intelectual y abstracto. Llévanos al campo florido de una filosofía toda humana, toda reflejada en condiciones reales de la existencia, estrechamente enlazadas las teorías a las máximas reguladoras de la vida misma.

Maestro, nos trajo la completa inversión de lo antiguo. También aquí execró la *manía oratoria*, tan dañina en la enseñanza nacional. En sus clases de la Universidad o de la «Institución» no hizo más que una cosa: sacudir el torpor del alumno, excitarle al trabajo personal, a la investigación libre; y, sobre esto, aconsejar el juego, el arte y el campo.

Pedagogo, creó un sistema completo de educación social, que tenía por eje fundamental al niño, al ciudadano, al *hombre*, tal como él le quería, sano de alma y de cuerpo, trabajando por una España fuerte y dignificada, que fatalmente habría de resurgir algún día.

¡La Patria! ¡Cómo la amaba! No Patria, palabra huera, mancillada en tribunas y en púlpitos; Patria, tierra sagrada, donde yacían sepultados los dos mayores afectos de su corazón, la madre y el maestro venerable; Patria nobilísima, cuya fisonomía resalta en el Libro-maravilla que a unos hace reír, a otros llorar, simbolizada eternamente en palabras castizas—*caballerosidad, hombría de bien, quijotismo*—que el extranjero respeta, sin pretender traducirlas jamás, tal vez porque en ellas resplandece un blasón nacional intangible.

Esta era la patria que él soñaba, fortalecida algún día por todos los atributos de la civilización máxima. Por eso se empeñaba tanto en inyectarle energías nuevas, en *européizar* a la España cataléptica.

Todo esto componía el fondo de la compleja enseñanza que nos daba. De la forma como nos la daba no puede dibujarse la más remota semblanza.

Sus admirables dones los veíamos siempre encuadrados en un marco de ideal belleza. Ninguna mujer podría superarle en reflejos de poesía y de gracia discreta. La sobriedad era un rasgo característico que revestía de independiente nobleza todos los actos de su vida personal, íntima. Su sonrisa de una bondad celestial, era fuente perenne de desbordante simpatía humana.

Fué muy grande por lo que *conoció*. Pero fué aún más grande por lo que *amó*, por lo que *sufrió*.

Todos egoístamente le llevábamos nuestras penas. Y raro sería el que no volviera confortado.

Recuerdo un día de gran congoja para mí.

Estaba en los tanteos de la primer infancia la República portuguesa. Un periódico de Madrid—¡ya no estaba allí el buen Morote, tan amigo!—publicó sobre Portugal un artículo denigrante, cuajado de falsedades.

Fuí corriendo a D. Francisco. Agudizaba mi dolor un deber patriótico de protesta.

El ya había leído el artículo. Leía todo.—¿Qué haré?—pregunté agitadísima.

—Calmarse—contestó sereno. Y como no me calmaba, volvió con más calor: No haga caso. No haga usted caso, amiga mía... Además, el firmante no tiene cotización en el mundo de las gentes que se respetan.—Y luego, con una sonrisa inefable, verdaderamente franciscana: ¿No ve usted lo que pasa con la «Institución»? Todos los días algún periódico, de los que son adversos a nuestras ideas y no profesan la tolerancia, sale a insultarnos, a difamarnos, haciendo gala de las falsedades más soeces. ¿Y qué? ¿Es que vamos nosotros a contestar a esa gente? No hay más que un solo camino: no hacer caso, y seguir adelante...

Cayó por tierra mi indignación. Volví a casa y pude hacer tranquilamente mi trabajo de aquel día.

Y no era que su entrañable amor a Portugal no sufriera intensamente de las injusticias que en aquellos días padecía la nación hermana.

Yo no vi nunca, ni recuerdo en la historia, a otro hombre como éste. Se le ha comparado a Sócrates y a San Francisco de Asís. Pero a este doble símil faltan atributos que son esenciales en la figura originalísima, seductora, de este filósofo y de este santo, que revestía la sociabilidad donairoso de un palaciego, que buscaba con el mismo afán la alegría sana de la juventud, el campo y el arte, y que brindaba a sus preferidos las delicadezas afectivas de una mujer.

Las mujeres debieronle mucho, aunque parecía algunas veces que las distinguía con una severidad excepcional. No conocí nunca feminista más sincero ni más radical. Pero este feminismo arrancaba de un precepto fundamental: no perder tiempo jamás; no gastar fuerzas batallando por lograr leyes de igualdad, que no pueden convenir en casos desiguales; trabajar, *hacer* resueltamente, entrar de pleno en la vida por todos los caminos abiertos; otros, sin que quepa la menor duda, se irán abriendo delante de aptitudes comprobadas...

Y así vivió siempre, hasta tres días antes de su muerte. Sólo entonces, vencido

por la enfermedad, cesó en la lucha implacable contra los tres monstruos que sorbían la sangre de España, y que él se votara desde joven a herir de muerte: ignorancia, falsedad, indiferencia. ¿No recuerda esto la ingenua poesía de los cuentos de hadas, que tanto encantan a los niños, donde siempre algún ser endeble y delicado vence gallardamente, por artes del genio del bien, a los gigantes y a los ogros?

Siempre nos asediaba el temor del día en que habíamos de perderle. Pero sólo era temor lejano. Al verle cada vez más joven, más activo, más entusiasta, creíamos que había de entregarse aún largos años a su labor bendita. Todo su afán de los últimos tiempos era conocer ideas nuevas, procedimientos nuevos. Devorábale la fiebre de sembrar, sembrar, sembrar... Para que su España cogiera el fruto cuando él ya no estuviera aquí.

Y en esto se fué, poniendo, con la dignidad suprema de su muerte, una cima majestuosa al hermoso edificio que supo levantar milagrosamente con su vivir modesto.

El médico de cabecera tenía incondicionalmente su confianza y su cariño. Al final ya, la familia, angustiada, preguntóle si quería ver a otros médicos, a algún especialista. Molestóse. Con toda la energía de que aún era capaz, dijo: «Hay que tener dignidad hasta en la muerte». ¿No deberíamos con estas palabras hacer un cuadro mural para nuestras escuelas?

El entierro ajustóse rigurosamente a sus deseos, a sus gustos. Silencio profundo, pasos vacilantes de amigos, rostros ansiosamente acongojados, miradas temblorosas, lágrimas de tres generaciones de devotos, humildes flores de su jardín, un tibio rayo de sol, y espléndida, luciendo a lo lejos, la sierra que tanto le fascinó siempre. Un cuadro para Puvis de Chavannes.

De nuestro dolor, los de la casa, no puedo hablar.

La Patria estremeciése, galvanizóse, cuando oyó que D. Francisco Giner, la faz apoyada a la mano, se había dormido

plácidamente en su lecho para no levantarse más. ¿Sería sólo entonces cuando comprendió la inmensidad de lo que perdía?

No he presenciado nunca homenaje más conmovedor, más verdadero. Los poetas cantaron aladamente; los prosistas pidieron a la sinceridad dignificación para sus palabras; algún alto representante de la Iglesia encomendó en sus misas; los niños y niñas de su escuela lloraron... Hasta hubo alguno que espontáneamente confió sus penas a la pluma en acentos cristalinos: «¡Ya no saldrá nunca, nunca jamás, el buen viejo al que queríamos tanto, y el cual nos quería tal vez más que nosotros a él!»

.....
España, si realmente has comprendido lo que él quiso decirte, sigue, aunque tarde, los soberanos avisos que te envió, firme y amorosamente, desde su rincón.

Para nosotros, los de la «Institución Libre de Enseñanza», ya no puede haber más consuelo que el de hacer suyas las palabras que puso en sus labios muertos el poeta: «Hacedme un duelo de labores y esperanzas».

Hermanos, sí. Guardemos piadosamente en nuestras conciencias los santísimos mandamientos de su doctrina tan pura.

Labores y esperanzas... Esto nos encargó siempre, siempre...

Ya calló.

Ahora, suavemente... de rodillas y ¡manos á la obra!

CAIEL.

21 Marzo 1915.

D. FRANCISCO Y EL SOCIALISMO

Con esa fina ironía que hería para curar y que ungía al herir, dijo un día el maestro, hablando de un profesor cuyo pensamiento había cristalizado en el programa de las oposiciones: «Él y yo somos los únicos krausistas que quedamos».

«¡Él y yo!»

Había en el contraste de la expresión,

más que una censura acre, un golpe asetatado contra la osamenta de un sistema reducido a fórmulas rígidas y conservado en el santuario como la momia de un héroe embalsamado según preceptos rituales. Pero había también algo más en aquellas sencillas palabras: había una ardiente profesión de fe y una proclamación orgullosa de la nobleza moral de sus antecesores espirituales.

«¡Él y yo!»

En medio de las ruinas de la escuela, como emblema de la idea inmortal, se erguía aún, recia y fina, la figura del gran maestro.

¿Quién se atreverá a precisar qué es lo que quedaba de krausismo en el pensamiento incoercible de ese hombre ejemplar que descansa en la tumba al lado de D. Julián Sanz del Río y de D. Fernando de Castro?

Tal vez no se atreva nadie, ni deba nadie atreverse; tal vez lo que de krausismo quedaba en el alma de nuestro llorado Don Francisco fuera algo inefable, como una vibración de elementos sutiles que sólo por sus remotos efectos se aprecia, como una aspiración mística hacia un ideal infinito de perfección que huye de concretarse, como la razón huye del dogma y huye la vida de la muerte.

En medio de la gran complejidad de sus matices, aumentada por las constantes aportaciones de una cultura siempre renovada, el alma de D. Francisco Giner tenía, tal vez, una característica fundamental: la inquietud. Una inquietud, sin duda, alimentada con las energías increíbles de un temperamento excepcional, pero que ahondaba sus raíces en un suelo cuidadosamente laborado por el trabajo de la más pura especulación filosófica.

Era la misma inquietud mental que condujo al maestro de Alemania a renunciar a una cátedra para consagrar todo su tiempo a la adquisición de conocimientos concretos; era el ansia de saber que el filósofo de Eisenberg (Montaña de hierro) había heredado de la Filosofía de la naturaleza de Schelling; la misma inquietud moral que engendró la concepción krausista de una gran federación humana ligada por

los vínculos espirituales del Derecho. Era, en fin, la gran inquietud de todas las inquietudes que al mismo Krause había legado la filosofía crítica y que es aún hoy, en esta humanidad combatida por tan antagónicas tendencias, el resorte interno de las más profundas luchas del espíritu.

¡Ay! ¡La noble inquietud del espíritu de D. Francisco Giner, hermana de las grandes renunciaciones de los Barnés y de los Castro; la inquietud fecunda que engendraba y daba al mundo hombres nuevos en alumbramientos silenciosos asistidos por el trabajo y el dolor!

¿Quién puede haberse acercado a la enseñanza de D. Francisco Giner sin haber sentido en su conciencia un eco de las grandes crisis que desde el siglo xvii han sufrido los espíritus más selectos?

Y ahí quedan, inquietos, los discípulos, sin haber recibido del maestro la fórmula salvadora, ni haber escuchado la palabra misteriosa que contenga la solución del gran enigma.

¿Qué harán? Faltos de aquel gran resorte moral, libres de las punzadas de aquel penetrante aguijón, ¿irán perdiendo lentamente su inquietud, hasta caer en brazos de cualquier miserable curandero, mezcla de ignorancia y maldad? ¿Irán, en su desamparo, a buscar el remedio de sus males a cualquier archivo de fórmulas añejas? No lo creemos. No podemos ni queremos creerlo.

Seguirán cultivando su herencia sublime: la inquietud de los grandes filósofos, la noble inquietud del maestro admirable.

Don Francisco Giner no entregó la fórmula, porque ni podía, ni debía entregarla; porque ni la poseía, ni la posee nadie, ni la puede nadie poseer. En la escuela, no le importaba el caudal, ni la clase de conocimientos, sino las capacidades que el alumno adquiriese para aprender; en el aula, no le preocupaba el sistema, sino el método.

Seguirán, sin duda, los discípulos cultivando el tesoro de inquietudes que recibieron en la enseñanza. Pero ¿acaso basta eso? En las horas tumultuosas en que la voz del maestro ha dejado de vibrar, ¿no

ha acumulado la Historia nuevas causas de inquietudes nuevas, nuevos motivos de crisis renovadas y nuevos estímulos de generosas renunciaciones?

La filosofía de Krause significaba ya, en la especulación alemana, una marcada orientación hacia los problemas prácticos, jurídicos y morales. La actuación pedagógica de D. Francisco Giner es una concreción de resultados especulativos, una aplicación concreta de la teoría a las luchas de nuestro lugar y nuestro tiempo.

Vendrán (han llegado ya), con las nuevas circunstancias históricas, los momentos decisivos, en los cuales la especulación no puede menos de traducirse en acciones.

Pero ¿cómo conciliar el mantenimiento de la inquietud, la posición crítica ante toda solución dogmática, con las exigencias de la actuación política?

Sólo un modo de acción política y social puede resolver esta antinomia, que vive y labora en tantas conciencias juveniles. Ha de ser un modo de acción que consista en la práctica de un método libertador de las energías sociales, no en la construcción de un sistema social.

Y ese modo de acción, pese a tantas afirmaciones como se han hecho en contrario, no puede ofrecerlo más que un solo partido, en cuyo triunfo moral creía firmemente el maestro, tras la dura y sangrienta prueba que actualmente está desgarrando a Europa. Ese único partido digno de los herederos de las nobles inquietudes filosóficas es la Democracia Social.

JULIÁN BESTEIRO.

(*Acción Socialista*, 27 Febrero 1915.)

EL MAESTRO DE MAESTROS

A los 75 años de una vida ejemplar, modelo, no de austeridad hosca y repulsiva, sino de humana y amable virtud, ha muerto en su hogar de la Institución Libre de Enseñanza, rodeado de los suyos, de cara al sol, como su ilustre homónimo el beato de

Así, el gran D. Francisco Giner. Con él desaparece una de las últimas figuras españolas, verdaderamente grandes y gloriosas, del siglo XIX. En realidad, pocos de nuestros conciudadanos se darán cuenta de lo que representaba este nombre, que señalaba, sin embargo, la cumbre más alta de la mentalidad hispana. D. Francisco Giner vivió siempre apartado del bullicio y el ruido. No sospecharían los que a menudo le encontraban camino de El Pardo, o en sus excursiones a la sierra, que aquella modesta apariencia de maestro de escuela ocultaba al más grande agitador de la sociedad española en los últimos 50 años. Al revés que otros grandes hombres vanidosos hasta lo pueril, D. Francisco Giner tenía horror a la exhibición. Se complacía en su modestia y gustaba de pasar por un insignificante, confundido entre la muchedumbre. Se le tomaría, al verle pararse en la calle a «sermonear» a los chicos, autores de cualquier fechoría muchachil, por un buen señor un poco raro...

Los que no le «sorprendían» tan fácilmente eran los fotógrafos. Sólo una vez lograron «enfocarle», en el entierro de Salmerón, en compañía de D. Bernardino Machado. En una fotografía que publicó un semanario ilustrado de la ceremonia de traslación de los restos de Ríos Rosas al panteón de hombres ilustres, se ve a Don Francisco vuelto de espaldas a la máquina.

No era este horror a la exhibición en el grande hombre una forma de soberbia y engreimiento. Era sencillamente una prueba de buen gusto. Su distinción, verdaderamente suprema, contrastaba con la vulgar y abigarrada ostentación del restacuerismo ambiente.

Nació D. Francisco Giner en Ronda. Cursó el bachillerato, por ser su padre funcionario de Hacienda, frecuentemente trasladado, en varios Institutos, entre ellos los de Barcelona y Alicante. En el de Barcelona tuvo de profesor a Lloréns, quien despertó en él la afición a los estudios filosóficos que había de cultivar durante toda su vida. En el de Alicante fué discípulo de Navarro Rodrigo y trabó amistad con Castelar, algunos años mayor que él, con

cuyo trato se despertaron sus aficiones literarias. Estudió Derecho y Filosofía y Letras en la Universidad de Granada, en cuyas aulas conoció al que después fué su grande amigo Salmerón. Una vez en Madrid, siguió cultivando la amistad de Castelar, de cuyas famosas conferencias sobre la civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo le hemos oído hablar muchas veces. Entre los influjos espirituales más hondos a que sometió su espíritu, es preciso señalar, aparte el de Lloréns y el de Fernández y González—el actual profesor—los de D. Fernando de Castro, Doña Concepción Arenal y Sanz del Río. En el célebre «Círculo» filosófico» de la calle de Cañizares, llamado el «segundo Ateneo», discutió con Moreno Nieto, Ríos Portilla, Romero Girón, Tapia, Salmerón, Moret... Aunque más joven que ellos, tuvo íntima amistad con sus paisanos de la famosa «cuerda granadina» Riaño, Pineda, el pintor, Castro y Serrano, Pérez Cossío, Fernández Jimenez, Cruzada Villamil, el crítico de arte; Alarcón, Mariano Vázquez, Fernández y González, el novelista... y a la vez que el trato de la gente de letras, frecuentaba las tertulias de la vida elegante. Muy joven aún, ganó por oposición la cátedra de Filosofía del Derecho, de la Universidad Central. Cuando la persecución a sus maestros D. Fernando de Castro y Sanz del Río, renunció al puesto alcanzado en dura prueba. Reintegrado en él después del triunfo de la Revolución, fué nuevamente separado de su cargo a raíz de la Restauración, hasta que en 1881 recuperó su cátedra, a la que ya no faltó un solo día durante más de 30 años.

Fué en 1876, cuando en unión de Don Laureano Figuerola, Moret, Montero Ríos, Salmerón, Azcárate, su hermano D. Hermenegildo, D. Augusto González de Linares, D. Eduardo Soler, los hermanos Calderón, García Labiano, Messía y D. Joaquín Costa, fundó la «Institución Libre de Enseñanza», a la cual se debe todo lo que hay en España de pedagogía moderna. En su origen comenzó la «Institución» por ser un Centro de estudios universitarios, una especie de Universidad libre del tipo de la de

Bruselas; en ella explicaron cursos famosos Figuerola, Azcárate, Pedregal, Gama-zo... A partir de 1878, fué, sobre todo, una escuela de instrucción primaria, inspirada en las ideas y métodos que en aquella época pugnaban en otros países por informar la educación hacia nuevos derroteros.

Alma de la «Institución» fué siempre Don Francisco, que a ella consagró su vida, y, con un profesorado benemérito, los Cossío, los Rubio, etc., colaboró asiduamente en la admirable tarea de formar las nuevas generaciones. La obra de Giner pedagogo tiene una importancia excepcional. Al influjo de la «Institución» se debe cuanto hay de sentido moderno, honradamente cultural, en la enseñanza pública y privada española. En la Institución se formaron, de ella salieron o por ella pasaron los maestros de dos generaciones. Discípulos de D. Francisco fueron Alfredo Calderón, «Clarín», Costa, Dorado Montero... Reflejo de la «Institución» fué aquella Universidad de Oviedo, en que llegaron á explicar juntos «Clarín», Aramburu, Posada, Altamira, Buylla, Sela, Melquiades Alvarez. En la Institución se formó el plantel de profesores que constituyen los Besteiro, Leopoldo Palacios, de los Ríos Urruti, Barnés, Martín Navarro, Bernis, Traviesas... Más o menos, sufrió el influjo espiritual de D. Francisco Giner toda la actual juventud intelectual española. Y con el entusiasmo del primer día, incansable, hasta que la cruel enfermedad le retuvo en el lecho, daba el grande hombre diariamente clase a los nietos de sus discípulos de hace cincuenta años, prodigándoles los tesoros de su ciencia y de su ternura. Los pequeños, en las horas de recreo, jugaban en el jardín con el «abuelo», como llamaban al adorable anciano.

* * *

Don Francisco Giner no fué nunca un político activo, en el sentido vulgar y corriente de la palabra, aunque una vez tomó parte en un «meeting» defendiendo la candidatura de Salmerón. Pero una sensibilidad como la suya no podía ser ajena, sobre todo en un país como España y en un

tiempo como el nuestro, a los problemas e inquietudes de la vida pública, y, si no sobre la política, ejerció sobre los políticos hondo y constante influjo su prodigiosa actividad. Ya de mozo se señaló el ascendiente del futuro rector de la Institución Libre sobre su tío, el gran Ríos Rosas. Siendo Figueras presidente de la República, quiso tener a Ríos Rosas de su parte, y en la calle de San Bernardino, número 6, donde entonces vivía D. Francisco, se celebró una conferencia, en la que se logró que el temible parlamentario no combatiese a la República. Cuando la disolución del 3 de Enero, D. Francisco, al lado de Salmerón, recomendó la energía y la resistencia, y riñó con su gran amigo Castelar al ver que éste entregaba la República a Pavía...

Hombre de consejo, fué como tal constantemente solicitado D. Francisco por los políticos de la izquierda. Sabido es el influjo que ejerció sobre Salmerón y sobre Azcárate; a consultarle iban Moret y Canalejas...

Amable y mundano, era a la vez de un carácter inflexible. Al débil Moret, que no se atrevía a oponerse a la guerra con los Estados Unidos, le exhortaba a la resistencia, diciéndole que, si era preciso, debía dejarse arrastrar, pues para algo había sido y era ministro. Al versátil Canalejas le dijo en cierta ocasión palabras de tremenda severidad...

Veía D. Francisco la política en su apartamiento de ella, con una gran imparcialidad y una gran exactitud. A la vez que un alto sentido gubernamental, tenía un claro concepto de la misión de las izquierdas en España, a las que encontraba vacías de sustancia «izquierdista», sin savia revolucionaria. Uno de los grandes cariños de D. Francisco era Costa. El gran aragonés fué discípulo suyo, y, después, colaborador y amigo entrañable. Por Costa conoció Giner a Cossío, el que después había de ser su hijo espiritual. En la época heroica de la Institución, juntos fueron Giner y Costa al primer Congreso pedagógico, en el cual arrostraron las iras y las burlas de los reaccionarios. En el testa-

mento de Costa se instituye, entre otros herederos, a la Institución Libre de Enseñanza...

*
* *

Deja Giner numerosas obras, entre las que — para nosotros, al menos — la más fundamental es la «Teoría de la persona social» (no recordamos si es éste exactamente el título). Pero las obras de Don Francisco Giner no dan ni una idea aproximada de lo que era este hombre extraordinario. La fría prosa científica mataba en él la espontaneidad genial. Donde había que oírle era en clase. Era un delicioso conversador y un orador prodigioso. No hemos oído a otro orador más grande. Tenía la pompa y la fantasía meridionales, y una ironía fina, punzante. Le hemos oído hacer síntesis admirables y hemos escuchado de sus labios las frases más bellas y más ingeniosas. Con su abstención de la política activa, perdió la elocuencia española un tribuno portentoso. Se obstinaba en ser hombre de ciencia frío, impasible, y era sobre todo un artista, un poeta. Le hemos sorprendido en los bosques del Pardo recitando versos de Leopardi.

Como pensador era, por su profundidad, por su frescura, por su constante renovación, por su agilidad, por su agudeza, realmente extraordinario. Muchas eminencias extranjeras, que él, siempre modesto, era el primero en respetar, eran a su lado unas insignificantes medianías. Era un testimonio de la energía de esta gran raza, en cuyos destinos hay que creer...

*
* *

El maestro ha muerto. Imposible decir en estas rápidas notas cuanto quisiéramos. Le debemos pensamientos elevados, sentimientos exquisitos, emociones inolvidables. Más que la ciencia, nos ha enseñado a amar la naturaleza y la vida, por las que sentía el culto fervoroso de un renacimiento. Le debemos el habernos sostenido con su consejo y con su apoyo en las horas difíciles. Muchas veces hemos escrito o hemos hablado pensando en él, y no nos ha

importado nada las censuras estando seguros de su aprobación.

El maestro ha muerto. Algo se nos muere a nosotros muy adentro, al despedirnos de él. Por disposición expresa suya, no habrá entierro solemne, acompañamiento público, duelo oficial; sólo se reunirán en el Cementerio Civil del Este los deudos y discípulos, en torno de su cadáver. Ante él nos descubrimos, y al entregar a la fosa el cuerpo de nuestro Sócrates, repetimos las palabras del epitafio: «Séate la tierra leve. No te diga el caminante palabra descortés o malvada.»

(*El Radical*, 19 Febrero 1915.)

ESTUDIANTE Y MAESTRO

Era el maestro por antonomasia. Todas las virtudes y todas las cualidades del maestro las poseía en grado sumo. Enseñaba sin pretenderlo, porque sí, como cantan los pájaros y los poetas, como juegan los niños. Enseñaba con el ejemplo, que es la más alta enseñanza, y enseñaba en sus paseos, en sus conversaciones, no sólo en la cátedra de la Universidad ni en la dirección de la Institución Libre de Enseñanza.

Don Francisco Giner de los Ríos—en esto se parecía a Benot, en esto y en mucho—hizo más que enseñar y que dignificar el Magisterio: lo hizo simpático, amable. El maestro lleva todavía a la fantasía del vulgo la idea de unas disciplinas empuñadas por una mano huesuda. El bonete rancio del Dómine «Cabra» es aún un símbolo. El magister es algo impositivo, absorbente, tiránico. El profesor, el catedrático, son, en el concepto popular, un birrete y una toga y una muceta rellenos de ciencia y de pedantería. ¿Que antes de Giner de los Ríos hubo en España y en todas partes buenos maestros y excelentes profesores? Indudable. Pero Giner de los Ríos, sobre poseer las más altas virtudes, encarnó, personificó y enseñó como nadie la humanización de la ense-

ñanza. Se apeó del trípode, se desnudó de la toga y fué una síntesis perfecta de Platón y San Francisco de Asís.

Su alma era aristocrática. Amaba la sencillez y huía de todo lo que fuera exhibición, pompa, ruido, vanidad. Esta su manera de ser, refractaria a lo que llamamos vida pública, le apartó de ella, con grave daño de España. Eran antitéticos el espíritu, delicado espíritu de Giner de los Ríos, y la acción política. Por esto también cortaba las alas a su verbo. La oración es un arte elevado y de grande utilidad para los pueblos; pero es un arte teatral, y, aun siendo honrado el orador, su arte es siempre exhibicionista e insincero. Era orador Giner de los Ríos, un grande orador, que hubiera rivalizado con su tío Ríos Rosas. A veces, en la cátedra, en las tertulias de los miércoles con los antiguos alumnos de la Institución, en alguna reunión pública de carácter docente, el orador se mostraba, y cuando se percataba de que el verbo se elevaba artístico, inspirado, se detenía el maestro, como ruborizado, y volvía a la sencillez familiar del tono de su conversación.

Ha escrito libros, prólogos, artículos de revista. Escribía admirablemente. Pocas páginas tan bellas como las que dedicó a Salmerón en el prólogo de la obra de León Vega. Pero con ser estimabilísimos esos trabajos escritos, no darán a la posteridad cabal idea del inmenso valer de este hombre, superior a sus obras escritas.

La mejor, incompleta como las catedrales por terminar, mejor aún, como las obras que jamás quedaron realizadas, completadas, acabadas, es la Institución Libre de Enseñanza, donde se aprendía a aprender; donde se enseñaba a amar la Naturaleza, la belleza y la ciencia; donde se fortificaban con el libre desarrollo las tendencias, los entendimientos, las inclinaciones de los niños: donde se practicaba el «mens sana in corpore sano».

La Institución ha sido, más que un vivero de maestros, un oasis en el arrenal español, duro, deslumbrante, cegador, siempre agostado; un oasis de tolerancia, de idealidad, de respeto a las personas y a las

ideas, de fraternidad, de bondad... La ciencia no surge allí de la cabeza de Júpiter, armado de todas armas; ni desciende de lo alto sobre las testas de los doctores; ni toma aires y vestimentas de misterio, sino que brota pura de un manantial y fertiliza y alegra con su riego los espíritus por que pasa. Y la escuela allí, más que colegio, es fronda que alegran los niños y las niñas con sus risas y sus juegos.

El maestro de maestros fué, como fué maestro, estudiante hasta que falleció. Todo le interesaba y en todo aprendía, como de todo enseñaba. Estudiante parecía por su traza, por su figura, por su timidez en el trato social, por sus gustos. La cama en que yace su cadáver parece—dice un periódico—la cama de un estudiante. Es verdad. De lo que era D. Francisco Giner.

El perfume de su espíritu parece haber impregnado la nota que en 1912, cuando estuvo gravemente enfermo, escribió y entregó a su grande amigo Cossío. En muy pocas palabras, con sencillez, le dice que le entierren en el cementerio civil, pues está fuera del seno de la Iglesia; que no le lleven en carroza, ni en procesión, ni con solemnidad, sino que le acompañen dos o tres amigos nada más.

Don Hermenegildo Giner de los Ríos, los Sres. Cossío, Rubio, cuantos constituyen la Institución y fueron sus íntimos amigos, se proponen respetar el deseo del amado muerto. Hacen bien. Ninguna ofrenda mejor que hacer lo que el muerto quería que se hiciese. Lo comprendemos, y respetuosos con ese respeto, no decimos a qué hora se verificará el entierro, ni publicamos el retrato de D. Francisco Giner de los Ríos, ni hacemos hoy otra cosa que una a modo de oración ante su cadáver.

Don Francisco Giner de los Ríos no es una de esas actualidades pasajeras que se olvidan antes del novenario de su muerte. El tiempo agigantará su gloria. Ya consagraremos a su memoria no lo que ella merece, algo que atestigüe nuestra buena voluntad.

Por hoy, basta. A su hermano, a sus deudos, a sus compañeros y a sus discípulos

los, ¡qué les hemos de decir, sino que lloramos con ellos!

(*El País*, 19 Febrero 1915.)

GINER DE LOS RÍOS

Francisco Giner de los Ríos, ha muerto. Rindamos nuestro tributo a sus virtudes excelsas.

En la democracia española destacábase vigorosamente la figura de Giner de los Ríos, entregado a la más honda labor de cultura de que pueda encontrarse ejemplo.

La Institución Libre de Enseñanza, que tanto ha hecho en pro de los grandes ideales democráticos, respondía al pensamiento y a la voluntad del insigne profesor que, callada y persistentemente, apartado de la vocinglería al uso, trabajaba en la formación de conciencias libres y fuertes, de conciencias cuya libertad había de descansar en su propia fortaleza.

Era Giner de los Ríos uno de los más grandes y sólidos prestigios españoles. Su austeridad, sólo podía compararse a su gran talento.

Todo el liberalismo español está de duelo. Los socialistas sentimos mucho, mucho, la extinción de esta noble vida que se consagró enteramente al bien.

¡Repose en paz el viejo y sabio maestro de la democracia!

(*La Lucha de Clases*, Bilbao, 20 Febrero 1915.)

UNA GRAN MENTALIDAD

.....
Labor prodigiosa la labor cultural realizada por D. Francisco Giner de los Ríos. Dotado de voluntad firmísima, que le hizo desdeñar con un gesto altivo de superioridad y de orgullo toda merced y toda representación colectiva, sin haber sido ministro, ni siquiera diputado, ha sido Don

Francisco Giner de los Ríos una de las personalidades con mayor persistencia admiradas y respetadas en este nuestro país, donde tan fácil es ser admirado y tan difícil resulta obtener el respeto de la multitud y de los semicultos.

La Institución Libre de Enseñanza es su obra inmortal. A ella dedicó toda su luminosa inteligencia y toda su voluntad inquebrantable. Fué parco en palabras y pródigo en hechos. Sin blasonar de anticlerical populachero, sin actuar de propagador de un laicismo infelizote, producto de la incultura, tan lamentable para el progreso de la patria como la enseñanza confesional, D. Francisco Giner de los Ríos hizo labor anticlerical y laica fecunda, imperecedera. Fué tolerante, sin abdicaciones. Al contrario. Fueron sus discípulos los no anticlericales, los no laicos, los que fueron desposeyéndose inadvertidamente de su intransigencia, dominados por la seducción de una tolerancia desconocida en nuestra vida social, en nuestra Prensa, en nuestra vida familiar. Ofrecía D. Francisco Giner de los Ríos á la discusión amplia, ilimitada, sus convicciones, y fué el resultado de esa su ecuánime, admirable labor cultural, el balbuceo de una minoría que surge ahora a la vida pública, animada de buena fe, respetuosa con las creencias ajenas, tolerante. Consagró D. Francisco Giner de los Ríos una larga vida a esta santa obra de dignificación ciudadana. Ha muerto a los setenta y cinco años. Hombres como D. Francisco Giner de los Ríos debieran disfrutar de una más larga vida, llegar a los cien años, fuerte el cuerpo, robusto el espíritu, para llevar a cabo la misión que en otras naciones, que en Francia, en Alemania, en Inglaterra, se encargan de realizar varios hombres, porque al morir una alta mentalidad no queda la labor iniciada interrumpida, sino que se prosigue con mayor ardimiento, con mayor intensidad, muchas veces, con una más excelsa ecuanimidad.

Amigo íntimo, hermano espiritual del ilustre Salmerón, fué D. Francisco Giner de los Ríos uno de los más ardientes amigos de Cataluña. Cuando la Solidaridad

Catalana, la opinión favorable, la adhesión absoluta de D. Francisco Giner de los Ríos a aquel hermoso movimiento de dignificación y de alto patriotismo, contribuyó a fortificar en el ánimo de D. Nicolás Salmerón la necesidad de recogerlo y encauzarlo para hacerlo fecundo.

Van pagando su tributo a la tierra las grandes mentalidades españolas, y sentimos como una desgarradura en el alma cada vez que se apaga el brillo de una de las escasas luces que aún alumbran nuestra patria, y cuyo resplandor atestigua, a lo lejos, nuestra existencia.

Un gran desaliento nos invade. Que no sólo desaparece una alta mentalidad, que no sólo se apaga una antorcha, sino que al morir ayer Salmerón, al desaparecer hoy Giner de los Ríos, vemos acabarse el patrimonio de desinterés, generosidad, sacrificio, juventud eterna, entusiasmo, heroísmo, de que tan pródiga se mostrara la generación pasada. Son los hombres de la Revolución y de la República, son los Salmerón y los Giner de los Ríos y cien más que con ellos surgieron a la vida pública y a la vida de la enseñanza, del arte y de la ciencia, los que nos ofrecieron en todos los momentos de su vida noble, ejemplo constante de desinterés y de patriotismo.

Por eso su muerte es más lamentable para España que para Francia la muerte de miles de jóvenes en el campo de batalla.

En España, el vacío de D. Francisco Giner de los Ríos no se llena. En Francia, el vacío de centenares de jóvenes, que eran una esperanza unos, que habían ofrecido ya el primer fruto de su talento otros, se llenará pronto, reanudando sin interrupción la labor comenzada después de la guerra del 70.

Que los discípulos de D. Francisco Giner de los Ríos tengan en cuenta las enseñanzas del Maestro. Sólo teniendo presente a todas horas la probidad, el desinterés y el patriotismo del Maestro, sólo rindiendo homenaje en todo instante a la personalidad moral de D. Francisco Giner de los Ríos podrán salvarse del ambiente de cobardía, egoísmo y materialismo en

que hoy se ahoga la juventud española, falta de ideal, ayuna de desinterés, incapaz de generosidad.

(*La Publicidad*, Barcelona, 19 Febrero 1915.)

EL APOSTOL

Cuatro palabras de la cinta telegráfica traen la noticia de un verdadero duelo para España. La muerte de D. Francisco Giner de los Ríos es un acontecimiento tristísimo para la cultura nacional.

Giner era la personificación de todo un mundo espiritual, no muy conocido, por desgracia, en nuestro país, para mal nuestro; pero sí lo bastante para que quienes pudieron atisbar por uno de sus resquicios sepan hasta qué punto es preciso respetarlo. Cultura, saber, pureza y austeridad de costumbres, sencillez, elevación de ideales, tolerancia, noble equilibrio ideológico, dulce y sonriente fraternidad social; cuanto puede haber de más alto y más sano en la región del pensamiento, tenía en Giner de los Ríos, más que un predicador vehementemente y convencido, un apóstol ardiente y un practicante firme, que daba con el ejemplo la mejor enseñanza. Compañero de Sanz del Río en la ardua campaña de difundir y hacer conocer en España el contenido ético y social de la filosofía alemana, Giner consagró su vida, su actividad y su talento, tan noble y tan amplio, a la enseñanza y a la educación, ya que no de toda la juventud española, como era su ideal, al menos de la afortunada juventud con la que él podía ponerse en contacto.

En la Institución Libre de Enseñanza, amor de sus amores, en la Universidad Central, en cuya cátedra de Filosofía del Derecho hacía a diario disertaciones maravillosas de serena elocuencia, en todas partes, Giner vivía para difundir y mantener viva la llama de su ideal de una humanidad generosa, culta y sana, en un intelectualismo altísimo y quintesenciado que, en fuerza de serlo, sabía comprender a los

humildes y hacerse comprender de ellos: un intelectualismo hecho a fuerza de saber y de analizar, que era el polo opuesto de ese tipo enfadoso y tan frecuentemente huero del intelectual pedante.

Al contrario: anciano, sabio, maestro venerado de toda una pléyade de sabios y de hombres ilustres, poderosos, afamados, D. Paco Giner conservaba toda su sencillez, su alegría, su sanidad juvenil de apasionado de la educación física, y de espíritu ponderado y luminoso, aquel admirable espíritu que sostenía como en el aire su cuerpecillo enjuto y menudo, que resplandecía en su faz morena encuadrada por las barbas y los cabellos de nieve, que se asomaba afectuoso y vivaz a los ojuelos bondadosos y sagaces...

Alejado de todo oropel oficial, de toda bambolla, Giner era una gran figura nacional, una de las pocas verdaderas grandes figuras de la España actual, a quien todos los españoles, los de todas las ideas, deben llorar, en este país cuyo problema fundamental es el de la educación y la enseñanza.

Además, era hasta cierto punto una figura gallega y coruñesa, porque desde hace ya muchos años pasaba los veranos en una finca cercana a Betanzos, desde la cual, de vez en cuando, siempre ágil é infatigable, venía a recorrer nuestras calles y a contemplar rincones de nuestra ciudad. En uno de ellos le vimos por última vez, no hace mucho, con el pecho y la noble cabeza azotados por el Nordeste duro, como cuando, en los días más crudos del invierno madrileño, nos apostrofaba cariñoso a los discípulos tiritantes, comparando desdeñoso nuestros gabanes de muchachos con su levita de anciano...

(*El Noroeste*, Coruña, 19 de Febrero de 1915.)

En adelante el BOLETÍN mantendrá abierta una sección «In memoriam» para ir reproduciendo los artículos más interesantes que han aparecido ya y que vayan apareciendo sobre nuestro Fundador, así como fragmentos inéditos de sus trabajos. (*Nota de la Redacción.*)

FUNDACIÓN FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

La España renaciente llora al fuerte sembrador, con clara conciencia y pleno sentir de la grandeza de su jornada. Flota en las almas la gratitud y el ansia de una piadosa deuda. ¿Cómo pagarla?

El poeta, su discípulo, contesta:

«..... hacedme
un duelo de labores y esperanzas...»
«Vivid, la vida sigue...»
«Yunques, sonad.....»

Que el martillo siga, pues, batiendo sobre el recio yunque, donde a todas horas lo hacía resonar el excelso obrero. El yunque del maestro, nadie lo ignora, fué su escondida y libre *Institución*.

Maestro. Sí. Pero maestro *fundador*. Social fué toda su obra. Pura, amplia y hondamente social. Su espíritu se derramó en lo humano. Jamás vivió solo, ni trabajó solo, ni pudo gozar solo. Hasta para pensar, necesitó de convivencia.

«No más luz, sino más calor», dijo siempre, con Schiller. «El amor lleva la victoria consigo», era la divisa de su progenie filosófica.

Sus ideales, sus afectos, sus energías fraguaron en un hogar, donde ardiera de continuo el fuego, para la forja silenciosa en que creía y esperaba. Hogar verdadero, de tierra y de sangre; hogar con casa y huerto; con familia; atado al suelo de la patria y a su historia; de perpetua individualidad y de perenne renovación, como las instituciones arraigadas en las entrañas de los pueblos.

La historia para el forjador era sagrada. La actualidad, tan sagrada como la historia. Fué su anhelo la continuidad del hogar que fundara, y el renacer del mismo a nuevas floraciones.

Ningún holocausto más noble a su memoria; ningún homenaje más grato a la absoluta objetividad de su vida; ninguno más en armonía con la austera castidad de sus móviles que el esfuerzo por sostener la casa del *fundador*, para que siga luciendo

y calentando el espíritu que en ella ha dejado encendido.

Monumento sería éste como él lo deseaba: *inmortal*; lo mismo que Platón imaginaba su Academia, inmortalizada a través de los tiempos, «con la inmortalidad de la enseñanza viva—según Sócrates decía a Fedro—, siembra eternizadora de la semilla, que de un alma va fructificando en otras, y de éstas en otras; perennal, fecunda y productora de la suma felicidad al hombre asequible».

¿No fué ésta, en espíritu y hasta en palabras, la religión de D. Francisco?

Sus viejos colaboradores y camaradas de juventud; sus discípulos de la primera y de la última hora, depositarios de las postreras preocupaciones del maestro; sus amigos fervorosos, y los devotos de la pureza de su persona, de la santidad de su vida y de su apostolado, así lo comprenden y así lo solicitan:

Gumersindo de Azcárate, José Fernando González, Rafael María de Labra, Benito Pérez Galdós, Santiago R. y Cajal, Luis Simarro, H. Giner de los Ríos, Ramón Menéndez Pidal, Adolfo A. Buylla, Rafael Altamira, José Ortega Gasset, Aniceto Sela, Adolfo Posada, Constantino Rodríguez, Fernando G. Arenal, Alejandro Rosselló, M. B. Cossío, R. Rubio, Germán Flórez, Domingo de Orueta, Luis de Zulueta, Marqués de Palomares, Juan Uña, José M. Pedregal, Julián Besteiro, Fernando de los Ríos, Leopoldo Palacios, Eduardo García del Real, José Castillejo, Gabriel Gancedo, Manuel Rodríguez, Américo Castro, Federico de Onís. (Siguen las firmas.)

BASES DE LA FUNDACIÓN

Donativos para establecer una Fundación con el nombre y en memoria de *Francisco Giner de los Ríos*, destinada a mantener y continuar su obra social y educadora; y especialmente:

1.º A asegurar la permanencia y ampliar la acción de la *Institución Libre de Enseñanza*, dentro siempre del carácter desinteresado que desde su origen le dió

el fundador, y atendiendo a las aspiraciones del mismo en sus últimos días:

a) Trasladar toda la enseñanza a pleno campo; a una dehesa, a un pinar en las cercanías de Madrid, conservando la casa actual, como asiento primero de la Institución, para sus demás fines.

b) Establecer en un jardín, con independencia de las demás secciones, las clases de párvulos.

c) Mejorar, sin cambios de sitio, y en la medida de lo posible, lo existente.

2.º A publicar una edición de las obras completas del maestro.

3.º A cualesquiera otros fines que puedan hallarse en perfecta armonía con el espíritu y la acción de D. Francisco Giner de los Ríos.

La Fundación y el capital que la constituya serán regidos y administrados por una Junta de patronos, compuesta, desde luego, de los Sres. D. Gumersindo de Azcárate, *Presidente de la Institución*; Don Rafael María de Labra, *Rector*; D. Constantino Rodríguez y D. José M. Pedregal, *de la Junta facultativa*; D. Adolfo Posada y D. Manuel B. Cossío, *del Profesorado*; Sr. Marqués de Palomares y D. Julián Besteiro, *de la Corporación de Antiguos Alumnos*; D. Ramón Menéndez Pidal, Don Fernando G. Arenal y D. Alejandro Rosselló, *Amigos de la Institución*.

Estos designarán de antemano el que haya de suceder al primero que desaparezca de entre ellos, y así sucesivamente; quedando autorizados para otorgar la escritura fundacional, según los términos dichos y con la máxima independencia que las leyes permitan, de toda intervención del Estado.

Los donativos se podrán entregar en la cuenta corriente de la Fundación, abierta por el Banco Hispano Americano en Madrid y sus sucursales, así como en la Tesorería de la Fundación, casa de Rodríguez Hermanos, Madrid, Carrera de San Jerónimo, 34.